



EL
SECRETO
DE ANA

MARA CABALLERO

El secreto de Ana

Mara Caballero

Independently Published

El secreto de Ana

©Mara Caballero, 2019

Diseño de logo: Mara Caballero

Imagen: Pixabay

Edición y maquetación interior: ©Mara Caballero.

Primera edición: Junio de 2019

Sello: Independently Published

©TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS.

Prohibida rigurosamente sin autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquileres o préstamos públicos.

Esta novela es de mi propia imaginación, nombres, características, descripciones, lugares, sucesos, son usados de manera ficticia. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Obra protegida por derechos de autor.

Dedicado a mi familia, a mis mejores amigas en la distancia: Mary, Jess, Melly y Edwine. A mis grupos de WhatsApp, a mis lectores que amaron esta historia cuando comenzó como un fanfic en Wattpad, a mis seguidores de las redes sociales,

Muchas gracias.

MC.

“La desconfianza en nosotros mismos es un enemigo traidor que nos priva de hacer muchas cosas buenas, sin más razón que la de no resolernos e intentarlas.”

-William Shakespeare.

Ana Lombardi es una joven aclamada diseñadora de modas en la gran ciudad New York con tan solo veintiséis años. Los medios la tienen en un concepto de perfeccionista, obsesiva del control, famosa a tan corta edad y una impresionante figura influyente. Tiene una gran fila de hombres que buscan ganarse su corazón y disfrutar de una vida de lujos y pasarelas. Pero lo que nadie sabe, es que Ana tiene secretos, un pasado que ha regresado amenazando con arrebatarse lo más preciado de su vida. Hudson Bennett es un empresario que se cruza en la vida de Ana, poco a poco descubre lo que más atesora ella con fiereza, descubriendo que el mundo puede ser demasiado pequeño cuando menos lo piensas...

Una noche de máscaras. Un hombre misterioso. Una marca de nacimiento y un secreto cambiará sus vidas...

Comienzo de FLASHBACK: Comienzo de recuerdos del pasado, imágenes descritas por el personaje.

Fin de FLASBACK: Termina el recuerdo del pasado

Capítulo 1

Ana

Mucha gente me ha definido en estos seis años como una obsesionada de la disciplina y del control. Y es la verdad. Este mundo necesita de disciplina y organización para poder hacer las cosas bien, muy bien o simplemente perfecto. Lo mío es:

Perfecto.

—Señora Lombardi, el proveedor ha informado que llegará diez minutos antes para revisar los detalles antes de entrar a la presentación —afirmo con mi cabeza sin mirarla. Estoy llenando una solicitud muy importante. Necesitaba pasar por un riguroso sistema de esta y esperar la respuesta, si la aceptaban o no. Podría contratar una persona de tiempo completo y por más nombre que tuviera, fama o dinero...para todos es igual.

—¿Es todo? —pregunto mientras la mujer sigue de pie con su tableta abrazada a su cuerpo.

—No señora, el señor Lewis, informó que estará en su oficina y me encargó en dejar unos documentos a... —levanto la mirada y dejo de escribir sobre la solicitud. Es el nuevo ejecutivo de relaciones públicas que había contratado esta semana.

—¿Qué...? —su rostro palidece.

—Señora... yo... —levanto la mano para que no siga. Tuerzo mis labios en desaprobación. Este hombre piensa que vendrá a mi empresa a darse aires de superioridad solo porque sabe de relaciones públicas, aún no sabe quién es la dueña de este imperio y creo que es hora de marcar niveles, aunque es la primera vez que hago esto, tengo que hacerlo.

—Manda por el proveedor y que me espere en el taller. En diez minutos estaré con él. —me levanto sin una expresión en mi rostro. Salgo de la oficina, y me dirijo a la oficina de Lewis Wilson, el hombre de publicidad. Ante mis empleados, soy una mujer de corazón de hierro, nunca me han visto sonreír, carcajear o simplemente hablar de temas que no involucrara el tema de la moda. Siempre esta esa línea presente entre ellos y yo. Jefa y empleados. Las personas están centradas en sus labores, pero sé que no pasaron desapercibida mi presencia por el pasillo, debido al ruido de mis hermosos tacones.

Me detengo frente a la puerta de la oficina, veo el letrero "Lewis Wilson, Publicidad" abro la puerta sin tocar y puedo ver a un hombre alto, en traje elegante, en mano con una agenda, y en otra una caja de galletas. Levanta la mirada sorprendido, y deja lo que está haciendo para prestarme atención.

—Buenos días, ¿En qué le puedo ayudar señorita? —Sé con toda seguridad que mira mi escote, discreto pero visible.

—Tome asiento por favor —su frente se arruga de confusión a mi orden.

—Me han dicho en recursos humanos que es bueno en lo que hace, inclusive hay muy buenas referencias, y unos cuantos logros en su trabajo anterior... —digo mientras camino hasta la gran ventana que da a un hermoso paisaje de la ciudad Neoyorquina.

—¿Y qué tiene recursos humanos pasando esa información? ¿Qué no existe la privacidad? —la voz irritado del hombre es evidente.

Me vuelvo para verlo tomar asiento en su silla negra frente a su escritorio.

—Tengo que saber ese tipo de detalles, si voy a dar la autorización en contratarlo, Señor... Lewis —su rostro palidece.

—Señora Lombardi...no la reconocí... —dijo levantándose torpemente de su asiento, extiende su mano, pero la miro y me vuelvo a ver el paisaje.

—¿Tiene algún problema trabajar con mujeres, señor Lewis? —me vuelvo de nuevo, camino hasta el escritorio y quedo frente a él.

—No, claro que no. Supe de un principio que trabajaría para usted, es un honor estar trabajando para su empresa señora Lombardi y.... —levanto la mano para que no siga hablando.

—Quiero dejar claro, que mi secretaria, es MI secretaria, no es de usted, ni de otro ejecutivo. Que sea la última vez que la use para sus tareas, o sus avisos. Por qué sería mal ver qué no puede hacerse tiempo para realizar sus propias tareas, y eso me da a entender que no es apto para el puesto... si ese vuelve a ser el caso, solo lo invitaré a pasar a recursos humanos. ¿Entendido? —afirma rápidamente.

Salgo de la oficina y no es sorpresa ver a mi secretaria y asistente esperando al final del pasillo, camino hasta ellas.

—Señora Lombardi, el proveedor la espera —caminamos hasta el taller, mi secretaria y mi asistente van detrás de mí. La gente alrededor solo mira de reojo.

Entro al taller donde están lotes de tela perfectamente acomodada en colores, texturas, y altura. El proveedor está con su muestrario de telas

esperando frente a una mesa grande donde se usa como herramienta de corte.

—Buenos días, señora Lombardi —me extiende la mano y acepto el saludo.

—Buenos días, Josh. ¿Son las telas para la presentación? —y el afirma efusivamente con su cabeza y una gran sonrisa.

Mis manos se deslizan por el pedazo de tela extendida sobre la mesa, brilla, es sedosa y muy exquisita al toque. Es un color gris plata... mi mente empieza a trabajar en un estilo de zapatillas de aguja con este tipo de tela.

—Viene desde Abu Dabi. Y a un excelente precio de exportación... —dice mientras sigo acariciando la tela e imaginando miles de diseños. Es un don. Y tenía seis años sacando provecho a ello.

—Bien, ¿Hay más telas? —pregunto en un tono discreto, pero ansiosa.

—Si señora, pero solo traje las principales. Hay miles de colores y texturas. Este contacto es muy discreto, con precios demasiados buenos, son meses de su búsqueda, muchos decían que era una leyenda urbana, pero al fin dimos con él. Déjeme decirle que está dispuesto a escuchar ofertas para ser nuestro exportador anónimo. —Mi corazón baila. Es una excelente noticia y más en un comienzo de semana. El próximo fin de semana, sería el desfile junto con Herrera y lanzaría mi nueva colección de zapatillas. Todo se acomoda de nuevo a mi favor.

“No tientes tanto tu suerte, Ana.”

—Perfecto, recuerda a Sally... —señalo a la asistente que está lista para escribir en su tableta —...que te den un bono por tu trabajo. Uno bueno... —miro a Sally quien afirma con una sonrisa y teclea a toda prisa en su tableta. Edwin mi secretaria me recuerda la hora de la junta.

—Vamos, quiero ver el resto de las telas después de la presentación. —y salimos a la sala de juntas, emocionada por dentro por todas las ideas que pasaban por mi cabeza.

Capítulo 2

Ana

•FLASHBACK•

—¡Mírame a los ojos! —Santiago sostenía mi rostro que estaba cubierto de lágrimas, intenté separarme de él, pero era fuerte. Yo una débil. Una hoja seca a punto de desmoronarse en sus manos.

—¡Santiago suéltame! ¡Me lastimas! —su rostro estaba totalmente transformado por la ira.

—¡Dime que eres sólo mía! —sus palabras me hicieron sentir más terror del que ya tenía.

—¡Eres el socio de mi padre! —mi voz temblaba. Podía sentir su aliento en mi rostro.

—¡Dilo! —cerré los ojos fuertemente, como si eso fuera hacerme desaparecer.

—¡Soy tuya! —sus labios atraparon los míos bruscamente, hasta llegar al dolor. Podía decir que el sabor metálico de la sangre me hizo darme una idea a mi corta experiencia que esto no estaba bien. Él sabía cómo controlar a mi familia, aún a mis 18 años, y pese a la sociedad y el qué dirán, era suya.

Y nadie iba a cambiarlo, a menos que yo misma lo desapareciera de mi vida...sin dejar rastro.

•FIN FLASHBACK•

—¡Necesito que estén a la hora acordada! —presiono bruscamente el botón de mis manos libres. Me dejo caer en mi asiento. Estoy a dos días del lanzamiento de la nueva línea de zapatillas y hay cabos sueltos. Esta mañana había amanecido de mal humor al recordar la maldita pesadilla, tres horas de sueño en total. Recuerdo el sabor del miedo. Desecho el pensamiento de pesadez, y me aferro a enfocarme a lo que realmente importa. Tengo que organizar ese pedazo del evento.

Tenía que ser perfecto, costara lo que costara.

—Señora Lombardi, la agencia Bennett ya tiene lista a las nuevas

modelos y están en el auditorio —me informa mi asistente, asiento sin dejar de mirar mi tableta, comienzo a caminar de una esquina a otra. Tengo que entregar un gran pedido para esta tarde, los de logística estaban haciendo su trabajo, solo el servicio de envío no podía llegar a la hora acordada.

Me detengo bruscamente.

—¿Agencia Bennett? ¿Dónde está Reed? —miro a mi asistente quien está pálida.

—Señora, la agencia Reed, perdió varias modelos y nos recomendaron la agencia de Mía Bennett, tienen excelentes recomendaciones por parte de ellos, de hecho, el señor Reed informó que si tenía necesidad de confirmar las recomendaciones que podía llamarlo con confianza. Y usted me dijo que confiara en Reed... —dijo mi asistente, Michelle.

—Comunicame con Reed, ahora —sale inmediatamente de mi oficina. Otro cabo suelto.

Mi auricular se escucha la voz de Reed.

—¡Ana! ¡Sabía que me llamarías! ¿En qué te puedo ayudar, *mi amor*? —hago una mueca.

—¿Qué tanto puedo confiar en la agencia de la tal Mía Bennett? —suelta una risa discreta.

—Es como si fuera mi empresa. Mía tiene un excelente gusto en todo lo que se refiere a moda, es como mi otra yo, ¡Pero en mujer, con tetas y vagina! —eso me hace sonreír.

—¿Qué pasó con tu agencia? ¿Por qué no me informaste de un principio que cambiarías a las modelos? ¡Sólo quedan dos malditos días Jack! —digo en tono molesto.

Se hizo un silencio.

—Perdóname *mi amor*, pero sé que tienes mucho encima en estos días y eso ocurrió ayer en la tarde, tu asistente me dijo que estabas en juntas desde temprano, además Mía tiene mucho talento y disponibilidad, algunas de mis modelos están con ella, mientras soluciono el problema —exclama con voz decepcionada.

Tomo asiento y dejo caer la tableta frente a mí sobre el escritorio.

—¿Qué está pasando? Detalles, Reed —digo en tono serio.

—¿Recuerdas a Patrick? —inmediatamente se vino a mi mente su exnovio.

—Como no recordarlo. ¿Qué tiene que ver él? —pregunto intrigada.

—Le cedí la mitad de mi empresa... —abro los ojos de la sorpresa.

—¿Qué estás loco?! —me levanto bruscamente de mi lugar.

—Lo sé, lo sé *amor*, ahora está chantajeando con unas malditas fotos íntimas que publicará en una revista de chismes, si no le entrego el total de la empresa... —puedo escuchar la desesperación y la tinta de vergüenza. Conocía a Jack de hace seis años por John, le ayudé a emprender su propio negocio y después empecé yo, le di capital y sorprendida lo recuperé en dos meses. Es un hombre de talento extraordinario y único.

—Llama a Tyler y cuéntale todo. Y me refiero a TODO. —escucho un suspiro.

—Gracias, Ana, me has ayudado siempre... —la voz se le entrecorta. Y yo no soy buena dando ese tipo de consuelo. Es una parte de mí que está bloqueada.

—Lo hago de corazón, llama inmediatamente a Tyler, y me tienes al tanto —Colgamos. Agarro mi tableta y cierro la oficina, camino directo al auditorio en la planta de abajo.

Al entrar junto con mi asistente a la reunión, puedo escuchar las órdenes que da una mujer de espaldas a nosotras, es rubia y esparce autoridad, un punto a su favor. Arriba de la plataforma hay una fila de diez mujeres altas, en distintos tonos de cabello, delgadas y en pequeños pantalones cortos. Me impresiona las piernas torneadas y bien formadas. Están sobre una copia de mi línea de zapatillas y podría decir con orgullo que lucen muy bien.

Maldito Jack. Tenía razón.

Mi asistente se acerca deprisa a la rubia y le informa de mi presencia, la mujer se gira rápido y a grandes zancadas con sus zapatillas de aguja se acerca a mí extendiendo su mano.

—Señora Lombardi, mi nombre es Mía Bennett y estoy recomendada por el señor Jack Reed —se nota algo nerviosa, pero intenta no mostrarlo.

—Si, me acabo de enterar del asunto. Muéstrame lo que tienes... —tomo asiento en la primera fila y ella apresurada da órdenes a las mujeres quienes se esconden detrás de escena.

Según como avanza, me está gustando como se ve mi línea. Estoy satisfecha, envío un texto a Jack diciendo mi opinión, la mujer rubia termina y se acerca a mí más nerviosa.

—¿Qué opina, señora Lombardi? —me quedo callada un momento.

—La rubia número 3 cruza demasiado las piernas al caminar y la pelirroja final dobla demasiado el pie derecho. Necesito que mejores esos dos detalles para el sábado y tendrá la recomendación de Casa Lombardi —sin

verlo venir se abalanza sobre mí en un fuerte abrazo, así como llega se va el movimiento. Se cubre la boca con una mano al darse cuenta de su efusividad.

—Disculpe, disculpe, fue la emoción, no volverá a ocurrir —rápido salen esas palabras de su boca.

—Eso espero, señorita Bennett. Mi asistente le asignará la hora para la práctica antes del evento —me doy la vuelta y salgo del auditorio.

Las modelos ya es un problema menos. Subo a mi oficina y rápidamente mi secretaria se levanta a toda prisa.

—Señora Lombardi, tiene varias llamadas localizando su presencia... —Arrugo mi entrecejo intrigada. ¿Por qué no llaman a mi móvil? Entro irritada a mi oficina.

Sonó mi teléfono móvil y es un número que no tengo registrado.

—Ana Lombardi —digo en tono firme y profesional mientras me siento en mi silla frente al escritorio.

—Ana...mi amor —esa voz eriza mi piel de una manera dolorosa. Imágenes desfilan por mi mente, gritos, súplicas, y mucho llanto.

¿Como es esto posible? ¡NO! ¡NO! ¡NO! Cuelgo el móvil bruscamente y lo tiro sobre el escritorio como si quemara.

El corazón lo tenía acelerado del pánico. Él está muerto, esto debía de ser una alucinación. ¡Tiene que ser una maldita alucinación!

Vibra mi móvil advirtiéndome la llegada de un mensaje de texto.

Mis manos tiemblan y dudan en tomarlo. ¡Tienes que ser fuerte! ¡Tómalo! Me grito mentalmente.

Lo agarro y efectivamente hay un mensaje sin leer. Al darle abrir mi mano cubre mi boca para callar el grito de terror. Las lágrimas se desbordan, y el corazón no tarda en salirse de mi pecho.

"Es de muy mala educación colgar el teléfono a tu esposo"

Capítulo 3

Ana

Las manos me tiemblan. ¡Esto no está pasando! ¡No! ¡No! Tenía que salir inmediatamente de aquí. Llamo a mi asistente, y aviso que no regresaría el resto de la tarde. Salgo como si nada, pero por dentro estoy aterrada. Miro a los lados, en búsqueda de alguna señal de vigilancia. Pero todos están concentrados en sus áreas. El corazón lo puedo escuchar a toda revolución en mis oídos.

Phillipe está de pie en la acera del edificio esperándome con la puerta abierta del auto y el rostro serio.

—A casa, lo más rápido posible. —afirma rápido y cierra mi puerta. Las manos se van a mi rostro con ansiedad, terror y confusión al mismo tiempo. ¿Santiago está vivo?

¡Es que no puede ser! ¡Esto no puede estar pasándome! Ahora no estoy segura de nada. Tengo que protegernos. Aislar por completo de todo curioso. Suena mi móvil de nuevo y cuando lo veo, hay otro mensaje, con las manos temblorosas lo abro. Mi mano cubre mi boca para acallar el jadeo de miedo y sorpresa, para que no escuche a Phillipe.

"¿No extrañaste a tu querido y amado esposo?"

Siento como todos los malos recuerdos llegan de golpe. Era el mismísimo infierno lo que había vivido con él. Y juré no volverlo a pasar. Algo en mí sale a la superficie... amenaza con salir. Las lágrimas solo se han asomado desde esa perfecta y única ocasión y después de seis años...aquí están. Me limpio las lágrimas bruscamente. Cierro los ojos alejando los malos recuerdos. Respiro tratando de calmar mi corazón acelerado y cargado de pánico.

—No me vas a hacer débil, Santiago. No más. —repito para mí como mantra en todo el transcurso del camino al departamento. He decidido mudarme al Golden Towers hace dos semanas, y todo porque quería más privacidad. Una casa grande con un gran jardín es más fácil que tomaran fotos de lo que con fiereza oculto al mundo. Y hasta hoy, hace seis años se ha

mantenido al margen de todo.

Bajo rápido del auto ya en el estacionamiento subterráneo. No le doy la oportunidad a Phillippe abrirme la puerta. Camino a toda prisa al elevador para llegar al ático. Toco el botón, espero unos minutos. Llega una SUV Audi negra a mi espalda, me vuelvo rápido y observo al chófer bajarse para abrir la puerta al pasajero. Regreso la mirada a las puertas metálicas del elevador, no puedo dejar de pensar en lo que está pasándome. Me aterra solo pensar que Santiago está vivo y ha dado conmigo. Ha conseguido mi número, y... ¡Dios mío! ¡Vendría a matarnos! Cierro los ojos y trato de calmarme y no darle rienda suelta a mi imaginación, abro mis ojos cuando suena la campana de llegada del elevador, se abren las puertas y entro rápidamente, sin darme cuenta de que está un tipo trajeado a mi lado, no puedo evitar chocar con él.

Inmediatamente pido disculpas, y el balbucea algo, no tengo cabeza para hacer vecinos. Presiono rápido el botón: Piso 29. Hubiese comprado el ático, pero ya no estaba en venta, ese mismo día a muy temprana hora, estaba vendido. Me enseñaron el piso de abajo a ese y me gustó. Ahora es nuestro hogar desde hace dos semanas.

—¿Vive aquí? —la voz del hombre del traje me saca de mis pensamientos, digo que sí, pero sin mirarlo. No dejo de mirar las puertas cerradas — No la he visto. Yo vivo en el ático. Somos vecinos —me giro hacia él y es un tipo de Deja vú.

Es un hombre demasiado alto, aún en mis zapatillas de aguja, le llego a los hombros. Descalza me imagino que apenas llegaría a sus pezones. Maldigo mentalmente al imaginar al hombre desnudo. Cierro los ojos rápido para esfumar esa imagen de mi cabeza.

—Que bien —solo puedo decir eso. Me vuelvo y levanto la mirada a los números, siento que es una eternidad. Es el piso 12 apenas, se abren las puertas, y entra una mujer pelirroja demasiado elegante. Saluda por educación y me hago a un lado. El hombre del traje se hace del otro. La pelirroja sonrío descaradamente al hombre del traje, pero este saca su móvil y comienza a teclear con rapidez. Al mirar de nuevo los números segundos después, la pelirroja se baja en el veinticinco, le sonrío al de traje quien solo muestra una mueca incómoda.

Y antes de llegar a mi piso veintinueve el hombre del traje guarda su móvil.

—Soy Hudson, ¿Puedo preguntar su nombre? —se abren las puertas en mi piso y antes de salir le contesto.

—No —y se cierran las puertas llevando al hombre del traje a su piso.

Camino a toda prisa al departamento, introduzco la clave y la huella de seguridad, al abrirse la puerta...escucho risas. Mi cuerpo se relaja instantáneamente. Está mi hija corriendo por la sala, y detrás de ella Estefany, la niñera y ama de llaves.

—¡Mami! —corre hacia mí con rapidez y me inclino para levantarla en mis brazos. La levanto y rodeo con mis brazos su pequeño cuerpo y hundo mi rostro en su cuello, su cabello cobrizo cae por su pequeña espalda.

—Preciosa, te extrañé —la abrazo más, después la pongo de pie en el suelo y agarra mi mano tirando de ella.

—Yo también te extrañé, hice un rico postre. Estefany me ha ayudado mucho. —sonríe con sus hermosas mejillas sonrojadas y regordetas, las largas pestañas que adornan esos hermosos ojos azules aletean de orgullo. Ella es idéntica a mí. A excepción del cabello cobrizo, sin duda es de mi madre y de mi abuela. Pero el resto sólo a mí. No tenía nada del hombre del pasado. Es mía.

Sólo mía.

—Qué bueno. Hola Estefany, ¿Cómo se portó Gianella hoy? —nos estamos sentando en los taburetes de la barra. Estefany rodea del otro lado, mientras saca el postre del horno.

—Muy bien, señora Lombardi. Es muy educada, tranquila, y es una de mis mejores clientes pequeñas del edificio —me guiña el ojo simpático y Gianella sonrío orgullosa.

—Yo siempre me porto bien, mami —sonreía mostrando su pequeño hueco en sus dientes delanteros. Esta mañana se ha despertado brincando en mi cama, con su diente en mano. Quería como deseo, ir a dejar libros al orfanato de las monjas, quienes enseñaban a niñas a leer y a escribir. Gianella es una niña especial y única.

Terminamos sentadas Gianella y yo en pijama viendo Mi villano favorito 2. He preparado palomitas con mantequilla, las favoritas de ella, y recargadas una con la otra en el sofá gigante en la sala de estar. Miro el reloj de pared, y ya marcan las 7:40. Tengo que llevarla a darse un baño, y lavarse los dientes para dormir. Mañana es viernes y tenía sus clases de piano a las 8.

—Vamos, al baño pequeña —digo mientras apago la televisión. La miro, pero está hecha ovillo en mi costilla. Su boca entreabierta y los mechones cobrizos caen por su hermoso rostro. Es un Ángel.

La cargo y pongo su cabeza en mi hombro. Nos dirigimos a su habitación

que está al lado de la mía. La pongo en su cama, y la arropo. Murmura cosas que no entiendo. Cierro su puerta, y entro a mi habitación. Busco el móvil, y tengo más de treinta llamadas del mismo número. Las manos empiezan de nuevo a temblar, pero tengo que ser fuerte. No alterarme, porque eso me impide pensar en claro. Hice un pequeño ejercicio para calmar mi miedo. Tomo aire y luego lo suelto. Mi dedo se desliza por los números de mi agenda hasta dar con uno, y marco.

—Ana... —su voz me causa un poco de tranquilidad.

—Él... Él... —el nudo en mi garganta se hace más grande.

—Lo sé niña, ha estado preguntando en el pueblo por ti, todos aún siguen en estado de shock. Hoy todo mundo sabe que Santiago Coppola, tu ex difunto esposo... está vivo —cierro los ojos y comienzo a llorar.

—Tengo que esconderme... no puedo permitir... no puede saber que Gianella está viva... —digo entre sollozos.

—¡No puedes permitir eso Ana! Yo estaba haciendo maleta para ir a New York, parece ser que tus padres le han informado quién eres en estos seis años y supongo que le han dado tu número —limpio mis lágrimas bruscamente.

—No quiero esconderme más, quiero que me deje en paz, y si se llega a enterar de la existencia de Gianella, lucharé con uñas y dientes para protegerla, él... él... —me rompo en mil pedazos.

—¡Ana! ¡Escucha! no les va a hacer nada, yo mismo velaré por ustedes, sé el infierno que viviste con él y tengo pruebas de todo lo que te hizo, si amenaza con algo, sabrá quién es ANA LOMBARDI. ¿Escuchaste? —trato de calmarme.

—Si, si te escuché...nada de debilidad —termina de darme detalles de su llegada y aún a horas altas de la noche, estoy dando a mi asistente indicaciones de la nueva situación. Hablo con mi jefe de seguridad para asegurar más la empresa y contrato más personal de seguridad. Le mando la foto de Santiago y dijo que no tenía por qué preocuparme. Tengo que ser fuerte por mi pequeña. Ella tiene que estar a salvo y lejos de los ojos curiosos.

Estoy de pie en la ventana de mi habitación, es la primera vez en mucho tiempo que tomo licor. Pero el ardor en mi garganta me relaja. Cierro los ojos y viene a mí un pequeño momento de mi pasado. Cuando descubrí que estaba embarazada de mi pequeña y la ira de Santiago casi nos destruye.

FLASHBACK

—¿¿EMBARAZADA?! —tomó mi ultrasonido de dos meses, y agarró mi cabello fuertemente, me arrastró hasta el despacho, pedía a gritos y a llanto que me soltara. Los guardaespaldas podían verme ser arrastrada sin piedad.

—¿Ayúdenme! —gritaba entre llanto desesperada, pero ellos tenían prohibido siquiera a verme.

Cerró la puerta de golpe, y me tiró al sillón.

—¿¿Cuándo te revolcaste PUTA?! ¿DIME! ¿LO VOY A MATAR CON MIS PROPIAS MANOS ANA! ¿Y DESPUÉS LO HARÉ CONTIGO Y ESE BASTARDO QUE CARGAS!

—¿Santiago por favor! —me abracé a mí misma temblorosa, y con pánico.

—¿No digas que ese bastardo es mío, Ana! —tenía tanto miedo por lo que me fuera hacer, era de armas a tomar. Se acercó a mí, y me abracé a mi cuerpo desesperada por cubrir mi vientre.

Tomó mi rostro y lo levantó hacia él, podía ver la ira, inclusive el infierno en sus ojos. Tenía un plan desde el momento que descubrí que estaba embazada. Tenía que huir de su lado, no podía seguir humillándome, y seguir el maltrato que me daba.

—Soy incapaz de dar hijos. Dime ¿en qué momento te has revolcado? ¿QUIERO NOMBRE! —gritó soltando un fuerte golpe en mi rostro que me hizo ver borroso.

—Santiago... por favor... —balbuceaba. Si no era de Santiago... podría...
¡NO! ¡NO!

Fue hace dos meses, en un baile de máscaras... el alcohol y el deseo se mezclaron entre las sombras.

No sé cómo pasó... pero me había dejado llevar por las emociones, la atracción, el deseo, y por primera vez me sentí querida y deseada.

Por primera vez, había tocado el cielo.

Pero al final era un extraño que no volvería a ver... " **FIN DE**

FLASHBACK

Capítulo 4

Hudson

Mis labios recorrían ansiosamente esa piel pálida, y su aroma de nuevo quedaba impregnada en mi piel. Los delicados dedos que acariciaban mi pecho desnudo, era uno de sus movimientos que me hechizaba. Sus labios entreabiertos en total éxtasis, gimiendo, entregándose a mí, una y otra vez hasta llegar el amanecer. Gritaba en pleno clímax, una y otra vez, hasta dejarla casi en un estado inconsciente. No hablamos mucho, era una de sus reglas, y el maldito antifaz se interponía entre los dos. No me dejaba terminar de recordar su hermoso rostro. Sus manos tomaban mi cabello cuando me deslizaba hasta su vientre bajo. Se arqueó necesitada, y eso me llenaba. Era a mí a quien deseaba esa noche, esa madrugada, y rogaría por el amanecer.

—Dame otra noche —dije seguro de mí mismo. Pero ella solo cerró sus ojos. Abrió sus labios para tomar aire.

—Por favor... —mis labios se posaron en su sexo y comencé a chupar, y a jugar con su clítoris hinchado. Gemía descontroladamente. Y casi podía llegar a tener mi propio clímax con solo escucharla. Era demasiado excitante.

Me separé, y levanté la vista en busca de alguna respuesta.

—Solo una noche más, mañana regreso al extranjero... —tiro de mi cabello en protesta. Y seguí mi tortura.

De nuevo era algo extraordinario verla correrse. Su cuerpo convulsionaba. Entré en ella lentamente y ella me dio la bienvenida con un gemido.

Sus manos se levantaron a la altura de su rostro tocando el antifaz que resaltaba el color de sus ojos azul cielo y lo levantaba lentamente con una sonrisa pícaro...por fin vería su rostro...

Y siempre despertaba en ese momento. Seis malditos años añorando mirar el rostro de ella por completo. Su cabellera rubia esparcida por la almohada de esa habitación me recuerda que jamás podré recuperar la

cordura. Estoy completamente loco y obsesionado con ella. Suena la alarma unos segundos después de caer en la cruda realidad. Mujer misteriosa, ¿Dónde estás?

Empiezo hacer mi rutina diaria. La llamada de mi madre saludando mientras desayuno, y las noticias de mi hermana: Está feliz por la nueva agencia Bennett y hace casi dos semanas había comprado a mi nombre otro ático en la ciudad de New York. Nunca termina los negocios en esa ciudad y no me vendría mal mi propio espacio, y dejar los hoteles y sus suites presidencial.

—¿Vas a viajar hoy a New York? —la voz de mi madre me atrajo a la conversación de nuevo.

—Si, tengo que ver lo de la nueva planta. Y serán varios días lo que estaré fuera. ¿Estarás bien? —mi madre suelta la carcajada.

—No te salvarás de mis llamadas en tu hora de desayuno si es eso lo que te preocupa... —sonrío.

—Salgo en cuatro horas, ya tengo todo listo. Hasta la maleta extra que le mandas con cosas a tu hija... —suelta el aire frustrada.

—Esa hermana tuya me tiene loca con sus maletas, si no se le olvidó algo al rato recuerda y lo manda a pedir —exclama mi madre.

—Bueno, me saludas a mi padre, dile que mañana le llamo para confirmar los documentos de confidencialidad de la planta. —dije entregando los platos a Jenn quien me regaña con señas.

—Si hijo, cuídate y Dios te proteja. Llama a Caleb, ayer estuvo preguntando por ti —tuerzo mis labios.

Caleb, mi hermano mayor.

Habíamos discutido días atrás, pero por una pequeñez. Bueno se molestó por haberlo dejado plantado con dos mujeres, insistía en que necesitaba diversión y en exorcizar a la mujer que me consume en silencio.

Desde ese día de mi mujer misteriosa, Caleb me ayudó a buscarla, se encargó de sobornar por información, pero nada. La mayoría eran parejas casadas con altos empresarios y políticos de ese lugar. Nadie pudo darnos señas. Para él, seis años ya es mucho. Pero para mí no es nada. Esa mujer me había cautivado de manera inmediata. Nunca había esa electricidad con nadie, sólo con ella. Y ella se dio cuenta, a veces supongo que debió de haberse asustado por la intensidad. Casi toda la noche del evento, encerrados en una de las muchas habitaciones de esa gran mansión. Nunca olvidaré su cuerpo y las sensaciones que me provocó.

—Señor Bennett, hemos llegado al edificio, ¿Quiere la puerta principal o el subterráneo? —pregunta Guillermo, mi nuevo chófer.

—Subterráneo, por favor —entramos segundos después. Me abre la puerta y bajo cerca del elevador. Está de pie a espaldas a mí una mujer con unas elegantes zapatillas de aguja, una falda tipo lápiz en color gris oscuro y una blusa de seda blanca. Su cabello castaño en un recogido desbaratado.

Tremendamente sexy. ¡Vamos que vas llegando y ya tienes una erección!
¿Pero qué mierdas me pasa?

Saludo por educación, pero creo que está en su propia burbuja. Entra a toda prisa y choca conmigo. Me pide disculpas y me quedo pidiendo disculpas yo mismo. Puedo ver cómo estira su mano para presionar el botón del piso.

Piso veintinueve.

“Calma, perverso.”

Según avanza el elevador puedo mirar su perfil y el aroma inunda el pequeño espacio. Y tiene algo familiar e inquietante. Esa sensación de atracción lo siento. ¿Acaso es la electricidad? Intento acercarme, pero no necesito que me digan acosador. Empieza por algo más...normal.

—¿Vive aquí? —pregunto por curiosidad. Ella dice que sí, pero sin mirarme. Es extraño ya que las mujeres siempre buscaban conversación o mínimo me miran, se les cae la boca y casi me tiran con su ropa interior. Pero nada con ella. —No la había visto. Yo vivo en el ático. Somos vecinos —ella se gira y levanta su mirada en búsqueda de la mía y podría decir que es una descarada. ¡Me estaba dando un repaso!

Cierra sus ojos como si quisiera borrar sus pensamientos, y creo que estoy en lo cierto al ver sus mejillas sonrojadas.

—Que bien —solo puede decir eso. Se vuelve y levanta la mirada a los números. Es el piso 12 cuando se abren las puertas y entra una mujer pelirroja demasiado elegante. Saludamos por educación y me hago a un lado. Y la castaña del otro. La pelirroja me sonrío descaradamente, pero tomo mi móvil y comienzo a teclear a mi investigador privado.

"Necesito información del dueño del piso veintinueve, del Golden Towers en New York"

Segundos después.

"Ana Louisa Lombardi"

Suena el timbre y se abren las puertas y me sonrío la pelirroja, apenas aparece una mueca como cortesía. Se cierran las puertas y sigo tecleando.

"Quiero un informe de ella mañana a primera hora. Gracias"
"Si señor Bennett "

Y antes de llegar al piso veintinueve guardo rápido y siento la necesidad de presentarme.

—Soy Hudson, ¿Puedo preguntar su nombre? —se abren las puertas en piso veintinueve y antes de salir me contesta sin mirarme.

—No —y se cierran las puertas. Me quedo impresionado en la forma que me lo dice. ¿Es gay?

Se abrieron las puertas de mi ático y está la nueva ama de llaves esperando en el recibidor.

—Señor Bennett, Bienvenido —apenas sonrío.

—Gracias, ¿Aline? —pregunto dudando.

—Si señor. Aline. Le daré espacio para que conozca el lugar... —y desaparece.

Me dejo caer en el sofá. La mujer del elevador me ha dejado... Sin palabras.

Segunda mujer en mi vida que no cede a mis encantos, a excepción de la primera.

Mi mujer misteriosa

Capítulo 5

Ana

—Ya está listo los puntos de vigilancia, más el nuevo personal que has contratado, tienes cubierto todo —John, está de brazos cruzados observando todas las cámaras de seguridad frente a mí.

—Muy bien, gracias, John. No sé qué haría sin tu ayuda —sonríe a medias. Mi obsesión por proteger a Gianella es inmensa. Es lo que hace una madre, proteger con uñas y dientes a su cría.

—Se encuentra todo protegido, Ana. —sonríe para darme una pizca de seguridad. Hago un movimiento con mi barbilla para afirmar.

—Gracias. Almorzamos. Gianella ya está con Estefany... —no es una pregunta. John niega divertido.

—Muero de hambre —y salimos al comedor quien Estefany ya tiene todo listo y está acomodando a Gianella.

—Gracias Estefany, huele delicioso —ella sonríe.

—Gracias señora Lombardi —entra a la cocina.

Es viernes por la noche y tengo que ir a la empresa a los últimos arreglos para el evento de mañana. Estoy nerviosa, angustiada y algo distraída. Tenía que estar alerta por Santiago. No puede saber de la existencia de mi hija.

•FLASHBACK•

—¡DIME DE QUIEN ES! —su voz resonaba a lo lejos junto al dolor de cabeza que estaba a punto de estallar. El golpe que me había proporcionado segundos atrás había hecho que perdiera el control de mí. No podía visualizar a mi alrededor.

Tenía miedo de lo que me iba hacer.

Ya muchas veces lo había conseguido. Tenía dos años casada con él, solo tenía 18 años cuando entré a este infierno, ahora con 20 años ya no recordaba un día que no tuviera miedo. Me aferré a mi vientre con ambas manos.

¡Por mi bebé!

*Me tomó de mi cabello con fuerza y levantó mi rostro hacia él.
—SI TENGO QUE DESTROZARTE PARA CONSEGUIR EL MALDITO
NOMBRE...LO HARÉ. —sus ojos verdes estaban ardiendo en furia, irá y
decisión.*

*Tocaron la puerta, y sentí una pizca de alivio. Me soltó bruscamente
sobre el sillón. Y se acercó a la puerta.*

*Mi mente empezó a buscar un escape. Vi en su escritorio su pluma
favorita, y el pisapapeles.*

*Miré rápidamente y me lancé rápido por algo con que defenderme. Tenía
opciones. Y una de esas era sobrevivir o dejar que me matara.*

*Escuché maldecir, y las voces de su mano derecha y jefe de seguridad:
John Lee Wong.*

*Era el mejor. Artes marciales, y todo lo de defensa. Seguridad y
Protección. Santiago confiaba en el con los ojos cerrados. Era su mejor
arma para proteger el gran imperio que había conseguido. Era su mano
derecha en todo. Y el mejor dinero invertido.*

*Estaba preparado para todo. Nunca estaba con la guardia baja. Siempre
alerta.*

—¡No te metas! ¡Es mi esposa! —grito Santiago. Y azotó la puerta.

*—¡MALDITA SEA! —se acercó a mí rápido y me tomó del cuello y con
sus dos manos me apretó con la finalidad de dejarme sin respiración. Sus
dientes apretados, sus ojos clavados en los míos. Mis manos tomaron sus
muñecas para detenerlo, pero era mucho más fuerte que yo.*

*—Die... —no pude decir más. Las lágrimas salieron, y algo en mi se
activó. Bajé mi mano y debajo de mi muslo tomé su pisapapeles favorito
bañada en oro.*

*—¡Prefiero que me digan VIUDO, a que me señalen como un
CORNUDO! —dijo lleno de odio! —Muere junto con tu bastardo.*

*La fuerza con la que mi mano se levantó fue impresionante. Sus ojos se
abrieron de la sorpresa a mi movimiento. El apretón de sus manos sobre mi
cuello se iba aflojando.*

*Su mano subió a su cabeza tocando la herida que había hecho el
pisapapeles que se había estrellado contra su cabeza.*

*Solté un fuerte jadeo para tomar aire deprisa. Cayó de espaldas sobre la
alfombra de su despacho.*

La puerta se abrió golpeando la pared, y cerrada en segundos.

—¡Mierda! —dijo John.

*Se acercó a Santiago quien tenía los ojos cerrados.
—Yo-yo me defendí. Él... Él iba a matarme —dije mientras estaba como
ovillo en el sillón inundada de lágrimas y alterada.*

*—Calma, vi todo en las cámaras —dijo.
Se levantó y tomó su móvil.*

Lo había matado.

Yo... ANA LOUISA FERRARA DE COPPOLA.

•FIN DEL FLASHBACK•

Capítulo 6

•FLASHBACK•

Recién cumpliría en unos días mis dieciocho años. Era una excelente hija, excelente estudiante y amiga. La lealtad hacia mi mejor y única amiga, no se discutía. Me habían criado con principios y valores, el significado de la amistad era un tesoro, siempre y cuando no existiera la hipocresía y la mentira. Vivía en un pueblo llamado Mansfield, en un lugar cerca de Italia. En este pueblo, toda la gente se conocía, y abundaba la paz. Mi familia, era una de las más adineradas de los alrededores, inclusive de Italia. Pero nosotros éramos felices en este pueblo. Nunca se derrochaba el dinero delante de la gente, ni se presumía nada del estatus que cargaba la familia. Modestos, sencillos y discretos. Mi padre era dueño de una de las mejores teleras de la región, exportaba la mejor tela y accesorios para Estados Unidos, y algunas ciudades del Occidente.

Yo estudiaba desde casa, ya que mi madre necesitaba estar bien cuidada, había tenido una enfermedad en su pasado, que la postró en una silla de ruedas. Tenía la mejor atención, pero mi padre necesitaba que alguien de la familia pudiera estar cerca. Y esa era yo. Tenía una enfermedad incurable, que cuando cumplí los diez años, la puso en una silla de ruedas. Y solo va al hospital a tratamiento.

No me molestaba para nada estar en casa, me gustaba estar en ella. Mi madre se la llevaba en su taller de costura, habían adaptado todos los muebles a su mismo nivel para que no se le dificultara.

—¿Sientes la suavidad de la tela? —mi madre me enseñaba una tela blanca, suave y brillante que sostenía en sus manos pálidas.

—Sí, es muy suave —dije en un tono bajo mientras disfrutaba de la textura de la tela. Sus ojos brillaban de la emoción.

—Esta tela, es para cuando te cases —dijo en un tono ansioso.

—Falta mucho para eso madre, apenas cumpliré los 18 años —comenté sonriéndole.

—Lo sé, pero ésta será el vestido que te diseñaré cuando te llegues a casar, y espero si Dios me da más años, quiero verte casarte... —le dejé un beso en su frente.

—Vale, ya dijiste. Así que guarda esa tela bajo llave para el día que decida casarme —sonreímos.

Mi madre, era una diseñadora local retirada. Aún creaba sus vestidos de moda y llenaba mi closet de ellos. Tenía carpetas llenas de diseños que había creado años atrás, pero después de la enfermedad, lo dejó. Mi padre la alentó a seguir, le daba prioridad a que ella estuviera tranquila y serena.

—Ven... —dijo señalando que tomara asiento en sus piernas inmóviles.

—¿Qué pasa? —pregunté acurrucándome en ella. Comenzó a acariciarme mi cabello rubio y ondulado.

—Eres hermosa, ¿lo sabes? —dijo mi madre en un tono que no comprendía.

—Si tú dices, es porque es cierto madre —y solté una risa nerviosa.

—Nunca temas reconocer la belleza que tienes, ni de bajar la cabeza ante nadie. Eres hermosa, eres la única mujer del pueblo con ese color azul de ojos. Bueno, a excepción de mí y de tu abuela.

—No entiendo por qué dices todo eso, lo dices porque soy tu hija — recibí un pellizco en mi pierna y carcajamos.

—No es cierto, eres hermosa Ana —dijo de nueva cuenta.

—Está bien, soy hermosa —pero algo en mí no lo creía. Por más hermoso color de ojos tuviera, siempre me había sentido normal y corriente. Aunque muchos dijeran lo contrario.

El diseño me había interesado desde que mi madre coloreaba en sus libros de dibujo, y yo la imitaba. Podría diseñar camisas, blusas, vestidos, faldas, sacos, joyería... pero lo que me apasionaba eran las zapatillas.

Recuerdo cuando comenzó mi obsesión por el diseño de ellas. Mi madre se miraba en el espejo de cuerpo completo, esa noche saldría a cenar con mi padre, recuerdo que llevaba un vestido de satén negro.

Tenía yo seis años. Estaba acostada pansa abajo sobre su cama, mis manos estaban sobre mi cara mientras observaba como se arreglaba frente al espejo grande. Estaba entusiasmada por que saldrían después de haber concretado su segundo contrato con una empresa americana en exportar casi 100 millares de tela. Para mis padres era uno de sus mejores contratos, ya que, si seguían pidiendo más, triplicarían el pedido cada mes.

—¿Cómo me miro? ¿Me veo elegante? —preguntaba mi madre a través del espejo.

—Muy bonita mami —el rubio cabello de mi madre estaba recogido de una manera muy elegante en su nuca.

—Cuando seas grande, tú también podrás arreglarte así —y me regaló una sonrisa. Entró a su gran closet y puso una caja frente a mí sobre la cama.

—Estas zapatillas, eran de tu abuela. Y un día pasaran a ser tuyas... — levantó la tapadera de la caja, y sacó unas hermosas zapatillas negras, con pedrería discreta. Mis ojos se abrieron de la impresión de la belleza de ellas.

—Son hermosas mami...un día yo seré una diseñadora de zapatillas... — dije en voz baja mientras observaba ponérselas frente al espejo. Me había enamorado de esas zapatillas.

Capítulo 7

Sigue el Flashback

El día de mi cumpleaños dieciocho conocería a Santiago Coppola. Uno de los empresarios más poderosos de todo Italia.

Ese mismo día se hizo socio de mi padre, Alessandro Ferrera, con la empresa de la familia. Aún no nos conocíamos, pero esa noche empezaría la obsesión de él... hacia mí.

—Deja presentarte a mi Ana —la voz de mi padre la escuché mientras abría su puerta del despacho, y yo me dirigía al jardín con mi mejor amiga. Habíamos preparado algo para festejar solo nosotras dos, mi madre dormía, ya que el medicamento la descansaba. Y mi padre estaba en su despacho.

—¿Tienes una hija? —alcancé a escuchar su voz cargada de sorpresa.

—Sí, una. Hoy cumple los dieciocho años, ¿Ana? —estaba de espaldas mientras detuve mi camino. Me volví hacia ellos.

—¿Si, padre? —llevaba un vestido negro, con falda caída A, unos centímetros arriba de mis rodillas y unas bailarinas negras. Mi cabello rubio en un recogido desbaratado.

—Quiero presentarte a mi nuevo socio de la textilería, ven un momento —caminé hacia ellos con el plato de aperitivos.

Al llegar observé al hombre a su lado. Era muy alto, fornido y rubio. Sus ojos color verdes destellaban algo que me hizo sentir incómoda.

—Buenas noches —dije en un tono amable y educado.

—Buenas noches, pero si es una hermosa mujer, Alessandro. Que bien oculta la tenías —y mi padre sonrió satisfecho.

—Sí, es mi única hija, y ya con un gran talento en diseño. Tiene mucha imaginación al igual que su madre —dijo mi padre orgulloso.

—No lo dudo. ¿Hoy es tu cumpleaños? —asentí sin decir algo más.

—Bueno, ve a hacer lo que estabas haciendo hija, iré a acompañar al Santiago a su auto —dijo girándose hacia el pasillo, pero Santiago no. Él me miró de arriba hacia abajo.

—Eres muy hermosa, Ana. Un gusto en... conocerte. Buenas noches —y me regaló una sonrisa. Una que no había correspondido.

Y me quedé con el plato en las manos.

—¿Por qué me incomoda? —me pregunté a mí misma.

Meses después, casi se podía decir que Santiago prácticamente se la vivía en casa de mis padres. Mientras estudiaba en el despacho, pasaba de vez en cuando fingiendo buscar algún libro de contabilidad de mi padre. Él me sonreía demasiado. Y me incomodaba más.

Mi padre tenía su propio taller, a espaldas de la mansión.

—¿Tienes novio Ana? —preguntó cuándo tomaba un libro y lo apretaba a su pecho fuertemente.

—¿Perdón? —fingí no haberlo escuchado.

—¿Tienes novio? —y se acercó al escritorio dejando el libro encima.

—No —contesté secamente. ¿A el que le importaba? Llevaba semanas intrigada en su edad. ¿30? ¿35?

—Si te invitará a tomar un café, en el pueblo... ¿Aceptarías ir conmigo? —me quedé en estado de shock.

El silencio se hizo incómodo.

—Sinceramente, no creo eso posible señor Coppola. Es usted el socio de mi padre, además no estoy interesada en salir con nadie, solo tengo dieciocho años. —dije cortando cualquier ilusión sobre mí.

—Si es por mi edad, déjame decirte que tengo veintiocho años, son diez años de diferencia, pero para mí en lo personal no es problema y no es para tu familia —arrugué mi frente a sus últimas palabras.

—¿Qué tiene que ver mi familia en esto? —pregunté irritada.

—He pedido cortejarte y he obtenido el consentimiento de tu padre y madre —me quedé helada en mi lugar.

—¿Qué es lo que dice? —pregunté nerviosa, al ver que rodeaba el escritorio y se acercaba a mí.

Se sentó sobre sus pies, y sus ojos verdes se clavaron en mí. Giró la silla para quedar frente a él. Sus manos se quedaron en los brazos de la silla.

—Digo, que voy a cortejarte. Quiero conocerte bien, y llegar... a un matrimonio —intentó tomar mi mano que estaban en mi regazo. Las quité para que no las tocara.

—No estoy interesada en un matrimonio con usted, ni con nadie —dije firme.

—Esto no es si quieres o no, Ana...Quiero hacerte mi esposa en un futuro. Y tus padres estarán más que contentos que sea así. Soy un millonario y si tengo que comprar tu voluntad, lo haré —dijo apretando sus dientes.

—Eso es algo que ni siquiera el dinero lo compra, señor Coppola. Así

que va a renunciar a esos deseos. No pienso, ni quiero y nunca voy a desear casarme con usted —intenté girarme al escritorio, pero lo evitó.

—Te doy un mes, para que esto se haga un matrimonio —tragué saliva dificultosamente.

—Usted está totalmente loco, habiendo mujeres mucho mejor que yo, ¿Por qué no busca una que cumpla sus expectativas y a mí me deja en paz? —dije molesta.

—A ti es a quien deseo. Y a ti es a quien voy a desposar —se levantó bruscamente y se acercó a mí, encerrándome contra el respaldo de la silla. Mi cabeza estaba en el respaldo intentando hundirme en él.

Tomó mi barbilla, y la acercó a él.

—¡Suélteme! —dije tomando su muñeca que sostenía mi barbilla.

—Vas a ser mía, grábatelo —y me soltó bruscamente. Gemí del dolor, y froté mi barbilla —Ve cambiando la forma de pensar, o atente a las consecuencias.

—¿Cuáles consecuencias? —dije desafiante.

—Tu familia, llevaré a la quiebra la empresa. Destruirla en pedazos, y despojarlos de todo. Absolutamente de todo. ¿Cómo cuidarás a tu mami? —dijo burlándose.

—¡Eres un maldito! —grité furiosa.

Se abrió la puerta, y era mi padre. Las lágrimas amenazaban con salir. El miedo se había adueñado de mí por segunda vez en mi vida.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó mi padre, observando a Santiago, quien me miraba a mí.

—Nada Alessandro, estaba informándole a tu hermosa hija, que tengo el consentimiento de cortejarla —la sonrisa de mi padre era grande. Estaba feliz.

—Oh, hija. Santiago es un buen hombre, yo lo conozco de años, conocí a su padre, y déjame decirte que es un buen hombre —Santiago me miraba de una manera que me amenazaba con la mirada si decía algo.

—Padre... —Santiago interrumpió con un movimiento de mano en el aire.

—Ana me acaba de aceptar como su pretendiente y si esto avanza, puede que a finales de primavera estemos organizando una boda —el rostro de mi padre se iluminó de una manera que jamás lo había visto.

—¡Eso es perfecto! Oh, Ana, hija. ¿No te emociona la idea? —se acercó a mí rápidamente y me tomó de la mano. Lo miré y no pude evitar callar.

—Padre, no te ilusiones. No nos conocemos y no creo... —me volví a mirar a Santiago —no creo realmente algo tan en poco tiempo termine en

matrimonio. No estoy interesada... —el rostro de mi padre se desvaneció.

—Oh, es cierto. Pero para eso se van a conocer hija, y todo puede pasar en esta vida, vas a terminar enamorándote de este buen hombre y serás feliz —dijo mi padre terminando con un abrazo.

Un mes después de esa tarde, Santiago no dejaba de llenarme de regalos, a toda costa quería comprar mi corazón, pero no lo lograría. Había algo en él, que no me convencía. Algo debía de esconder.

—Hija, no pienses más las cosas, deja entrar a Santiago a tu corazón... —decía mi madre a mi espalda. Estaba yo de pie en el gran ventanal de la sala que daba al jardín grande. Me abracé a mi cuerpo. Y ese escalofrío recorrió cada poro de mi piel. Era algo, que no podía explicar.

—Madre, no quiero casarme. Por más que me llene de regalos, el amor no se compra. Y eso tú lo sabes —me volví para mirarla.

Ella estaba en su silla de ruedas, y había detenido su bordado. Estaba pensativa.

—Hija, no sé si decirlo... —arrugué mi frente a sus palabras.

Caminé hacia ella, y me senté en el sillón individual a su lado.

—¿Qué pasa? Dímelo —dije apresurada. ¿Qué ocultaba?

—La fábrica de telas está en una fuerte crisis...no entendemos como pudo ser rechazado los dos contratos que tenía casi por ser aceptados, tu padre está muy presionado —el corazón me latía con gran fuerza.

Santiago.

Estaba intentando orillarme para quedar acorralada. ¡Esto no se lo iba a permitir!

—¿Qué contratos eran? —pregunté curiosa, pero por dentro llena de furia.

—Los de Oriente, y uno en España. Si te casaras con Santiago... —dijo mi madre, y me levanté bruscamente.

—¿Por qué insisten en que me casé con ese hombre?! No quiero casarme, y pedirme que lo haga solo porque están en crisis... —las lágrimas querían salir.

—Ana, solo en él podrás encontrar felicidad, y estarás muy protegida. Nunca te faltaría nada. Vivirías como una reina, tendrías tu propio imperio con la ayuda de Santiago. —dijo y esas palabras quedaron en el aire.

—Prefiero hacer por mi cuenta el éxito, no necesito ayuda de nadie, tengo

fe en mí, madre...creí que tú también lo pensabas.

Me levanté y salí de la sala, dejándola gritar mi nombre en varias ocasiones mientras subía furiosa y dolida las escaleras.

Entré a mi habitación azotando la puerta con todo el dolor de mi alma. Sentí una mano en mi brazo que me hizo girarme con gran sorpresa.

Santiago.

—¡Tú! ¡Suéltame! ¡Sal de mi habitación! —Santiago solo sonreía.

—Quiero casarme el fin de semana siguiente —dijo sin rodeos.

—¿Estás loco? —sentí como el agarre se apretaba más a mí, dejando sin duda alguna marca.

—Sí, y es por ti. Te quiero en mi cama, quiero hacerte mía —su voz ronca me alertó en todo sentido.

Esto no era algún sentimiento sano, era una enfermiza obsesión.

—¡Suéltame! —intenté soltarme, pero no pude.

—Nos casamos el fin de semana, o arruino la empresa de la familia Ana, tú decides —me quedé congelada. ¿Cómo podría existir gente así?

—No puedes hacer eso, es la empresa de mi padre. Él la levantó hace años, y llegas tú, y haces eso... ¿Cómo puedes ser tan cruel? —dije con el nudo en mi garganta, imaginando a mis padres en la quiebra, sin nada, y lo peor... mi madre sin su ayuda médica.

¡Esto no estaba pasando! ¡Era una maldita pesadilla!

—Nos casaremos el fin de semana, sé que lo harás porque te conviene Ana. ¿Dejarías a tu madre sin ayuda médica? —mis ojos se inundaban por las lágrimas. Sus ojos verdes se clavaban en mí.

¿Qué debes de hacer Ana? El silencio reina en mi habitación.

—El... el fin de semana. Pero quiero que le regreses los contratos a mi padre. Los coreanos y el de España. Y termina la asociación con él — establecí las reglas.

—Seguiré asociado, pero le regreso los contratos. Tu familia me está dando dinero y mucho más rápido de lo que tenía contemplado, así que no dejaría de invertir en un negocio que me está triplicando mi dinero —me soltó lentamente y levantó su mano para acariciar mi mejilla —También te ayudaré a formar tu propio imperio... ¿Quieres ser esa aclamada diseñadora de modas? ¿Viajar a otros lugares y hacerte famosa? Lo tendrás y todo por ser mi querida y amada esposa —me giré para limpiar las lágrimas de la furia.

¿Qué hiciste Ana? ¡Hiciste pacto con el mismo diablo! Me reprendí mentalmente.

—Sal de mi habitación, por favor —dije bruscamente.

—Oh, mi Ana. Mi amada Ana, me haces totalmente feliz —me rodeó de la cintura y pegó su pecho a mi espalda. Estaba temblando de la furia, y no me pude mover.

—Necesito privacidad... —dije en un tono bajo.

Me giro hacia él y tomó mi mano delicadamente. Estaba poniendo un anillo en mi dedo, sus ojos estaban hambrientos.

—Te queda perfecto, así que has lo que vas a hacer, y bajemos a dar la noticia. —Dejó mi mano, y salió triunfante.

¡Maldito! ¡Maldito! ¡Maldito! Tomé el anillo y lo tiré en la cama. Caí sobre mis piernas en el piso y comencé a llorar.

¿Qué has hecho Ana?

Capítulo 8

Sigue el flashback

Llegaba el fin de semana. Estaba de pie, frente al espejo de cuerpo completo. Mi madre junto a otras mujeres de servicio, me ayudaban a acomodar el vestido. Tenía el vestido blanco que mi madre había confeccionado, con esa tela especial. El corazón se me partía en pequeños pedazos al no poder gritar todo y salir huyendo. Pero estaban mis padres primero que todo, no podía dejarlos en la ruina, y mi madre sin su ayuda médica.

—¡Estás hermosa hija! —dijo mi madre al borde de las lágrimas. El vestido se ajustaba a mis curvas, y resaltaba los pechos. Era discreto y elegante a la vez. El velo estaba colgando de un moño hecho a la perfección en mí nunca, y caía junto a lo largo con la cola de mi vestido.

—Gracias... —contesté en voz baja, y sin dejar de mirar esas ojeras que se habían formado debajo de mis ojos, y mis padres lo habían asociado a la emoción de no poder dormir por este día.

Pero eso ni se acercaba en lo absoluto. No dejaba de pensar en otra solución que no fuera este maldito matrimonio.

—Sonríe hija, es tu día. Ya sabes de lo que hablamos anoche, tu noche de bodas —me sentí hervir de solo recordar la pena y vergüenza de la plática de anoche con mi madre.

—Sí madre, déjame en paz con ese tema, por favor —soltó una risa tímida al verme a través del espejo.

—Es hora, nos esperan en el jardín —dijo mi madre.

—¿Me pueden dar cinco minutos de privacidad? —y asintió mi madre.

Estaba segundos después de pie a la ventana que daba desde mi habitación al gran jardín. Se observaba las mesas redondas, manteles elegantes, y arreglos florales extravagantes. La gente estaba a unos metros más allá, sentados en sus sillas, esperando mi entrada.

Cerré los ojos con fuerza, ¿Podría desaparecer? La noche anterior Santiago había entrado a mi habitación, y me había recordado nuestro trato. Amenazó con destruirme a mí también si lo dejaba en el altar. Me había acorralado contra la puerta de mi baño, y sostenía mi rostro con sus manos.

Lloraba en silencio, e intentaba separarme de él, pero era imposible. Era débil, como una hoja seca que podría desmoronarse en su mano. Pedí que me soltara, me lastimaba, y su rostro estaba lleno de ira. Había escuchado mi conversación con Susana, mi mejor amiga que estaba de vacaciones en Italia. Le había dicho lo mucho que no quería casarme, y la posibilidad de dejarlo en el altar. Y salió de mi closet haciendo girar mi móvil. Quería que le repitiera que era solo suya, y de nadie más. Solo podía decir que era el socio de mi padre, el miedo había llegado de nueva cuenta. Tuve que decir que era suya, para que pudiera soltarme, y terminó dándome el anhelado beso que le había negado desde la puesta del anillo. Mordió mi lengua bruscamente hasta dejar el sabor metálico en mi boca. En ese momento llegué a la conclusión que tenía que desaparecer, sin dejar algún rastro. Pero tenía que borrar ese pensamiento, solo debía tener cuidado, y proteger a mi familia.

Había llegado la noche de bodas. Estábamos en la nueva casa que había comprado, la vista era el lago privado, había comprado la mitad del lugar para tener privacidad.

—Tengo que hacer unas llamadas importantes, ve a la habitación principal. Regreso en media hora —y el nuevo mayordomo, tomó las maletas que estaban en el recibidor, y Santiago se perdió en algún lugar donde fuera el despacho. La casa era grande, muy grande, y espaciosa. Se podía oler los muebles nuevos.

Subí con el vestido de novia en manos, tenía un conjunto blanco, de dos piezas. Confeccionado por mi madre.

Pude ver al guardaespaldas de Santiago entrar con un sobre amarillo en sus manos. Me quedé a mitad de las escaleras al ver que se quedó de pie debajo de la gran lámpara elegante que colgaba del techo en forma de araña.

Levantó la mirada e hizo un movimiento con la cabeza.

—Felicidades señora Coppola —correspondí su felicitación con un movimiento de barbilla.

Terminé de subir las escaleras y di con la habitación principal. El corazón se me salía del pecho el solo pensar que me haría suya.

¿Podía fingir que estaba dormida para evitar la noche? ¿Un dolor de cabeza?

Entré, me di un baño y me puse un pijama de pantalón corto y una camiseta de tirantes. Y me metí a la cama. Había dejado secar mi pelo, pero el

sueño me ganó. Tenía miedo, pensaba mil cosas, pero al final no pude soportar el cansancio del día.

Sentí una bofetada en mi mejilla. Desperté alertada...estaba Santiago sobre mí.

—¿Cómo te atreves a dormirte en nuestra noche de bodas, Ana? —mi mano estaba en mi mejilla. Las lágrimas salieron hirviendo. Su mirada oscurecida me dio miedo.

—Voy... hacerte...mía —y comenzó a besar mi cuerpo desesperado, me revolví gritando que se quitara, pero era imposible. Metió la pierna entre las mías para evitar cerrarlas.

Cerré los ojos con dolor al ser penetrada. Gruñidos de satisfacción, salieron de su parte. Yo solo quedé adolorida, maltratada y atrapada del pánico. Sé que esto no estaba bien. Besó mi frente y se retiró dejándome sola en la cama cubierta de sangre en mis partes, demostrando mi virginidad. Lloré el resto de la noche, simplemente en mi cabeza no dejaba de parpadear la palabra VIOLACIÓN.

Él me había violado aún a mi negativa de seguir, lo golpeé con fuerza, pero nada. No volvería a tocarme, no. Esto no se le hace a una mujer. Y me las arreglaría para evitar que me volviera a tocar.

Dos años después, el matrimonio era una guerra todos los días. Había ocurrido varias veces en estos meses que me había tomado a la fuerza y alcoholizado. Vivía encerrada en la casa del lago, no quería que mi madre viera el maltrato que recibía. Los moretones en mi cuerpo, el labio pinchado e inflamado, y las marcas de sus manos. Parecía un cuerpo sin vida. Y los momentos en que no me hacía suya a la fuerza, me pegaba por deporte. Por más intentos de defenderme, nunca he logrado en estos meses, derribar.

—Señora Coppola —me sacó de mi burbuja el jefe de seguridad de Santiago, John. Su mano derecha, su ojo de halcón, y su cómplice en todo.

Estaba sentada en una tumbona, cerca de la piscina, pero estaba ida en el paisaje del lago. Sus montañas adornaban al fondo.

—¿Sí...? —pregunté en un tono bajo. Pero no dejé de mirar la hermosa vista que me relajaba de la mierda de vida que tenía con Santiago.

—Tiene que empezar a buscar una solución para pararlo. Un día terminara por matarla —sus palabras me calaron en los huesos. Me volví lentamente a él.

Las lágrimas amenazaron con salir. ¿Qué es lo que quería? ¿Me estaría grabando para decirle a Santiago? ¿Otra golpiza? Apenas llevaba tres días sin

ser tocada, los moretones de la última paliza estaban desapareciendo.

—No entiendo que quieres decir, no pasa nada. Solo soy algo torpe — fingí ante él. Señalando los moretones en mis piernas pálidas.

—El señor Coppola no está en casa, avisó que saldría una semana y me dejó a cargo de usted. —el alivio llegó como hace mucho no llegaba.

Nos quedamos en silencio. Se sentó en una silla y bajó la mirada a sus manos entrelazadas.

—¿Qué quieres John? ¿Es una emboscada? ¿Quieres que me dé otra paliza? —dije burlona. Dos años sin que los de seguridad se me acercara siquiera a defenderme de sus golpes, o cuando me arrastraba escaleras arriba delante de ellos.

Tenían prohibido acercarse a mí e inclusive interrumpir su paliza. Me acaricié el labio que ya había bajado la hinchazón.

—Tenemos que buscar una solución para evitar que te siga golpeando. Eres tú o él Ana —su voz paternal me hizo sentir por primera vez segura y tranquila.

—El fin de semana es la fiesta de aniversario de bodas, lleva planeando desde la anterior después de finalizar. Por eso me ha dejado sola, para que esto... —dije a punto de gritar y llorar al señalar mis moretones y mi labio hinchado —se borren de mi piel, para seguir fingiendo que nuestro matrimonio de mierda es perfecto.

Sus ojos rasgados se clavaron en mí.

—Puedo ayudarte, si realmente lo quieres. Sé que no confías en mí, porque soy su mano derecha. Pero no apruebo todo lo que hace contigo. He estado tentado en perder mi trabajo por defenderte. Pero hay que ser más inteligentes. Si lo dejas te perseguirá a donde vayas o te encontrará donde te escondas. Hay que pensar en algo. Y yo te ayudaré.

Se veía decidido. Las lágrimas caían por mis mejillas hirviendo. Me volví a ver el paisaje que tenía frente a mí.

—Quiero desaparecer, quiero una verdadera vida, la vida que yo merezco, pero sin Santiago —dije en voz baja.

—Te puedo quitar a Santiago de encima, si así lo deseas Ana —tragué saliva dificultosamente. Me volví a él.

—¿Qué obtienes a cambio? —dije con la voz temblorosa.

—Nada. Si te mata con una de sus palizas, será el dueño de la empresa de tu familia. Dejará de igual manera a tus padres en la calle. Hace días pidió el testamento de tus padres, y en los dos estás como la beneficiaria universal

de todo el negocio e inclusive de las sucursales en toda Europa. Su poder aumentará cinco veces más de lo que tiene hoy. Últimamente están cayendo varios negocios de él, por mal manejo de su personal. Y necesita recuperar lo que ha perdido.

—¡Maldito! —exclamé con dolor. —¡Mil veces maldito! —maldije.

—He visto, como sufres. Y he esperado este momento para hablar contigo. ¿Quieres que te ayude? —preguntó seguro de lo que estaba diciendo.

—Después de dos años... ¿Cómo? —pregunté ahora sí captando toda mi atención.

—Hay que esperar después del baile de máscaras. Puede ser en una pequeña escabullida sin que se entere —mis ojos se entornaron, pensar en que podría tener una vida sin Santiago...

Era él o yo.

Capítulo 9

Sigue Flashback

—Te quiero cerca de mí en todo momento Ana —dijo Santiago en un tono posesivo.

—Santiago, vienen empresarios con sus esposas y quieres que haga lazos con ellas, ¿Cómo quieres que haga las cosas si quieres que esté pegada a ti las ocho horas de la fiesta? —dije fingiendo irritación.

—Tienes razón, John te estará vigilando —dijo finalmente. Ajusté mi máscara a mi rostro. Pinté mis labios color rojo carmesí, ya estaba lista. Los cabellos rubios y ondulados caían sedosamente en mis hombros desnudos y pálidos. Era fiesta Victoriana. Todos cargaban pelucas según la época y sus antifaces.

Mi vestido color negro resaltaba mi piel pálida, el rubio de mi cabello hacía la mejor de las combinaciones. Me negué a usar esas pelucas extravagantes. Ya tenía con el vestido y sus anchas caderas.

Las reglas de la fiesta, era usar siempre las máscaras.

—Te tendré vigilada, Ana —dijo Santiago en un susurro mientras hacíamos nuestra aparición en lo alto de las escaleras y la gente aplaudía emocionada.

Bajamos entre saludos y abrazos de la gente agradeciendo la invitación. Terminé una hora después en un grupo de esposas de unos empresarios americanos. Mucha gente había viajado para esta fiesta. Ya que Santiago era muy famoso en los negocios.

—Disculpen, iré a refrescarme —y me retiré del grupo. Me escabullí entre la gente y llegué al pasillo de abajo que da al lago. Había una habitación discreta donde guardaba cosas que no se utilizaban o simplemente estorbaban. Entré y revisé distraída el lugar, todo estaba acomodado a la perfección. Necesitaba estar lejos del bullicio de la fiesta. Me sentía ahogada entre tanta gente.

Tomé el picaporte y abrí la puerta, sin antes tropezar con alguien que iba a entrar.

—Disculpe, disculpe. Estoy buscando el baño... —la voz del hombre me había erizado la piel. Tragué saliva, al sentir mi boca secarse con gran

velocidad. Nuestros cuerpos estaban irradiando un calor demasiado fuerte, que me hizo jadear del calor.

—No, no es baño. Es un... —me volví para mirar alrededor —una simple bodega —dije regresando mi mirada a la suya. Sus labios estaban húmedos y su respiración se aceleró, siguiendo la mía.

Me puse nerviosa y me acomodé el antifaz.

—¿Estás sola? Huías de algo ¿No? —su voz me hipnotizaba. Era alto, muy alto y tenía el disfraz de un coronel. Su gorro oficial y el antifaz del mismo color del traje. Sus ojos grises resaltaban demasiado.

—El baño está en la dirección contraria, subes las escaleras, a mano derecha —dije nerviosa.

—Tienes unos hermosos ojos azules —dijo en un tono ronco. Terminó de entrar y cerró la puerta detrás de él. Y puso el seguro.

—¿Qué es lo que estás haciendo? —pregunté por primera vez sin miedo, si no con un sentimiento que estaba quemando mi piel.

—¿No te excita estar encerrada con un extraño? ¿Sin saber su identidad? ¿Usando antifaz? —negué lentamente, mientras retrocedía.

—Abre esa puerta, no tendrás de mi nada de lo que tienes en mente... — intenté salir, pero mi cuerpo no respondía. Algo me atraía como un imán a este desconocido.

—Jamás te tocaría sin tu consentimiento, no soy ese tipo de hombres — dijo en un tono bajo, pero había escuchado a la perfección.

—Gracias... —lo esquivé y al llegar a la puerta, su aroma entró a mi organismo. Cerré los ojos y lo terminé de saborear.

¿Cuántas veces viste a Santiago en la cama de invitados con varias mujeres, Ana? ¿Y tú? portando como una esposa ejemplar, aguantando golpes, heridas en el alma, ¿Por qué no pagar con la misma moneda, aunque sea una vez? La adrenalina subió desde los pies hasta quemar mi vientre por dentro.

Me volví y el hombre se giró hacia mí.

—¿Alguien te ha seguido hasta acá? —pregunté lentamente cada palabra. Me sentía que en cualquier momento haría combustión espontánea. Estar encerrada con un desconocido, que no sabíamos la identidad de cada uno, me llenó de total excitación. ¿Podré descubrir lo que es el *deseo* por una vez en mi vida?

Negó lentamente y sus ojos se clavaron en los míos. Entreabrió sus labios para tomar aire disimuladamente. Bajé mi mirada por todo su cuerpo, hasta llegar a su parte íntima. Había un bulto grande, amenazando con romper la

ropa.

Lamí mis labios inconscientemente.

—Haremos esto, pero sin quitarnos los antifaces —comencé a quitar los hilos del corsé que me apretaban por la parte de enfrente de mi vestido. Él no se movió. Se quedó expectante. Miraba como me estaba desvistiendo, hasta quedar solo en toples, y en mis ligeros que sostenían mis medias. Me bajé de mis zapatos y se notó demasiado la altura. Era más alto. Su mano se fue a sus labios y no dejaba de mirar mi cuerpo.

Me sentí por primera vez deseada y sabía en el fondo de mí que estaba mal. Pero un poco de diversión no pasaba nada si se quedaba todo en el anonimato.

—Creo que aún tienes mucha ropa encima —entendió y en segundos ya estaba desnudo ante mí, su miembro estaba alto, grande y grueso. Nada que ver con Santiago. No podía decir que alguna de esas veces que me ha tomado a la fuerza, me llene. Al contrario, se ha de sentir frustrado por no satisfacerme como se debe. E ahí la ira hacia mí.

—Eres hermosa, mujer del antifaz —detuve mi paso hacia él.

¿Hermosa?

El nudo en mi estómago se hizo gigante casi del tamaño del planeta. Me sentí conmovida. Alguien ante mí, un extraño, sin conocer mis cicatrices y los golpes del alma, era hermosa ante sus ojos. O bueno, podría ser el momento.

Eso subió la temperatura en mi cuerpo y él sin verlo venir me hizo acercarme a él, levanté mis manos hasta sus mejillas y lo acerqué a mí.

—Si sigues así... —y sus labios me atraparon despacio, cálidos y temerosos. Seguí su juego hasta que se inclinó sin dejarme de besar para cargarme, me extendió una pierna para que lo rodeara por la cintura y me abrazó más a su cuerpo.

Me sentí poderosa, excitada hasta el espacio, mi cuerpo temblaba de la emoción, del sentimiento de que por primera vez sería testigo de la satisfacción. Sus caricias llegaron casi para acariciarme el alma, sus suspiros en cada beso, me subía el ego que siempre estaba en el suelo pisoteado.

—Hueles... exquisito... —dijo mientras aspiraba mi cabello, y acarició mi trasero, aumentó la fuerza de su beso. Me puso contra la pared y mis pezones los sentía tan erectos que me dolían. Su mano comenzó a acariciarlos suavemente, pausó el beso y bajó a mis pezones para jugar con ellos. Su lengua hacía un exquisito y sublime baile, que me arrancó muchos gemidos de placer. Sentía mi humedad resbalar por mi piel, estaba excitada solo con sus

toques, caricias alternas y sus labios.

Me bajó y me señaló que no me moviera. Buscó rápidamente entre las repisas algo, tuve que recargarme en la pared para poder sostenerme, mis piernas temblaban.

—Esto servirá por ahora... —extendió unos manteles, y cojines que estaban dentro de una caja empolvada. La luz que entraba era la de la luna, la ventana que estaba a nuestras espaldas era del piso al techo y ancha. Solo la luna sería la testigo de este único encuentro.

Me extendió la mano, como invitación. Acepté, y segundos después estaba encima de mí. Comenzamos a besarnos, ansiosos, deseosos, y anhelantes.

La música de fondo me hizo erizar la piel.

“Rihanna, con Love on the brain.”

Cerré mis ojos, disfrutando junto a sus besos. Era una canción que jamás olvidaría por el resto de mis días.

Sus labios jugaban con mi cuello, que me hacía gemir en algún punto conocido por él y de ahí a mis pezones, mi estómago, hasta llegar a mi parte más húmeda.

Dos dedos entraron y su gruñido caló en mí, haciendo levantar mi rostro. La luz golpeaba su antifaz, aclarando sus hermosos ojos grises.

—¿Qué...? —dije cargada de deseo.

—Estás muy húmeda...y muerdo por estar dentro de ti... —murmuró deseoso. Se levantó y se puso sobre mí.

Nuestros ojos se clavaron por segundos eternos.

—Entra en mi... ahora... lo deseo... —mi voz estaba que no me reconocía ni yo. Sus pupilas estaban dilatadas en un aro delgado. No dijo nada, sus labios atraparon de nueva cuenta los míos y nuestras lenguas jugaron desesperadas.

Lo rodeé por el cuello, acercando mis pechos al suyo, el calor que salía a la superficie de nuestros cuerpos, no era comparado con nada.

Sentí como su miembro estaba en mi entrada y jugaba, hasta que era puros gemidos. Su miembro erecto, grande y duro, entró poco a poco en mí. Hasta que me llenó por completo. Sus gemidos, gruñidos de satisfacción fueron llenados. Sus labios chuparon desesperadamente mi cuello y comenzó a moverse.

—¡Madre mía! ¡Es como si estuviera hecho solo para mí! —comenzó a moverse y yo con él.

Era indescriptible todo lo que se arremolinaba dentro de mí, sensaciones que jamás había sentido nunca. El fuego dentro de mí era casi de miedo a incendiar la habitación. Embistió lentamente, y suave.

—¡Dame más! —mi orden fue ahogada por su boca.

—Quiero disfrutarte... déjame gozarte —y mordí su labio en señal de deseo.

Nos movimos por más de una hora, hasta que llegamos a mi primer clímax. Convulsioné como nunca en mi vida. Llegué al cielo, lo toqué con mis dedos y no paró la siguiente hora, hasta que llegamos a cansarnos. Sin darme cuenta, estábamos rodeados entre los manteles y entrelazados con los cojines de la caja. Nuestros antifaces aún seguían en nuestros rostros. Su mano aprisionaba mi vientre desnudo y una pierna.

Me ha llevado al cielo y ahora mi infierno de nuevo regresaba a mi realidad. Me levanté despacio para no despertarlo. Levanté la vista y una mano estaba sobre su rostro cubriendo la parte de su antifaz.

Y me llamó la atención una marca en su muñeca. Me acerqué un poco más y pareciera una quemada. ¿Lunar? Era realmente extraño.

Se movió y me quedé petrificada. Comenzó a roncar y me levanté por mi ropa. Me vestí y el corazón casi salía de mi pecho. Lo que me mostraba la ventana era mi próxima paliza. El cielo se estaba aclarando.

¿Pues cuánto tiempo...? ¡Santiago!

Terminé de arreglarme y pude visualizar a John al final del pasillo. Las piernas me temblaban. Sin duda alguna, había firmado mi muerte.

Se giró John hacia mí al escuchar mis pasos. Sentí como la sangre abandonaba mi cuerpo al ver su expresión.

Negué sin decir algo.

—No te preocupes, Santiago está ebrio en la sala junto a otros empresarios. Preguntó por ti, pero le informé que estabas dormida en la habitación al ver que no podía caminar para confirmarlo. Sube y descansa.

—Gracias, John... yo... —me iré a la habitación al final del pasillo.

—No digas más. Esto no pasó. No vi nada. Pero si volviera ocurrir... —negué repetidamente asustada —podrías usar la habitación de la cochera de servicio. Nadie entra ahí y no hay cámaras —me quedé sin decir algo y él se retiró hacia las personas del servicio para dar órdenes.

Subí rápidamente sin antes chocar con un hombre alto, rubio y de ojos grises que aún usaba su antifaz.

—Disculpe —dijo el hombre amablemente.

—No hay problema —dije y mientras subía, una chica del servicio me llamó.

—¿Dónde puedo encontrar un baño? —preguntó el rubio. Le iba a responder, pero la mujer del servicio me interrumpió.

—Señora Coppola, ¿Ya quiere desayunar? —negué repetidamente y miré al hombre que estaba aún en las escaleras observándome.

—Subiré y que nadie me moleste. En la escalera de abajo a mano izquierda primera puerta —dije al mirarlo. Agradeció y subí hacia la habitación.

Entré y el deseo despertó en mí. Santiago estaba ahogado en alcohol, podría escaparme para otra... no Ana, no.

Esto era una sola vez. Y así se quedaría.

Capítulo 10

Dos meses después

Sigue el Flashback

—Tráeme algo de fruta pero que no sea nada de melón —le dije a la mujer que me atendía.

— ¿Melón? ¿Desde cuándo no te gusta el melón? —mi madre me preguntó curiosa.

—No lo sé, simplemente no tengo ganas de melón. Estoy hastiada de melón —y le daba una mordida a mi pan tostado sin mermelada.

—¿No le has puesto mermelada? —preguntó arqueando una ceja.

—No tengo ganas de mermelada, lo quise así —dije irritada — ¿Qué es todo esto? ¿Ahora no puedo cambiar mi menú matutino? —mi madre sonrió.

—¡Calma! Solo que se me hace curioso hija... —dijo mi madre dando un sorbo a su zumo de naranja.

—Que curiosa amaneciste... —gruñí.

—Está demasiado sensible hoy, señora Coppola —dijo mi madre sonriendo.

—¿Sensible? No. Simplemente que quiero retener algo en mi estómago el día de hoy, no he dejado de vomitar estos días. Y no quiero enfermarme. Santiago, desde hace dos meses está muy accesible, y compró boletos para ir a New York.

—¡New York! ¡Dios mío! Dice tu padre que es hermoso —dijo entusiasmada.

—Sí, Santiago tiene que ir el fin de semana por negocios y dice que no quiere dejarme sola —gruñí. Y era verdad. Después de hace cinco días de su paliza, me dejó moreteada la mejilla al no poder acompañarlo por mis vómitos a una cena beneficiaria en Italia.

—Es un buen hombre... ¿Verdad? —dudé mucho en decirle la verdad, pero a una madre jamás se le engaña.

—Sí, es buen hombre —sus ojos se llenaron de dudas al verme contestar así.

—Dicen que la fiesta de disfraces estuvo muy buena... —la imagen de mi debajo de mi hombre misterioso llegó de golpe. Sonreí al verlo sudar, y su

insistencia a que me quitara el antifaz para recordar mi rostro. Pero no accedí. Si Santiago se enterara de mi desliz, ahora si me entierra viva.

—Sí, bastante. Descubrí mucha gente... —y callé.

— ¿Dos rayas? ¿Qué significa esto? ¿Negativo no? —hablaba conmigo misma en el baño del hospital mientras esperaba que revisaran a mi madre. Las manos me temblaban. Las lágrimas ya estaban saliendo a mares.

Dos rayas. Positivo. Embarazo.

Me quedé congelada con la prueba en mi mano. ¿Embarazada?

Salí del baño, y la guardé en mi bolsa. Miré mi reloj, y todavía le faltaba a mi madre. Decidí buscar al ginecólogo y que me hiciera un ultrasonido.

Había pasado tres días desde que me hice el ultrasonido, y lo escondía en mi bolso. De nuevo hoy llevé a mi madre al hospital a recoger los estudios que se había hecho hace días atrás. Estaba manejando hasta la casa de mis padres. Ignacio bajaba a mi madre a su silla de ruedas, y nos despedimos.

Entré por la vereda verde y en la entrada pude visualizar a gente de Santiago, y al mismo Santiago caminando de un lado a otro en su traje de marca color gris, su mano la pasaba constantemente por su cabello. Al verme llegar su cara se transformó.

Estaba encolerizado.

Bajé del auto, y sin esperarlo, me dio una bofetada fuerte, que me hizo tambalearme. Arrancó de mi brazo la bolsa, y comenzó a revisar hasta que dio con el ultrasonido. Y la prueba de embarazo.

—¿EMBARAZADA?! —tomó mi ultrasonido de casi dos meses, y tomó mi cabello fuertemente y me arrastró hasta el despacho, pedía a gritos y a llanto que me soltara. Los guardaespaldas podían verme ser arrastrada sin piedad.

—¡Ayúdenme! —gritaba entre llanto desesperada, pero ellos tenían prohibido siquiera a verme.

Cerró la puerta de golpe, y me tiró al sillón.

—¿Cuándo te revolcaste PUTA?! ¡DIME! ¡LO VOY A MATAR CON MIS PROPIAS MANOS ANA Y DESPUÉS LO HARÉ CONTIGO Y ESE BASTARDO QUE CARGAS! —gritó encolerizado hasta que se le resaltaron las venas del cuello.

—¡Santiago por favor! —me abracé a mí misma temblorosa, y llena de

pánico.

—¡NI SE TE OCURRA DECIR QUE ESE BASTARDO ES MÍO, ANA!
—tenía tanto miedo por lo que fuera hacer, era de armas a tomar. Se acercó a mí, y me abracé a mi cuerpo desesperada por cubrir mi vientre, y a mi bebe.

Tomó mi rostro y lo levantó hacia él, podía ver la ira, inclusive el mismo infierno en sus ojos. Tenía un plan desde hace días que descubrí que estaba embarazada. Tenía que huir de su lado, no podía seguir humillándome, y seguir al maldito maltrato que me daba.

—Soy incapaz de dar hijos. Dime, ¿EN QUÉ MOMENTO TE HAS REVOLCADO? ¡QUIERO NOMBRE! —gritó soltándome un fuerte golpe en mi rostro que me hizo ver borroso.

—Santiago... por favor... —balbuceaba en shock. Si no era de Santiago... podría... ¡NO! ¡NO!

Era hace dos meses, en el baile de máscaras... el alcohol y el deseo se mezclaron entre sombras. No sé cómo pasó... pero me había dejado llevar por las emociones, la atracción, el deseo y por primera vez me sentí querida, y deseada. Por primera vez había tocado el cielo. Pero al final era un extraño.

—¡DIME DE QUIEN ES! —su voz resonaba a lo lejos junto al dolor de cabeza que estaba a punto de estallar. El golpe que me había proporcionado segundos atrás había hecho que perdiera el control de mí. No podía visualizar a mi alrededor.

Tenía miedo de lo que me iba hacer.

Ya muchas veces lo había conseguido. Tenía dos años casada con él, solo tenía dieciocho años cuando entré a este infierno, ahora con veinte años ya no recordaba un día que no tuviera miedo. Me aferré a mi vientre con ambas manos.

¡Por mi bebé!

Me tomó de mi cabello con fuerza y levantó mi rostro hacia él.

—SI TENGO QUE DESTROZARTE PARA CONSEGUIR EL MALDITO NOMBRE...LO HARÉ. —sus ojos verdes estaban ardiendo en furia, irá y decisión.

Tocaron la puerta, y sentí una pizca de alivio. Me soltó bruscamente sobre el sillón. Y se acercó a la puerta.

Mi mente empezó a buscar un escape. Vi en su escritorio su pluma favorita, y el pisapapeles.

Miré rápidamente y me lancé rápido por algo con que defenderme. Tenía opciones. Y una de esas era sobrevivir o dejar que me matara.

Escuché maldecir, y las voces de su mano derecha y jefe de seguridad: John Lee Wong.

Era el mejor. Artes marciales, y todo lo de defensa. Seguridad y Protección. Santiago confiaba en él con los ojos cerrados. Era su mejor arma para proteger el gran imperio que había conseguido. Era su mano derecha en todo. Y el mejor dinero invertido.

Estaba preparado para todo. Nunca estaba con la guardia baja. Siempre alerta.

—¡No te metas! ¡Es mi esposa! —grito Santiago. Y azotó la puerta.

—¡MALDITA SEA! —se acercó a mí rápido y me tomó del cuello y con sus dos manos me apretó con la finalidad de dejarme sin respiración. Sus dientes apretados, sus ojos clavados en los míos. Mis manos tomaron sus muñecas para detenerlo, pero era mucho más fuerte que yo.

—Die... —no pude decir más. Las lágrimas salieron, y algo en mí se activó. Bajé mi mano y debajo de mi muslo tomé su pisapapeles favorito bañada en oro.

—¡Prefiero que me digan VIUDO, a que me señalen como un CORNUDO! —dijo lleno de odio! —Muere junto con tu bastardo.

La fuerza con la que mi mano se levantó fue impresionante. Sus ojos se abrieron de la sorpresa a mi movimiento. El apretón de sus manos sobre mi cuello se iba aflojando.

Su mano subió a su cabeza tocando la herida que había hecho el pisapapeles que se había estrellado contra su cabeza.

Solté un fuerte jadeo para tomar aire deprisa. Cayó de espaldas sobre la alfombra de su despacho.

La puerta se abrió golpeando la pared, y cerrada en segundos.

—¡Mierda! —dijo John.

Se acercó a Santiago quien tenía los ojos cerrados.

—Yo-yo me defendí. Él... Él iba a matarme —dije mientras estaba como ovillo en el sillón inundada de lágrimas y alterada.

—Calma, vi todo en las cámaras —dijo.

Se levantó y tomó su móvil.

Lo había matado.

No dejaba de mirar a Santiago tirado con los ojos cerrados, y la sangre gotear en su cabeza.

—Eras tú o él, Ana —dijo acercándose a mí, y rodeándome. El llanto era

desesperado.

—Él...él iba a matarme... —repetí con voz temblorosa.

—Vi todo en las cámaras. Te defendiste, Ana —tomó el móvil e hizo una llamada. No podía dejar de mirar a Santiago.

—Se adelantó el asunto...no, en defensa propia. Está bien, te espero —colgó.

—¿Qué va a pasar? —pregunté limpiándome las lágrimas.

—Te vas a New York. Y empiezas tu vida con tu bebé. Tienes el dinero suficiente para levantar tu propio negocio. Tengo los contactos, y ellos te ayudaran por cual camino tomar, vete Ana. Empieza de cero, a lado de tu bebé, y que nadie sepa de tu embarazo. No quieran lastimarte a través del bebé. Entre menos gente sepa, mejor.

—Si... —me ayudó a levantarme con cuidado, y salimos del despacho. Dio órdenes a todos para que se retiraran. No iba a levantar sospechas.

—Sube, haré los trámites para que salgas a América. Y puedas vivir una vida sin golpes —y acarició mi mano. Subí con el corazón hecho nervios.

Dos horas después ya estaba viajando a New York, en búsqueda de mi propia vida, a lado de mi bebe. Y me dolía dejar a mis padres, pero era mejor mantenerlos lejos de toda la mierda de mi matrimonio y de un asesinato.

Santiago, estaría pagando en el infierno.

Me quedé en shock cuando escuché la canción que me recordaba a la noche a la que me entregué en cuerpo y alma a mi hombre misterioso, sin saber que una parte de ese hermoso recuerdo, lo llevaría presente durante toda mi vida. Espero algún día poder darle las gracias por lo que me enseñó esa noche, que aún con sombras en mi alma, una mujer como yo...

Podía sentir.

FIN DEL FLASHBACK

Capítulo 11

Actualidad

Ana

Paseo de un lado a otro, sumida en mis propios pensamientos, repasando una y otra vez la agenda, repasando la seguridad interne y externa de mi empresa, me vuelvo en dirección a mi escritorio al escuchar el sonido de un mensaje. El corazón late frenéticamente, me muerdo el labio, mi mano en mi cintura y luego mordisqueo mi pulgar. De nuevo el sonido de otro mensaje.

—No vas a debilitarme, Santiago. No sé cómo has regresado, pero hoy soy más fuerte que ayer... —doy un brinco cuando suena el tono de llamada. Camino lentamente hasta el escritorio, estiro mi cuello para poder alcanzar a ver la pantalla, el alivio llega a mi cuando el nombre de JOHN aparece parpadeando. Deslizo el botón verde para contestar la llamada.

—¿Estás bien? ¿Por qué no has contestado mis mensajes? —pregunta a toda prisa.

—Disculpa, he estado sumida en mil cosas, mañana es el desfile, en media hora tengo que ir al auditorio para el ensayo...

—Siempre tienes que contestar, recuerda la situación. —me regaña John. Cierro los ojos al escuchar “Nueva situación” el corazón late más, el nudo en el centro de mi estómago crece y tengo ese pensamiento: Ir por mi hija y tomar un vuelo a donde no nos encuentre.

—Disculpa, no volverá a pasar. ¿Todo está en orden? —pregunto ansiosa.

—Si, todo en orden, ya se terminó de instalar las cámaras en los puntos ciegos del edificio, se ha contratado más personal de seguridad que estará como civil en todo el edificio, se han modificado las claves de acceso a tu piso junto con el acceso privado del elevador.

Suelto un suspiro.

—Vaya, lo tienes todo controlado, me alegra que estés a mi lado. —se escucha un suspiro del otro lado de la línea.

—Me alegra a mí también estar para protegerlas, sé el infierno que

viviste con Santiago, el alcance de su maldad. ¿Segura que no quieres que notifiquemos a la policía? ¿Qué el equipo del FBI tenga la situación en caso de que se nos salga de las manos? —puedo sentir el tono de preocupación.

—Dime tu que podemos hacer. Si crees que es necesario que lleguemos a eso para evitar que la situación se voltee, dímelo. —escucho un breve silencio del otro lado de la línea.

—Tengo mis contactos, los pondré al tanto, no vaya a ser que Santiago nos ponga contra la pared.

—Tengo que colgar. —la voz está a punto de quebrarse.

—Tranquila, Ana, tengo todo bajo control. No llegará a ustedes... —entonces decido llamar finalmente a mis padres.

—Gracias, John. Hablaré con mis padres, deben de estar preocupados por no regresarles las llamadas desde que ha apareció él. —escucho barullo del otro lado de la línea.

—Si, pero recuerda, no debes de alterarlos ni de darles mucha información. Ellos no saben realmente quien es Santiago.

—Deberían de saberlo. —espeto, furiosa.

—Todo a su tiempo, Ana. —me limpio la orilla del ojo.

—Si...todo a su tiempo, John. —terminamos la llamada, quedé nerviosa. Decido llamar a mis padres cuando termine el ensayo del desfile. Miro mi reloj de muñeca y me doy cuenta de que tengo unos cuantos minutos para que empiece el ensayo. La señorita Bennett debe de estar preparando en estos momentos a las modelos, reviso rápido la agenda y mi itinerario de la tarde.

Las puertas del elevador se abren frente a mí, cruzo el pasillo, empujo las puertas dobles y estoy en el auditorio, escucho ordenes, las modelos están caminando de un lado hacia otro. La mujer que supongo es la señorita Bennett, está de espalda a mí, en la primera fila de asientos, frente al escenario.

—Tienes que cruzar más la pierna, Rosy. —le exige.

Mi asistente llega a mi lado, tiene abrazada a su pecho la tableta, le lanzo una mirada rápida y ella intenta acomodar el puente de sus lentes de pasta.

—Señora Lombardi, había dicho que vendría hasta las tres y media. —dice mi asistente, sé qué me le he adelantado y ella se frustra por no estar coordinada conmigo. Le pongo una mano en su brazo.

—Tranquila. —ella apenas sonrío.

—El ensayo oficial estará listo en quince minutos, ¿Quiere que traiga algo de tomar? —asiento.

—Un agua embotellada, fría. —ella asiente, camino y se adelanta hasta

llegar a la señorita Bennett.

Supongo que la ha previsto de mi presencia al ver que ella se gira bruscamente en mi dirección, se alisa sus pantalones lisos, se nota nerviosa y luego asiente a mi asistente. Llego hasta ellas.

—Buenas tardes, señora Lombardi. —saluda la señorita Bennett.

—Buenas tardes, ¿Cómo va el ensayo? —ella se tensa. Pone una sonrisa a medias.

—Estoy perfeccionándolo, ¿Quiere que adelantemos el ensayo oficial? —la noto más nerviosa.

—Por favor. —tomo lugar en el primer asiento de la primera fila, desde aquí tengo la mejor vista.

—Un momento, entonces. —la pequeña mujer rubia, corre hasta las escaleras y entra detrás del escenario. Después de unos breves momentos, las modelos comienzan a salir...una tras otra.

Reviso detenidamente cada detalle, lo más sorprendente es que el ensayo...es perfecto.

Tenía razón Jack.

Después de veinte minutos viendo modelar, no encuentro ningún error, todas están perfectas. Intento buscar algo más pero no.

La mujer se acerca a mí, puedo notar ansiedad, aún a mis veintiséis años, había aprendido a leer a la gente.

—Listo, señora Lombardi. —muestro seriedad, -como siempre- ladeo mi rostro y entrecierro mis ojos.

—Bien, señorita Bennett. —suelto un delicado y lento suspiro cuando mi mirada se centra en ella. —La espero mañana a las dos de la tarde en el lugar. Si sigue así, podremos contar con ustedes en los próximos eventos y... —no termino de seguir hablando cuando se abalanza efusivamente sobre mí. Me abraza y repite “Muchas gracias, muchas gracias” se da cuenta de su error separándose bruscamente de mí.

—Perdón, perdón, señora Lombardi, me dejé llevar de la emoción, es que no sabe lo que significa para mí que... —se interrumpe así misma. —...lo siento.

No digo nada, el momento es incómodo.

—Bueno, las dejo seguir practicando. —ella asiente con las mejillas sonrojadas.

—Qué tenga una excelente tarde, señora Lombardi. —me encamino a la salida del auditorio, doy una mirada de reojo antes de seguir mi camino.

Una sonrisa aparece discretamente en mis labios.

—Ya revisaron cada rincón del gran salón. Hay cámaras, hay más seguridad, se ha informado a los demás equipos... —John detiene sus palabras, me vuelvo hacia él para saber por qué no sigue.

—¿Sí? —él me contempla en silencio, estoy detrás del escritorio de cristal, mis codos están encima de la superficie y tenía mi mejilla recargada hace unos segundos.

—¿Está todo bien? —me pregunta. Pongo los ojos en blanco, -sé que es de mala educación, pero es inevitable no hacerlo-, asiento en silencio y espero que siga hablando. —No quiero que esto sea distracción, Ana, todo déjame en mis manos.

Retiro mi postura, me dejo caer en el respaldo de mi silla de cuero. Suelto un suspiro de frustración y cansancio.

—Me preocupa Gianella. —John arquea una ceja.

—Está cubierta la seguridad de ella. —afirma.

—Lo sé, pero es algo que no puedo explicar. —él asiente lentamente como si supiera a lo que me refiero.

—Tienes que concentrarte. —baja la mirada a su muñeca. —Ya es tarde. Tienes que descansar, mañana es el desfile. Anda, ordenaré pizza. —tuerzo los labios.

—¿Pizza? —él suelta una carcajada.

—No me salgas con que el renacuajo ya no come pizza. El queso derretido... —suelto una risa y niego.

—Pizza será. Espérame en el lobby, dejaré unas indicaciones para mañana que no voy a estar. —él asiente, se ajusta su americana y sale de mi oficina, cierro por un momento mis ojos, luego otro suspiro. Santiago no había mandado mensaje hoy, pero de lo que, si estoy segura, es de que no me dejará en paz.

Su silencio me pone nerviosa.

Me acomodo mi cabello negro hacia atrás, mientras las puertas del elevador se abren y me abro paso por el lobby, se escuchan mis hermosos tacones golpeando el mármol blanco del lugar, visualizo a John cruzando las puertas de cristal hacia el exterior.

Cruzo las puertas, John me extiende la mano para ayudarme a subir al auto, pero escucho que me llaman. Cuando levanto la mirada, a mi costado derecho viene la señorita Bennett, con una sonrisa de oreja a oreja, a unos metros detrás de ella, hay un hombre alto, en traje ejecutivo, ella camina hacia mí, luego se vuelve hacia el hombre y le hace señas de que se acerque.

—¿Quieres que detenga sus intenciones? —niego a John, quien le hace señas a las personas de seguridad para que le den paso a la mujer rubia.

—Disculpe que la moleste señora Lombardi... —sonríe, luego lanza una mirada hacia el hombre que viene en nuestra dirección. Se gira y me vuelve a sonreír. —Sé qué ya se va, pero me gustaría presentarle a mi hermano, —baja la voz y murmura. —No me cree que mi agencia será quien le de las modelos. —luego me guiña el ojo, le entrego la bolsa de mano a John y le hago señas de que me voy a acercar a ellos, en el momento que llego hasta la mujer, el hombre del traje llega también.

—Mira, ella es la señora Lombardi. —dice la mujer al hombre, ladeamos el rostro al mismo tiempo. Él arruga su entrecejo, luego extiende su mano en presentación. —Señora Lombardi, él es Hudson Bennett, es mi nuevo, —sonríe al hombre- socio capitalista en la agencia.

Acepto su mano.

—Mucho gusto, señor Bennett. —el hombre está mudo.

—Para que mi hermana le diga *señora*, se me hace extraño, usted se ve... demasiado joven. —tuerzo mis labios.

—Estoy acostumbrada. Felicidades por su agencia... —lanzo una mirada y una sonrisa a la mujer que está a mi lado y que no deja de sonreír. —Excelente trabajo.

—Gracias, —se vuelve al hombre de traje y le da un golpe discreto en el brazo. —...ves, no me creías.

—Nunca dije que no te creía, solo que se me hacía demasiado bueno para ser verdad... —luego me sonríe.

—Debe tener más fe en su hermana, es muy buena líder dirigiendo la agencia. —él hombre arquea una ceja.

—Yo también tengo... —detiene sus palabras. —¿No es la mujer que vive debajo de mi ático en el Golden Towers? —ahora es mi turno de arquear una ceja.

—Oh, el hombre del elevador. —murmuro. Él sonríe.

—Si, si, el mismo. Vaya, que pequeño es el mundo. —se cruza de brazos sorprendido. Estoy a punto de decir algo cuando escucho a John llamarme. Me

vuelvo hacia él y me hace una seña discreta.

—Bueno, disculpen. Tenemos que irnos...buenas noches. Un gusto. —él me extiende la mano y cuando nuestro agarre llega, siento una electricidad. Cuando levanto la mirada, él está igual que yo, nos soltamos. —Nos vemos mañana, señorita Bennett. —y antes de girarme miro al hombre quien sigue sorprendido.

Subo al auto blindado, John se sienta a mi lado, teclea rápido en el móvil.

—Tenemos que llegar rápido. —le exige al conductor, le miro y estoy a punto de preguntar qué es lo que pasa cuando el auto sale a toda velocidad y se pierde entre el tráfico. —Hay una alerta de incendio en el edificio. —abro los ojos como platos, la piel se me eriza al grado de doler.

—¡Gianella!

Capítulo 12

Ana

—¡Apura! —grito al chófer. El corazón late desbocado por el pánico, tengo terror de solo pensar que a Gianella le haya pasado algo. Marco al número de Estefany, pero no contesta, llamo a gerencia del edificio, pero tampoco. Estoy entrando en crisis...

—Tranquila, tranquila, respira. —John intenta tranquilizarme, pero hasta que no vea a mi hija, no podré estar tranquila, me limpio las lágrimas, miro el tráfico, pero todo lo siento lento. Escucho a John decir algo, pero no presto atención, hasta que miro las luces de una ambulancia, luego las de las patrullas y finalmente distingo el carro de los bomberos, aún no termina de detenerse el auto, cuando brinco fuera. Entro entre la gente que está en ropa de dormir, lanzo una mirada a lo alto por si hay fuego, pero nada, escucho mi nombre a mi espalda, pero la ignoro, entre la gente busco a mi hija, la policía a acordonado el edificio, intento cruzar el listón, pero un oficial de policía me detiene.

—No puede entrar.

—¡Mi hija está ahí! —grito, pero John me detiene.

—Aquí está Gia, —me giro hacia él bruscamente y la tiene de la mano, la alzo con mis brazos y la abrazo a mí, con fuerza, cierro los ojos y las lágrimas caen.

—Mami... —dice Gianella, aspiro su aroma, ella está colgada como chango a mi cintura, sus pequeñas piernas y brazos me rodean. —Mami... —dice de nuevo, aspiro, le beso las mejillas.

—Mi pequeña. —susurro.

—Ana, suban al auto. —lanzo una mirada a nuestro alrededor, no veo que hayamos llamado la atención, la gente está mirando el edificio y hablando entre sí, recuerdo que estamos a la vista del público, Estefany está a mi lado junto con John.

—Sí, sí, vamos. —no suelto a Gianella, John y el equipo de seguridad se dispersa entre la gente, supongo que van a averiguar, John sube al auto, después de Estefany, Gianella sigue abrazada a mí aun sentadas en el interior.

—Van a averiguar qué ha pasado. —dice John para tranquilizarme. Solo asiento, acaricio el rostro de mi hija, luego su cabello cobrizo. Intento

controlar el pánico que aún cargo.

—¿Sabes que ha pasado Estefany? —me giro a ella.

—La alarma de incendio sonó, los rociadores de agua automáticamente se encendieron, lo primero que hice fue tomar a la niña y bajar. Tomamos el elevador privado del ático, estaba sin clave.

Arrugo mi entrecejo.

—¿Sin clave? ¿Y por qué no tomaste el elevador principal? —pregunto intrigada.

—El principal estaba en el piso doce y estaba bajando, iba a tardar en subir, así que me arriesgué a averiguar si el elevador privado estaba activo, pero para mi sorpresa bajó. No tenía clave.

—No sabía que usara clave. —digo.

—El elevador es privado, solo del ático. Pero gracias a Dios, por alguna razón del universo, estaba sin clave, señora Lombardi. —cierra los ojos y luego se persigna.

—Hay que darle gracias al dueño del ático. —murmura John arqueando una ceja.

Suelto un suspiro.

Que pequeño el mundo, resulta que el dueño del ático es el hermano y socio capitalista de Agencia Bennett. Miro a Gianella, sus parpados bailan, hasta que finalmente cierra sus ojos.

—Si, hay que darle las gracias. —murmuro para mí misma sin retirar la mirada de mi hija.

El servicio de limpieza ha dejado limpio y seco después de tres horas, John los escolta hasta la salida, Gianella la tengo recostada sobre mí, su mejilla en mi hombro y sus brazos cuelgan.

Repaso una y otra vez lo sucedido, aún no descubren la falsa alarma, creen que alguien solo por fastidiar lo ha hecho.

El equipo de seguridad entra y llaman a John, le murmuran algo, yo estoy a punto de retirarme a dejar a Gianella a su cama, pero John me hace señas.

—Iré yo mismo a dejarla en su cama, espera aquí. —me señala el sillón. Le entrego con cuidado a mi hija, luego lo veo dirigirse a la habitación.

Después de unos minutos, baja. Puedo notar una frente arrugada, cargada de preocupación, le hace señas a los de seguridad, asienten y se retiran.

Se pone las manos en jarras y me mira detenidamente.

—Fue Santiago. —abro los ojos como platos, mi mano cubre mi boca

para callar un jadeo de terror. Niego sin poder decir una maldita palabra.

—Pero...pero... —balbuceo. —¡El maldito sabe dónde estamos! —me cubro mi rostro, las lágrimas, la ira, el pánico y la ansiedad, se mezclan haciendo un tornado dentro de mí, descubro mi rostro y atrapo los brazos de John con desesperación. —¡Tienes que sacarnos de aquí! ¡Escóndenos! ¡No puede acercarse a nosotras! —John se suelta e intenta tranquilizarme.

—¡Tienes que tranquilizarte! —exclama John.

Niego mientras las lágrimas caen a brotones, su rostro se suaviza, tira de mi para abrazarme.

—¡Viene...viene por nosotras! —adviento con temor.

—No, Santiago no les tocará un maldito pelo, yo las voy a proteger. Ahora en adelante cambiaremos la rutina. —se separa de mí, asiento rápido. Intento tranquilizarme y escucharlo detenidamente, limpia mis mejillas con sus pulgares. —Te prometo que las voy a cuidar y proteger con mi vida, por eso estoy aquí. Por ustedes... ¿Entiendes? —asiento efusivamente con una niña.

Lo abrazo, siento temblores, miedo. Hace años que no me sentía de esta manera, ¿Dónde está tu fuerza, Ana?

—Cambiar rutina. —murmuro para mí misma. John corta el abrazo, me mira detenidamente.

—Sí, sé qué no puedes cancelar tu presencia en el evento, pero tenemos que estar alertas, aumentaré la seguridad, si estaba tu horario a las cinco de la tarde en el evento, llegarás a las tres... ¿Estamos? —asiento. Repaso una y otra vez dentro de mi cabeza la agenda.

SÁBADO POR LA NOCHE.

New York Fashions Week

Entramos por la puerta trasera del edificio, una hora antes los de seguridad revisaron todo el lugar. No había reporteros en esta parte, nadie me verá llegar por la entrada principal como los últimos años atrás, dónde la prensa con sus reporteros acechaba hasta dar conmigo. Siempre preguntando, “¿Nadie la acompaña esta noche? ¿Qué le parece el actor fulanito? Está interesado en usted. ¿Cómo es que un joven talento ha llegado tan lejos?” Y entre miles de preguntas, solo bajaba mi sombrero, y seguía mi camino por la alfombra roja del evento.

—Está todo listo. Vamos. —John baja y me extiende la mano mientras mira a los lados y los demás que están vigilando miran los techos altos. Bajo, me cubro el rostro y entro por la puerta abierta que da camino al interior del edificio.

La gente me mira curiosa, saben quién soy, puedo ver sorpresa en sus miradas, camino hasta llegar a la segunda planta, llego a mi camerino privado, John cierra la puerta detrás de él.

Puedo ver su rostro de preocupación.

—Respira. —le digo mientras lanzo al sillón el sombrero negro que hace juego con el resto de mi vestimenta. Los espejos grandes adornan una pared, hay arreglos florales sobre el tocador, me siento en el sillón y las contemplo, arqueo una ceja cuando distingo un arreglo de entre todas, me congelo en mi lugar, John no se ha dado cuenta de mi shock, está tecleando a toda velocidad en su móvil.

—J-J-John... —balbuceo.

—¿Sí? —finalmente sigue mi mirada, levanta sus cejas cargadas de sorpresa, se acerca lentamente, retira dos floreros que lo cubren, entonces aparecen:

“Un florero con alcatraces morados.”

El arreglo que adornó casi todo el evento cuando me casé con Santiago. Me levanto, John intenta detenerme, pero para mi sorpresa, es furia contenida la que me hace caminar. Alcanzo la tarjeta, tiene letras doradas y su primera inicial: “S.” como solía firmar, abro el sobre:

“Para mi hermosa esposa, un recuerdo de nuestra boda.
Para que nunca olvide que siempre sigo sus pasos.
Nunca podrás esconderte de mí.
S.”

Trozo la tarjeta con mis dedos, los trozo con furia. Vale, está vivo. Pero no lo dejaré que me perturbe. No soy la jovencita a la que le hizo un infierno por dos años, de la que abusaba, de la que maltrataba. Cierro los ojos.

—Ana... —me llama John, después de unos momentos abro los ojos.

—No voy a dejar que me perturbe.

John suaviza su rostro. Llama por la manga de su traje y unos segundos después entra un hombre alto, vestido de traje.

—Revisa de nuevo las cámaras, confirma de donde han llegado estas flores, quiero todo detalle, si es posible desde dónde vienen las malditas flores. —ordena John. Me vuelvo y comienzo a caminar por la habitación.

—No voy a dejarme. Ahora soy más fuerte. —murmuro para mí.

Estoy en primera fila del desfile, tengo puesto mis lentes y el sombrero negro. Me he pintado los labios en un color carmín, tengo un conjunto de dos piezas que se adhieren a mi cuerpo, en color negro, cruzo la pierna y se puede ver mi zapatilla de tacón de aguja de brillantes. Resalta en mi conjunto, un conjunto diseñado por mí misma.

La música suena de fondo, en la primera fila frente a mí, se encuentran los invitados VIP, personajes importantes como Lady Gaga, Naomi Campbell, entre otros del medio. Herrera está a mi lado, pone una mano en mi rodilla y me sonríe, le regreso el gesto. Las modelos caminan por la pasarela, mis diseños asombran a muchos invitados, murmuran entre ellos señalando las zapatillas, luego asienten.

El pecho de hincha de orgullo, siento las miradas encima de mí, cuando levanto mi rostro discretamente, veo a un hombre de traje blanco, resaltando entre los invitados, tiene barba crecida, sus ojos están puestos en mí, entonces lo reconozco.

—John... —susurro, pero luego levanto más la voz al botón-micrófono que tengo en el cuello del traje. —Maldita sea, John. —digo sin quitar la mirada de Santiago. Trago saliva cuando ladea su rostro, se lleva la mano a su barbilla, pasan las modelos, intento recuperar su ubicación, pero desaparece,

miro a todos lados. —John, Santiago...Santiago está aquí. —me levanto de mi lugar y con cuidado cruzo para llegar hasta atrás de la gente, mi corazón late en mis oídos, el pánico me embarga, maldigo mil veces dentro de mí.

Capítulo 13

Ana

Lo primero que veo es el lugar de los servicios, miro a mi alrededor y no reconozco al equipo de seguridad. Vuelvo a llamarlo. —John, contesta. ¡Está aquí! —grito mirando a mi alrededor. Nadie me presta atención debido al ruido, los rayos de neón iluminan por momentos todo el espacio, luego aplausos.

Me dirijo a los servicios, cruzo un largo pasillo y a toda prisa me meto en el de mujeres. Tiro del botón y comienzo a revisarlo, ¿Por qué no me escuchan? Cuando me vuelvo para regresar donde haya gente ya que está solitario el espacio, siento como mi sangre se drena de mi cuerpo.

Es él.

—¿Dónde está tu seguridad, Ana? —se remanga las muñecas de su traje, trago saliva. Retrocedo hasta que mi espalda se estrella con los azulejos fríos. Niego, las lágrimas intentan salir, pero no quiero mostrarle miedo.

“Demasiado tarde, Ana”

—Aléjate. —digo apenas. Él sigue concentrado en remangar su camisa, luego se retira el cinturón y lo estira soltando un golpe contra los cubículos.

—Jamás. —intento pensar en algo, pero mis ojos están sobre el cinturón, flashes de recuerdo llegan a mí, recuerdos que había bloqueado, levanto las manos cuando lo veo venir, siento el escozor que provoca contra mi piel, luego otro, apenas puedo escucharme gritar, cuando se detiene, intento gritar, pero él está encima de mí, no sé en qué momento he llegado al suelo, enrolla el cinturón en mi cuello, mis manos automáticamente intentan evitar que apriete, puedo ver las venas hinchadas de su rostro, sus ojos verdes centellan ira, puedo ver esas arrugas, ejerce más fuerza, intento ser más fuerte, pataleo, intento removerme, pero lo único que provocho, es que sonría. —Dulce venganza, señora Coppola.

—A... —siento como el aire empieza a faltarme más y más, la imagen de Gianella me llega al alma, ¿Cómo le dirán que su madre fue asesinada en los baños a manos de su aún esposo que tanto odia? Mis ojos se van cerrando, la oscuridad empieza a inundar el lugar, mis dedos pierden la fuerza y entonces escucho gritos, mi nombre en una voz masculina, luego portazos.

—¡¡¡Ana!!!

Es John.

La fuerza que ejerce Santiago se esfuma y después su voz en mi oído.

—Esto es una advertencia, luego nos volveremos a ver, señora Coppola. —siento como mi cuerpo es movido, manos en mi pecho haciendo primeros auxilios. Mis manos cobran vida, manoteo para todos lados, mis pulmones exigen aire, la cabeza me da vueltas, siento dolor en mi cuello, John me dice que no me mueva, la gente alrededor es borrosa.

—Dios mío. Su cuello... —esa voz masculina.

—¡Busquen en todo el maldito lugar! —grita John furioso. Luego amenaza a alguien.

—Era un hombre de traje blanco, vi que la seguía, al notar que no salía la señora Lombardi, intenté averiguar, pero el lugar estaba cerrado. Se ha escapado por la ventana.

—¿Quién eres? —pregunta John tomando mi mano, mi alrededor sigue borroso.

—Soy Hudson Bennett, hermano de Mia Bennett, la agencia de modelos que contrató la señora Lombardi. —entonces niego dentro de mi mente, esa voz.

—¡Señor, ya viene la ambulancia! ¡Se han dado cuenta la prensa y vienen! —maldice John.

—¡Bloquea! —exige más furioso. —Dios mío, Ana, tranquila, no tarda en llegar a ambulancia no te muevas. —las lágrimas caen, parpadeo para poder enfocar más, alcanzo a ver solo siluetas, la cabeza me va a estallar, mi cuello arde.

—Es todo lo que sé. —le repito al oficial del FBI. John permanece a mi lado.

—Gracias, señora Lombardi. —dice el hombre algo frustrado.

Sale de la habitación.

Tengo un collarín. Había visto las marcas que había hecho a mi piel, pero no es nada comparado con las heridas que cargo en mi alma y en mi corazón. La piel cicatriza, pero el resto no.

—No quiero más visitas. ¿Cómo está mi hija? —pregunto con frialdad.

—Está con Estefany en la casa de su madre. Es por el momento el lugar más seguro. Ha preguntado por ti desde temprano. Ha hecho bastantes

preguntas...

—¿Dónde estabas cuando te llamé por el micrófono? —lo digo en un tono cargado de ira.

Se levanta de mi lado, luego se pone a mis pies.

—Tu micrófono fue desconectado, aún no sabemos cómo sucedió. —le lanzo una mirada feroz. —¿Piensas que...? —suelta un puño contra la pared. Se pasa ambas manos por su cabello rebelde. Luego niega en silencio, su rostro muestra enfado.

—Te llame una y otra vez, pensé que ocultarme en los servicios me salvaría por un momento en lo que respondías, pero no. Fue como darle la oportunidad para matarme en primera fila y a todo color.

La voz se me quiebra.

—Lo sé. Sigo investigando.

—¡Investiga y llega a ello! ¡No podemos tener alguien de Santiago dentro de nuestra seguridad! ¡Él sabe nuestros pasos! —las lágrimas caen por mis mejillas sonrojadas de la furia.

—¡Llegaré! ¡Te lo prometo! —exclama desesperado.

—No prometas nada. Si no puedes con ello, dilo, contrata más personal más cualificado para protegernos.

La puerta se abre, es una enfermera.

—Está prohibido alterar a la paciente. —advierde en dirección a John, él asiente. —Me han preguntado dos personas que si pueden entrar a verla.

John me lanza una mirada preocupada.

—Están prohibidas las visitas para la señora Lombardi.

—Bueno, le dije que intentaría con preguntar.

—¿Quién...quién pregunta? —balbuceo por un momento.

—El señor Bennett y su hermana. —alzo las cejas sorprendida, lanzo una mirada hacia John. Él se pasa la mano por su rostro como si hubiese recordado algo.

—Dile que esperen. —le dice a la enfermera. La mujer sale de la habitación.

—¿Por qué están aquí? —pregunto sorprendida.

—Hudson fue quien se percató de Santiago, él fue quien tiró de la puerta del servicio para entrar, yo llegué segundos después cuando uno de seguridad estaba buscándote y me informó.

—Oh. Deberíamos de darle las gracias. —susurro. —¿La prensa cómo va? —John se tensa.

—Sabén que hubo un accidente, pero nadie sabe de quien. Pudimos cubrir todo a tiempo...

—Solo los hermanos Bennett saben la verdad. —murmuro.

—Solo ellos. —afirma John, puedo notar cansancio en él.

—Hazlos pasar. —John se tensa más.

—¿Segura? —pregunta.

—Sí. Diles que será breve. —él asiente lentamente mientras se dirige a la salida.

Sale de la habitación sin antes suavizar su rostro, sé qué le duele que esté en esta situación, sé qué le duele que Santiago haya llegado hasta mí, que me haya tocado...

La puerta se abre y entra el hombre vestido de esmoquin, la pajarita cuelga de su cuello y lleva una gabardina oscura doblada en su brazo.

Por un momento creo que es un *déjà vu*.

—Buenas tardes, señora Lombardi. —saluda.

—Dime Ana. —al mismo tiempo arrugamos nuestras frentes, él baja la mirada a su brazo, es como si se le hubiese erizado la piel y lo comprobara. Y yo... ¿Por qué le he dicho eso?

—Ana, —susurra mi nombre lentamente. Como si lo saboreara. Levanta su mirada y me mira detenidamente. —Espero estés bien. —asiento lentamente con mi collarín.

—Gracias por tu intervención. —él asiente lentamente.

—No tienes por qué dar las gracias. Si hubiese llegado un poco antes no... —me señala el collarín. —hubiera evitado eso.

Suelto un suspiro despacio.

—Como él *hubiera* no existe, doy gracias que hayas llegado a tiempo... —la voz se me quiebra. Cierro los ojos por unos breves momentos. Al abrirlos, mi sorpresa es que está a mi lado, alcanza mi mano y siento como la electricidad brinca en el tacto, él arruga su frente, ahora más de cerca me doy cuenta de que es atractivo, alto, sus ojos son azules, su cabello de un color cobrizo y castaño es raro a la luz.

Eso me recuerda a Gianella, suelto el agarre y trago saliva.

—Quisiera descansar. —él asiente. —Gracias por tu ayuda. —él asiente en silencio.

Antes de salir de la habitación se gira hacia mí.

—Cuídate, Ana.

—Espera. —le detengo antes de salir. Él me mira detenidamente. —

Gracias por no dejar con clave el elevador privado, por ello es por lo que pudo salir mi... —detengo las palabras. Recuerdo proteger la existencia de mi hija. —...de mi ama de llaves.

Arquea una ceja.

—De nada. —luego hace un gesto con su barbilla y sale de la habitación. Bajo la mirada a mi brazo extendido sobre la cama, mi piel se ha erizado. Es algo raro.

Muy raro.

Capítulo 14

Ana

Ha pasado una semana desde el evento, hoy me han retirado el collarín, Gianella está sentada en la alfombra mirando la televisión y comiendo palomitas de maíz. Suelto un suspiro, la policía no ha podido dar con Santiago, tuve varios interrogatorios en días pasados, de la cual descubrí que Santiago no era el hombre que todo mundo pintaba. Habían descubierto desfalcos a empresas extranjeras de la cual era socio, antes de que se enteraran, él estaba lejos, limpio sin que nada le inculpara.

Suelto un segundo suspiro. Gianella levanta su mirada hacia mí, sonrío y acaricio su melena cobriza, su fleco se mueve cuando paso mi mano. Sus ojos azules me contemplan por unos segundos más.

—¿Quieres ir al parque? —ella sonrío feliz.

—¿Sí, mami? —su pregunta me conmueve.

—Sí, Estefany te llevará. —puedo notar su decepción.

—¿No puedes acompañarme? —pregunta esperanzada, por un momento me quedo en silencio.

—No, corazón. —ella baja la mirada a su plato de palomitas.

—Mejor me quedo contigo viendo la televisión, mami. —me rompe el corazón.

—Gianella... —ella levanta su mirada hacia mí. —Estefany puede venir, llevarte al parque...puedo acompañarlas un rato.

Sus ojos se abren de sorpresa.

—Si mami —dice emocionada.

—Le avisaré a Estefany. —le envió un texto al móvil de Estefany. Unos minutos después llega, John le invita a pasar.

—Estoy lista, señora Lombardi. —Gianella se levanta y saluda a Estefany.

—Iré a cambiarme de ropa. —le hago señas a John de que las voy a acompañar. Puedo ver duda en su mirada.

—Las llevaré al lobby. —dice John. Asiento y subo las escaleras en dirección a mi habitación. Entro, reviso en mi closet un atuendo algo discreto, algo que no llame la atención.

Me pongo unos pantalones de mezclilla deslavados que hace años no me pongo y que es uno de mis favoritos en aquel tiempo. Encuentro una camiseta con el logo de los Rolling Stones, y luego me pongo una sudadera encima con gorro, me recojo el cabello negro en una coleta alta, me pongo unos lentes de pasta negra luego unos convers negros. Me miro en el espejo antes de salir de la habitación y no me reconozco.

—Vaya. —me guiño el ojo a mí misma en el espejo. Incluso me veo demasiado joven de lo que estoy.

Bajo las escaleras con cuidado, miro alrededor mientras lo hago, pero recuerdo que ha comentado John que estarían en el lobby. Presiono el botón del elevador y espero a que suba, ya dentro del elevador comienzo a repasar lo que tengo que hacer el lunes, repaso de inmediato lo de la seguridad y el aumento alrededor del edificio.

Al abrirse las puertas, estoy a punto de ir hacia el lobby y me encuentro con Hudson Bennett. Está vestido casual y su hermana está con él, y están sentados en la sala de espera que adorna al entrar. Me tensó, no quiero cruzarme ni dirigir la palabra, veo a unos metros de distancia a mi hija con Estefany y John, en este momento pienso que debería de ponerme una gorra e intentar pasar desapercibida, pero no la tengo. Entra gente en el elevador y antes de que se cierren las puertas, salgo. Camino mirando hacia la recepción, la rubia que atiende agita la mano y grita mi nombre en saludo. Es todo el momento tan incomodo que apenas puedo hacer un gesto con mi barbilla, le hago señas a John para que se lleve a mi hija y a Estefany, luego salir al final, él capta mi idea. Las lleva al exterior del edificio y cuando ya voy a llegar a las puertas dobles de cristal, escucho mi nombre.

—¿Señora Lombardi? —me detengo y finjo que no se quién me habla, hasta que Mía se pone frente a mí con su ceño arrugado. —¿Es...usted? — intento no mostrar tensión, ladeo mi rostro y sonrío.

—Sí, Mía, ¿Verdad? —ella asiente efusivamente.

—Si, sí. Soy Mía, casi no la reconocí si no fuese por la rubia de recepción. —intento sonreír.

—Si, claro. —me doy un repaso fugaz. Luego miro a Mía que luce deportiva.

—Bueno, te dejo tengo que...

—Buenas tardes, señora Lombardi. —la voz del hombre que se pone a lado de Mía me pone tensa.

—Buenas tardes, señor Bennett. —él niega con una sonrisa.

—Puedes llamarme Hudson. Tú me dijiste que podría llamarte Ana. — Mia nos mira detenidamente.

—Está bien. Hum...tengo que irme. Buenas tardes. —hago un gesto con mi barbilla en señal de despedida y los esquivo, Estefany y Gianella ya están en el auto. John se acerca cuando cruzo las puertas dobles de cristal del edificio.

—¿Está todo bien? —pregunta John lanzando una mirada hacia mi espalda, creo que notado mi tensión.

—Sí, todo bien. Iré caminando hasta el parque. Llévalas en el auto, me sentaré en la primera banca, habla con Estefany para que esté al pendiente. — John asiente lentamente como si dudara mi orden.

—¿Estás segura de que quieres ir al parque? Puedo acompañarlas, recuerda que Santiago podría tenernos vigilados. —me tenso más. Me paso una mano por mi rostro al no haber pensado bien la situación.

—Ve con ellas, solo déjame a los civiles. —John asiente aún con la duda.

—Está bien. Toma... —me entrega ese botón de micrófono.

—¿Ahora si me escucharás? —le pregunto irónica, él sonrío a medias.

—Sí. —suelto un suspiro. Se retira y yo camino las dos cuadras de dónde está el parque. Agarro el gorro de mi sudadera y me cubro mi cabeza. Camino intentando no estresarme. No puedo seguir teniendo a Gia encerrada en el departamento, espero que acepten pronto esa solicitud para la escuela.

Después de una hora de ver a Gia correr con Estefany por el parque, me siento un poco tranquila. Miro a mi alrededor, pero no hay nada sospechoso, algo que me haga pensar que Santiago me está vigilando.

—Nos vamos. —se escucha por el micrófono la voz de John, miro en la dirección de ellos, Estefany va en busca de Gia. Él las escolta discretamente, subo al auto blindado y en el otro suben Estefany y Gia.

—Tranquila, tranquila. —susurro para mí misma. Una sensación extraña me invade, se hace un hueco en el centro de mi estómago.

John decide escoltar primero a mi hija y a Estefany por la entrada principal, mi auto entra al estacionamiento subterráneo del edificio.

El nuevo chófer me abre la puerta y bajo, presiono el botón del elevador y espero a que baje. Le hago señas al hombre para que se retire, él duda, le insisto y se sube al auto, regreso mi mirada al elevador, dos pisos y suena la campana.

Las puertas se abren, el tiempo se detiene por una fracción de segundos, apenas termino de parpadear cuando mi mirada mira el interior del elevador.

Es Santiago.

Me congeló.

No me muevo.

Incluso...creo que he dejado de respirar.

—Dios mío... —es lo único que puedo decir en un susurro débil.

Capítulo 15

Hudson

El clima es agradable, mi hermana había elegido la terraza de uno de los mejores y cotizados restaurantes de la ciudad. La comida fue espectacular, la compañía cálida y no dejo de pensar en: Ana.

La forma de vestir tan sencilla, tan...

Mía agita su mano frente a mi rostro. Salgo de mis pensamientos.

—Creí que te había perdido. —se burla mi hermana menor. Niego con media sonrisa.

—¿Ya terminaste? —le suelto, ella agita su servilleta de tela y se limpia delicadamente las comisuras de sus labios. Le hago señas al mesero de que quiero la cuenta. Él asiente a lo lejos, mi hermana me mira detenidamente después de dejar la servilleta al lado del plato.

—¿Tienes prisa? —pregunta arqueando una ceja. Arrugo mi entrecejo, curioso.

—No, ¿Por qué? —ella sonrío.

—Es extraño que pidas tan deprisa la cuenta, ¿No tomaremos el café que solemos tomar al terminar una comida? —tuerzo los labios, sinceramente ya quería ir al ático, tengo la esperanza de toparme con Ana, quizás para saber más de ella, mi investigador apenas tenía la información básica y la que es pública, una mujer hermética, una mujer misteriosa, con ese aire de mujer fatal, de perfeccionista, exigente...bueno, por algo es una de las diseñadoras más aclamadas, pero lo más intrigante...es joven. Demasiado.

Lanzo una mirada a mi hermana al ver que tiene la intención de nuevo de agitar la mano cuando llega el mesero con la cuenta.

Alcanzo del interior de mi americana mi cartera, luego saco la tarjeta de crédito. Mía tiene intención de cooperar, pero niego con una mano en el aire para que se detenga.

—Yo invito. —ella no se queja ni pelea por ser la que pague o en ofrecer la mitad como suele hacerlo.

—He preguntado si tienes prisa. —sonríó al creer que ha olvidado mi ansiedad.

—Tengo una videoconferencia. —ella entrecierra sus ojos.

—Aun crees que creo en el hada de los dientes, ¿No? Que alguien más te compre esa, Hudson. —suelto una carcajada.

—Siempre he admirado tu astucia, Mia Bennett. Pero realmente tengo una videoconferencia, así que deja de pensar cosas que no son.

Ella se cruza de brazos en señal de que no me dejará salir vivo de este restaurante. Arquea una ceja y espera paciente, llega el mesero, me entrega el recibo y la tarjeta de crédito.

—Gracias. —el mesero hace un gesto de agradecimiento por la propina que le he dejado, mi hermana aún sigue esperando. —Vámonos, Sherlock Holmes.

Luego veo sus hermosos ojos abrirse un poco más, como si hubiese leído todos mis pensamientos que he tenido durante nuestra comida.

—Quieres verla. —simplemente dice esas dos palabras. Me sorprende que haya dado en la primera. Me recargo en el respaldo de mi silla, me cruzo de brazos y la reto con la mirada.

—Sí. —solo digo eso. —No hagas drama.

Su sonrisa poco a poco comienza a crecer en sus labios, una sonrisa que iluminaría todo el país.

—¿Quieres decir que por fin la “mujer misteriosa” de hace seis años ha sido reemplazada por Ana Lombardi? —me tenso. El solo escuchar como remarca a la “mujer misteriosa” me incomoda. Sí, me había obsesionado con la mujer de aquella fiesta de antifaces, recuerdo esa noche como si hubiese pasado ayer. Esa mujer de cabello rubio, ojos azules, piel pálida y labios rojos se había metido debajo de mi piel, sus caricias inocentes habían tocado fibras de mí que nadie había tocado, por primera vez me había entregado de esa manera, esa electricidad que nos rodeó...fue mágica.

—No es necesario que la menciones, es un tema que dijimos que no sacaríamos a tema. —me levanto bruscamente, esa frustración llega a mí de golpe, no había encontrado a esa mujer misteriosa desde entonces. Ahora, una mujer llama mi atención. —Te llevo a tu auto. —le suelto.

El ronroneo del motor de mi auto deportivo se desvanece. Bajo del auto, la alarma suena, pasa a mi lado un auto blindado, se estaciona por unos momentos cerca del elevador del estacionamiento subterráneo, después mientras me dirijo al elevador, la imagen de la mujer elegante que había conocido días anteriores, la mujer que fue atacada en los servicios aparece. El auto blindado se retira, entonces veo de espalda a una mujer, su cabello negro

cae en cascadas por sus hombros y espalda, aún tiene la gorra puesta, presionada ansiosa el botón del elevador, sonrío sin saber por qué. Las puertas se abren y acelero el paso para subir junto con ella.

Se congela en su mismo lugar.

Intenta retroceder y entonces veo una mano masculina salir del interior con dirección a su cuello, entonces me alerto.

—¡Ana! —grito para hacerla reaccionar, acelero el paso a toda prisa, ella retrocede hasta chocar con mi cuerpo, las puertas se han cerrado y se han llevado al hombre, cuando intento girarla, ella se desvanece en mis brazos como una pluma. —Espera, espera, no, no. ¿Ana? —miro a mi alrededor, pero no hay nadie.

Caemos en el suelo del estacionamiento, el cabello negro cubre parte de su rostro, grito para pedir ayuda.

Muevo el cuerpo de ella para hacerla reaccionar, pero no lo hace, vuelvo a gritar mientras la tengo en mis brazos. Grito con más fuerza, entonces escucho gritos en respuesta, bajo la mirada a ella, y con una mano retiro el cabello negro de su rostro.

—¿Está bien señor? —preguntan varias personas, entonces llega mi escolta.

—Hace unos momentos se ha desmayado, un hombre estaba en el interior del elevador, no sé si... —entonces imágenes fugaces de hace días en el evento donde ha sido agredida por un hombre, ¿Será el mismo? ¿Quién es? ¿Por qué intenta hacerle daño?

La escolta de ella llega, el jefe de seguridad de ella me arrebató su cuerpo y aun inconsciente la carga y se la lleva de nuestras vistas, varias personas, así como mi escolta de seguridad, se quedan sorprendidos por tal acción.

—No te metas en eso. Aléjate, eso es una señal clara que no está por un buen camino. —mi hermano repite de nuevo al otro lado de la línea.

Suelto un bufido.

—Entonces dile a nuestra hermana que retire su agencia de su empresa.

Escucho un gruñido de parte de mi hermano.

—Sabes que no lo hará. —responde molesto mi hermano.

—¿Entonces? Si podemos ayudarla, lo haremos. —puntualizo.

—No vas a tenerme como hace años en Italia. —advierte.

—Ya te he agradecido miles de veces durante estos años cada vez que lo

sacas a tema. Hiciste tu investigación, no la encontraste, gracias. ¿Ya? ¿O quieres que agregue en mis agradecimientos música de fondo? —hay silencio en la línea.

—Vale, voy a llamar a unos contactos para saber más de Ana Lombardi.

—Gracias. —terminamos la llamada. Paseo por todo el ático, estoy a punto de salir y tomar el elevador privado e ir a su departamento y preguntar si está bien. ¿Quién quiere hacerle daño? ¿Por qué no llamar a la policía? ¿A la seguridad del edificio? La cabeza se llena de más preguntas.

Llega la noche, termino de leer un libro en la terraza, la ansiedad crece, no sé por qué tanta necesidad de saber si está bien.

Entro al elevador, presiono el piso de abajo, al abrirse las puertas, dos hombres vestidos de negro con chicharos en sus oídos me detienen.

—No tiene autorizado bajar en este piso. —dice uno, le retiro la mano de mi camisa.

—Soy Hudson Bennett, soy el dueño del ático, quiero saber si está bien la señorita Lombardi. —los hombres escuchan una orden y se abren para dejarme pasar.

—Señor Bennett. —el jefe de seguridad de Ana aparece frente a mí, a la defensiva. Sus hombros rectos y espalda derecha, le hace ver un hombre alto.

—Solo quiero saber si... —me interrumpe.

—Está bien la señora Lombardi. Gracias por su preocupación. —arrugo mi entrecejo.

—Quisiera... —vuelve a interrumpirme.

—Está descansando. Buenas noches. —presiona el botón para que las puertas del elevador se cierren conmigo adentro.

—No debiste de ser tan grosero, John. —le comento a John cuando pasa a mi lado, cierro la puerta y él no dice nada. —¿Sabes que no ser por él, Santiago...? —mi voz se rompe.

John se gira.

—Lo sé, también por tu terquedad, creo que ya basta de estarte arriesgando, tienes una hija, ¡Por Dios, santo! Por más que se contrata personal siempre tiendes a desvanecerte entre mis manos, sabes que Santiago está afuera, esperando el maldito momento y tu no dejas de ponerte en bandeja de plata para él. ¡Vas a seguir mis indicaciones y si no lo haces, contrata a otro jefe de seguridad! No he dejado Italia para venir a ver como mueres en las manos de Santiago. —Estoy atónita en la forma que John me ha hablado, es la

primera vez que lo hace. Trago saliva, no sé qué decir, pero sé que tiene razón y eso me...incomoda. En esta ocasión no tengo la última palabra, es el turno de John.

—Está bien. Haré lo que indiques. —es lo único que se me ocurre en el momento, me siento una adolescente toda estúpida.

John se da cuenta de lo que acaba de pasar, se pasa ambas manos por su rostro, luego las desliza por su cabello. Puedo ver frustración, sé que lo causo en muchas personas, pero en John no sabía que lo hiciera.

—Lo siento... —intenta disculparse, levanto una mano para que no siga.

—Lo necesitaba. Gracias, John. Estoy pensando seriamente en vender el piso e irnos. —John abre sus ojos como platos.

—¿Qué? —me cruzo de brazos y lo miro detenidamente. —¿A dónde nos iremos?

—Tengo una casa en las afueras, nadie sabe de ella... —el rostro de John es de preocupación.

—Ana... —espero a que termine lo que va a decir, pero no sigue.

—¿No crees que sea lo mejor? Santiago quien sabe desde cuando nos sigue los pasos.

—Dame dos días y organizo todo. —no dice más, se retira y me deja en medio del recibidor. Algo en mí ocasiona una opresión en mi pecho. Mi mano lentamente llega a ese lugar.

—Ana, has lo que tengas que hacer.

—Necesito que todo lo envíes vía email, las llamadas las transfieres directamente a la línea privada, desde ahí podré atender todo, no notarán mi ausencia. —le digo a mi asistente que está frente a mí tomando nota, mi secretaria me entrega la nueva agenda.

—Todas las reuniones se han pospuesto hasta la siguiente semana, las más importantes y que son prioridad se han pasado al próximo lunes. —doy una hojeada a la agenda, me siento tranquila en que todo está organizado, tengo al personal más calificado.

—Muchas gracias, chicas. Necesito... —levanto la mirada hacia ellas quienes esperan expectantes. —No quiero que nadie sepa que me voy a mudar, todo es confidencial y solo ustedes dos lo sabrán. Quiero que la gente sepa que estoy encerrada en la oficina, que estoy presente, aunque no sea así.

Ambas mujeres entienden lo que quiero explicar.

—Si, señora Lombardi, entendemos.

Suelto un suspiro.

—¿Respecto...a la agencia Bennett? —pregunto, mi asistente me hace señas de que ella tiene la información.

—La señorita Bennett se ha instalado en una bodega que han adaptado como auditorio así también como la oficina principal y está a unos quince minutos de distancia de la casa de moda. En caso de que necesitemos de sus servicios...dice tener la total disponibilidad.

—Perfecto. Hagan un contrato oficial con la señorita Bennett, quiero que su empresa sea la que reemplace la de Reed. Reed confía en ella...así que denle la bienvenida a Casa Moda Lombardi.

Después de la reunión con mi asistente y secretaria, termino los pendientes y me organizo para terminar la mudanza.

Giro mi silla giratoria hacia el gran ventanal que está a mi espalda. Miro el gran paisaje neoyorquina, sé que este cambio es para bien. El sonido de llamada entrante de mi móvil me saca de mis pensamientos. Miro que la pantalla anuncia ESTEFANY.

Me alerto en segundos, deslizo el dedo y contesto la llamada.

—¿Qué pasa, Estefany?

—Señora Lombardi, perdone que la interrumpa, pero solo quiero preguntarle una cosa.

—¿Está bien mi hija?

—Si, si, ella está bien, es solo que mientras recogía su cabello en una coleta, noté que tiene una mancha roja un poco oscura en su cuello, es pequeña, tres centímetros como mucho... —entonces recuerdo.

—Oh, es una marca de nacimiento, no te asustes.

Escucho un suspiro de alivio del otro lado de la línea.

—Me he preocupado pensando que se ha golpeado con algo...gracias, señora Lombardi y disculpe la interrupción.

—No te preocupes, cualquier cosa estás autorizada a llamarme por más pequeño detalle de Gianella.

Termino la llamada. Me vuelvo a girar hacia el ventanal y entonces los recuerdos de esa marca llegan a mí.

—Una marca. —susurro para mí.

Los recuerdos de aquella noche me erizan la piel, cierro los ojos y repaso una y otra vez sus caricias, sus besos, sus manos...sus labios.

—¿Dónde estarás, hombre misterioso?

Capítulo 17

Hudson

—Tenemos que hablar. —dice Caleb, mi hermano mayor. Puedo ver que no luce contento.

—¿Qué haces aquí? Sí, pasa. ¿Por qué no avisaste que vendrías a New York? ¿Estás bien? —puedo ver en su rostro preocupación.

—Sí, estoy bien. Vamos... —veo como se desajusta su corbata y deja la maleta en el recibidor.

—¿Sabes que existe el correo, el WhatsApp, Messenger de Facebook, el celular...? —me extraña tanto su presencia en la ciudad.

Él sonríe a medias.

Vaya, debe de ser algo importante.

—Deja cancelo la comida que he ordenado. —subo a mi habitación y me pongo algo deportivo, cojo mi celular del mueble y cancelo la comida. Bajo a toda prisa, Caleb sigue donde lo he dejado. —¿Ya has comido?

—Sí comí algo en el avión, Mia nos va a alcanzar en el Central Park.

Le sigo confundido, luego la intriga llega de golpe a mí. ¿Es algo de nuestros padres? Carajos, que ya no tenemos diez años para recibir las noticias malas de esta manera.

Llegamos al lobby, le cedo el paso a una mujer menuda, me sonríe y me da las gracias, lleva de la mano a una niña como de seis años. Le hago señas a mi seguridad, llega en segundos el auto y subimos.

—¿Vas a decirme que pasa? Me haces recordar viejos tiempos y no me gusta para nada como se me retuerce el estómago. —Caleb mira por la ventanilla.

—Todo a su tiempo. —llegamos al Central Park, bajamos y vemos a unos cuantos metros a nuestra hermana. Al vernos, corre hacia nosotros, pero el que se gana un fuerte abrazo y besos es Caleb. Mia mira en mi dirección.

—¿Sabes qué pasa? —pregunta preocupada. Caleb toma el brazo de ella y me hace señas que lo siga.

—Aquí está bien. —dice Caleb, le da el asiento a nuestra hermana y me hace señas de que tome lugar.

—Me siento como en los viejos tiempos, —susurra Mia en mi dirección,

pero sé que Caleb ha escuchado.

—He viajado a Italia. —mi mirada viaja bruscamente hacia mi hermana quien está de pie frente a nosotros. —...He omitido cierta información años atrás. —me mira a mí.

—¿Información? ¿Italia? ¿Has...? —el corazón late frenéticamente. — Dime que has encontrado a...

—¿Qué? ¿En serio? —pregunta Mia a Caleb. Se cubre la boca cuando Caleb afirma. Me levanto como un resorte de mi lugar.

—Habla. Dime quien es... ¡Dios mío! —me paso ambas manos por mi rostro efusivo. Retiro mis manos y espero a que hable Caleb.

—¿Entonces por qué estoy yo aquí? Si Hudson es el de la noticia. —se queja nuestra hermana.

Caleb suelta un suspiro.

—Esa mañana hace seis años me entregaste una pulsera para que investigara quien era la dueña, y así dar con tu mujer misteriosa... —asiento lentamente sin dejar de mirarlo. —...horas después, tuve una reunión con el hombre que estábamos haciendo negocios y por el que estábamos en esa fiesta... —detiene sus palabras. —...se me hizo fácil preguntarle de quien podría ser esa pulsera, le dije que le había encontrado en la alfombra de la sala, horas atrás....

—¿Y? —decimos mi hermana y yo al mismo tiempo.

—Era de su esposa. —Mia suelta un jadeo de sorpresa y yo estoy como una estatua. ¿Es casada? —Hudson, te dije que no la había encontrado, por qué era casada. Sabía la fama que tenía de ser celoso con su mujer y los rumores de ser despiadado.

—¿Era? —pregunto.

—Hice negocios con este hombre, negocios grandes, invertí todo mi dinero y mis ahorros, un día me llaman y me dicen que el tipo ha muerto, que la esposa ha desaparecido y nadie me da cuentas de mi dinero... —lo interrumpe Mia.

—¿Por eso no podías viajar fuera del país? —Caleb asiente. ¿De qué me he perdido?

—¿De qué hablan? ¿Por qué no podías salir del país? —Caleb suelta un bufido.

—Porque fuimos cinco socios sospechosos, nos congelaron cuentas mientras investigaban, hasta que descubrieron que no tuvimos que ver nada en la muerte del hombre. Perdí mi dinero...

—¿Y qué tiene que ver con la mujer misteriosa? —pregunto ya ansioso y desesperado.

—La mujer era esposa de Santiago Coppola.

—Espera... —me suena el nombre. —...porque...

—¡Santa mierda! —grita Mia mientras se levanta.

—¿Qué? —pregunto a mi hermana, le lanza una mirada a Caleb y este entiende algo. —¿Qué no me están diciendo? ¡Ya no somos niños como para que hagan ese juego de miradas!

—Hudson... —dice Mia acercándose a mí. —...no sé si son cosas del destino, pero el mundo es demasiado pequeño.

—¡Deja de rodeos! —miro a ambos.

—Me han llamado de Italia y me han dicho que el hombre no murió y está en New York buscando a su esposa que ha cambiado de nombre.

—Entonces, ¿Su esposa es mi mujer misteriosa?

—Su esposa es... Ana Lombardi.

—¿Qué? —es la única palabra que sale en este momento de mi boca. — Espera, la mujer que conocí esa noche es rubia.

—¡Hudson, por favor! La gente se pinta el pelo hoy en la actualidad.

—¡Espera! ¿Ana Lombardi? Debe de ser un error... —Caleb me toma de mis hombros para llamar mi atención.

—Necesito que te alejes de ella y de todo lo que la rodea. —arrugo mi entrecejo, sigo en shock.

—Hudson amarrado emocional y yo laboral... —murmura Mia. —¿Pero por qué nos pides que nos alejemos de ella? ¿Sabes lo que me ha costado que me aceptara y la agencia empiece a despegar con su recomendación? —espeta Mia caminando de un lado a otro.

—Ambos, ambos tienen que alejarse. —Mia se gira hacia Caleb.

—El marido es el peligroso, no ella. Ella es una mujer... —Caleb me interrumpe.

—¡Santiago Coppola es el mismo diablo! No quiero que tome represalias contra ustedes, tienen que alejarse de ella.

Tomo lugar en la banca, trago saliva por decima vez, por un momento me desconecto de todo mi alrededor, repaso una y otra vez mis encuentros cortos con Ana, esa electricidad tan familiar...mi mente juega con mis pensamientos, pone el rostro de ella en la mujer de hace seis años, la imagen es idéntica, a excepción del color de pelo.

—Dios mío. —susurro, me cubro el rostro. —No sabía que estaba

casada, no sabía qué...

—Fue solo una noche, Hudson.

Levanto la mirada hacia mi hermano.

—Una noche bastó para que me hiciera perder la cordura durante seis años. Una noche...

—Tiene que saber que Santiago la está buscando. —dice mi hermana.

—Lo sabe. —dice Caleb, nuestras miradas se cruzan. —Mis contactos dicen que ha aumentado su seguridad y que mañana mismo se muda del edificio.

Mi corazón late más rápido, a punto de salirse de mi pecho.

—¿A dónde? ¡Ella no se puede ir! Tengo que hablar con ella y decirle quien soy. —me levanto, pero Caleb con su mano me detiene.

—Solo te puedo decir que entre más lejos estés de ella, la mano de Santiago no te va a alcanzar.

—¿En serio estoy escuchando esa estupidez? ¡Es mi mujer misteriosa, Caleb! ¡Esa mujer me ha tirado a perder con el resto de las mujeres! ¡No me pidas que me aleje ahora que se la verdad! ¡Ella debe de saber que yo soy ese hombre hace seis años atrás!

—¿Acaso no estás escuchando lo que estoy diciendo?

—Chicos, por favor, la gente nos mira. —dice Mia entre Caleb y yo.

—Puede que para ella no seas nadie, Hudson. ¿Por qué no lo puedes entender? Sigue siendo una mujer casada, puede que hasta ni te recuerde.

Niego en silencio.

—Puede que así sea, pero mínimo tiene que saber que el hombre al que se entregó esa noche hace seis años...es Hudson Bennett.

Capítulo 18

Hudson

—¿Dónde tiene planeado mudarse? —le pregunto a toda prisa a Caleb, él pone los ojos en blanco, niega y suelta un gruñido, puedo ver la vena resaltar en el cuello.

—¡No te voy a ayudar! ¡Tienes que sacarla de tu cabeza! —Mía se acerca e intenta tranquilizarlo.

—¡No somos unos adolescentes, Caleb! Si no me vas a ayudar, yo mismo lo haré, así que no te metas en mi camino. —lo esquivo y camino por el parque en dirección contraria de dónde venimos, por un momento pienso que hemos llegado juntos, pero luego pienso que nuestra hermana puede llevarlo. Suelto un gruñido cuando recuerdo su maleta en mi recibidor, detengo mi huida, me giro y veo a Caleb con las manos en la cintura mirando en mi dirección, Mía tiene los brazos cruzados esperando a que regrese. ¿Tanto me conocen? Bueno, su maleta está en mi departamento...aparte no podemos pelearnos, mientras camino hasta ellos, recuerdo años atrás, no podíamos enojarnos con uno por más de cinco minutos, miro mi reloj de marca y niego, hemos hecho récord, no ha pasado ni el minuto, llego hasta ellos, ambos niegan.

—Te voy a ayudar, pero prométeme que se van a cuidar ambos. —me mira detenidamente esperando a que haga ese movimiento que solemos hacer cuando hemos entendido, luego mira en dirección a nuestra hermana. Ella hace lo mismo. —Voy a mudarme contigo mientras se termina este asunto. —dice en mi dirección, arqueo una ceja, vaya que decisión tan más drástica.

—¿Cómo vas a dejar tu vida por nosotros? —él niega, sonrío, lanza un brazo por el hombro de Mía y tira de ella, luego hace lo mismo conmigo. Ambos brazos de Caleb nos rodean de un lado y a mi hermana de otro. Comienza a caminar y le seguimos, parecemos unos tonto adolescentes.

—Son mis únicos hermanos, si alguien les toca un cabello, sabrán quien es Caleb Bennett.

Agradecemos el gesto, pero algo en mí piensa que es demasiado drástico, debe de haber mucho más como para dejar todo por nosotros.

—Vamos a comer. —dice cuando nos suelta.

—¿Comida china? —pregunta Mía hacia nosotros.

—Estaría bien. —digo y Caleb hace ese gesto familiar con su barbilla de

que está de acuerdo.

—Entonces me dijo, “Has hecho un buen trabajo” bueno algo así, mi corazón latía a toda velocidad, pum, pum, —hace un gesto con sus manos en el área del corazón, como dramatizando en la forma que lo hacía.

—Felicidades, sé qué llegarás muy lejos, renacuaja.

—Sí, felicidades. —le felicito mientras termino de comer, ella sonríe como nunca, Caleb se contagia de su felicidad.

—Gracias, hermanitos. —toma un sorbo a tu té.

—Vámonos, quiero descansar, he hecho un largo viaje, mi cuerpo pide “Cama” —pedimos la cuenta y nos retiramos. Caleb y yo vamos en el auto camino al ático, está demasiado concentrado en sus pensamientos. Vibra su móvil y a toda prisa introduce la mano dentro de su americana, mira quién es y se tensa, contesta:

—Caleb. —contesta en un tono serio, espera a que la otra persona -sea quien sea- termine de hablar.

Regreso mi mirada a la ventanilla, estamos a unas cuantas cuadras, ya es de noche y las luces le hacen ver hermosa, una ciudad brillante.

—Para, llevaré algo para cenar para más tarde.

—¿En el restaurante italiano? —pregunta el chófer.

—Sí, gracias. —cruzamos el semáforo, luego se orilla antes de finalizar la calle. —Yo bajo, será rápido, —me giro hacia Caleb quien está concentrado escuchando, le hago señas de que bajaré al restaurante, él solo asiente.

Empujo la puerta doble de cristal, la música suena de fondo, el mesero llega a mí y sé qué me recuerda. Le hago dos pedidos de pasta a la parmesana, pan de ajo, y porciones de ensalada.

Miro alrededor entretenido, una chica me ofrece pasar a la barra para esperar mi pedido, le sonrío amablemente, con la espalda a la barra me vuelvo a entretener. Pasa una mujer y luego regresa, se sienta a mi lado.

—¿Espera su pedido? —le pregunto, ella sonríe apenas y asiente. Vaya, que es tímida la mujer. Una niña se le acerca y me sonrío, entonces recuerdo que es la misma mujer y la niña que vi antes de salir del edificio con Caleb, le regreso la sonrisa, la mujer le lanza una mirada y la niña quita la sonrisa.

Comienza a jugar con su cabello que tiene suelto.

—No te quites la coleta. —le reprende la mujer a la niña, le extiende la

mano para que le entregue algo.

—Me duele la cabeza. —murmura la niña bajando la mirada. Alcanzo a ver que es una liga de colores.

—No alcancé a cepillarlo y se ve feo —imita una voz infantil la mujer, la niña suelta una risa, para mi sorpresa, la risa de la niña eriza mi piel, la contemplo un poco más, sus ojos son azules, el pelo cobrizo casi como el mío, con cachetes redondos y unos hoyuelos muy marcados.

La mujer se gira como yo, su espalda a la barra y abre las piernas, la niña se mete entre ellas con su espalda a la mujer, la mujer comienza a recoger el cabello en lo alto, mi mirada vaga a lo que está haciendo, entonces...

Veo una marca.

En el pequeño cuello de la niña.

Intento acercarme para ver si es lo que ha visto mis ojos.

—¿Es un morete? —le pregunto a la mujer, ella concentrada en que no quede ningún cabello suelto, me mira fugaz, entiende después de unos segundos lo que le pregunté.

—¿Verdad que parece? Yo hoy descubrí que es una marca de nacimiento, me había asustado, creí que... —me levanto bruscamente de mi lugar, la mujer detiene su plática.

—¿Una marca de nacimiento? ¿Puedo ver? —ella se alerta, se levanta a toda prisa, niega rápido.

—Disculpe, olvide lo que he dicho. —intenta escabullirse, quiero ir a preguntar, pero me detengo cuando veo que dos hombres vestidos de negro entran al restaurante, supongo que es su seguridad.

—Discúlpeme a mí. —susurro mientras ellos se marchan, pero antes de que la niña desaparezca, ella se gira un poco y me dice “adiós” con su pequeña mano. Le correspondo el gesto, se suben al auto y se marchan.

Caleb entra y me busca con la mirada, me he quedado mirando hacia donde se han marchado, estoy...

En shock.

Es la marca de la familia Bennett, una marca que ha pasado durante muchas generaciones, hijos de a hijos...

El escalofrío me recorre de pies a cabeza, hace que me encoja por una fracción de segundo, Caleb agita su mano para traerme a la realidad.

—¿Es posible que la marca de la familia...no sea de la familia? —Caleb pone cara de “¿De qué mierdas hablas?”

—Explícate. —mis pensamientos corren de un lado a otro, la marca se

vuelve a aparecer en mi cabeza.

—¿Te has cuidado? ¿Anticonceptivos? —le pregunto a toda prisa.

—A veces... —detiene sus palabras, como si lo hubiese pillado. —¿Por qué? ¿Alguien ha dicho algo?

—He visto la marca de la familia en el cuello de la niña que acaba de salir. —él se queda en silencio, repasando mis palabras.

—¿Qué? Es imposible, los últimos de la generación en portar la marca de la familia, somos nosotros tres, a menos qué... —me mira con una ceja en lo alto.

Levanto la mirada en señal de que no me meta en sus pensamientos.

—Yo apenas he llegado a la ciudad hace más de la semana, además no me he acostado con nadie desde hace años, lo sabes, Caleb.

—Debiste ver otra cosa, existen demasiadas marcas de nacimiento en todo el mundo.

—Pues la que acaba de marcharse, —le señalo la salida. —se parece demasiado a la de nosotros. Podría haber jurado que era de la familia, Caleb.

Llega el mesero interrumpiendo nuestra conversación.

—Gracias. —le entrego mi tarjeta de crédito.

—Debiste de haber imaginado. —dice de repente, el mesero me distrae para entregarme la tarjeta, nos retiramos, quedo sumergido en mis pensamientos el resto del camino.

“Imposible.”

Susurro para mí mismo, es imposible, respondo en respuesta a ese pensamiento que ha cruzado en mi cabeza.

—Tendré qué hacer una investigación a profundidad. —me digo a mí mismo cuando bajo del auto.

Capítulo 19

Ana

—Estas cajas son de Gia, van en el primer auto. —le digo a mi asistente. Ella asiente y etiqueta con la primera inicial sobre la misma. Reviso el resto, se termina de etiquetar, miro de nuevo el primer piso para confirmar que nada se ha quedado.

—Está todo listo. —dice John cuando se asoma a mi habitación.

—Gracias, solo deja reviso por una última vez. Creo que algo se me olvida.

—Ya has revisado cuatro veces todo el departamento, Ana, si no salimos en diez minutos, llegaremos al anochecer.

—Lo sé, lo sé, espera dos minutos más. —John sonrío al ver que no ganará.

—Está bien, te espero en el pasillo, Gia ya salió con Estefany, están en el nuevo auto blindado, nadie ha visto su salida desde el subterráneo. —asiento, estoy un poco más tranquila, ahora me toca salir por la puerta trasera del edificio, así evitamos cualquier curioso.

—Gracias. —se retira, me asomo al armario ya vacío. Me vuelvo a la salida y alcanzo mi gabardina y el sombrero, cruzo el largo pasillo y llego a la salida, hay dos hombres esperando en el recibidor, me hacen gesto de que ellos van a cerrar. John me hace señas de que camine.

—Vamos, no quiero manejar de noche. —dice apurándome.

Bajamos hasta el lobby, en lugar de seguir adelante hasta las puertas, entramos a un pasillo, al final nos lleva a una gran puerta doble de acero, las empuja John, me cede el paso, al salir el auto blindado está esperando con el motor encendido, miro a todos lados, pero no hay curiosos...ni Santiago.

Después de un viaje de casi dos horas, llegamos a la finca a las afueras de New York. El portón eléctrico se abre, entramos después del auto donde viaja mi hija y Estefany. Avanzamos a través del sendero de piedra, frente a la fachada de la casa hay una fuente de piedra, alrededor de la casa, hay grandes filas de árboles grandes y altos. John me señala que podemos bajar del auto, bajo y el aire es frío, el silencio es adorable, entonces pienso, ¿Por qué no lo hice antes? Bueno, Santiago ha cambiado mi mundo, ha hecho que me esconda, pero no será para siempre, camino hasta llegar al auto donde está Gia, le abro

la puerta y ella salta sobre mí con una gran sonrisa en su hermoso rostro.

—¡Mami! ¡Me gusta! —grita de emoción, me contagia, la bajo con cuidado y atrapo su pequeña mano, la llevo hasta la entrada de la casa, una puerta grande de roble oscuro, antes de entrar miro hacia mi espalda, me siento sobre mis talones y capto la atención de Gia.

—¿Ves ese gran jardín? —ella mira a donde señalo, ella asiente. — Pondré unos juegos como el parque donde ibas, ¿Te parece bien? —sus ojos brillan.

—¡Siiiiiii! ¡Mami! —me rodea por el cuello y me comienza a llenar de besos por mi rostro.

—Ya, ya, ya...ven, tienes que ver adentro. —después de dar un largo recorrido por la gran casa, comienzo a hacer la logística de nuestras cosas, la asistente comienza a dar órdenes a tres hombres en overol de mezclilla, los lugares donde se pondrán las cosas.

Dos horas después, reviso el gran refrigerador de acero inoxidable, saco un poco de comida que he ordenado surtir.

—Ana —me sobresalto cuando cierro la puerta del frigorífico, me llevo mi mano a mi pecho por el susto.

—Lo siento, me asusté. ¿Qué pasa? —pregunto al ver el rostro de preocupación de John.

—Me han notificado que la finca que está a diez kilómetros de aquí ha sido comprada hace una hora.

—¿Qué? —mis pensamientos los llena por completo Santiago, con todos sus secuaces esperando atacar cuando menos lo espere.

—Espera, no es Santiago. —dice de repente.

—¿Entonces? —pregunto intrigada.

—Hudson Bennett. —abro los ojos como platos.

—¿El hermano de la chica de la agencia? —John asiente.

—Pero ¿Cómo...? —detengo mi pregunta absurda, me paso ambas manos por mi rostro luego me masajeo con mis pulgares las sienas.

—Vamos a investigar más a fondo. Tranquila... —dice John intentando evitar que me exalte más de lo que ya estoy.

—Hazlo, no quiero sorpresas, John. —asiente y alcanza su móvil del interior de su americana, antes de que haga la llamada le detengo. —¿Hudson Bennett puede estar involucrado...con Santiago?

John tuerce sus labios, por primera vez no tiene una respuesta rápida y segura.

—Voy a investigar a profundidad, por el momento ya está en sus puestos la seguridad contratada, el ala de la casa donde descansarán y el cuarto de seguridad está grabando todo.

Siento un poco de alivio.

—Gracias, John, sé qué es mucho cambio. —John suaviza su rostro tenso.

—Lo sé y es necesario, Ana. —sonríe a medias y se retira de la cocina.

Me abrazo a mí misma, me pregunto una y otra vez... ¿Por qué el destino ha cruzado a ese hombre en mi camino?

Me paso ambas manos por mis brazos, la piel se me eriza el solo preguntarlo.

DOS DÍAS DESPUÉS DE LA MUDANZA.

Estoy sentada en el desayunador, reviso correos desde mi portátil, doy un sorbo a mi café, luego regreso la mirada a la bandeja de entrada.

—Señora Lombardi. —me exalto un poco al escuchar mi nombre en una voz que no es John.

Me giro y es un guardaespaldas en la entrada de la cocina que da hacia el gran jardín trasero.

—¿Sí? —intento controlar mis nervios.

—¿Necesita algo? —arrugo mi entrecejo, es la primera vez que uno del equipo de seguridad se acerque para preguntarme algo.

—No, gracias. ¿Está todo bien? —él asiente. Luego de unos segundos se retira.

¿Qué fue eso?

—Ya he dado el rondín, está todo tranquilo. —dice John entrando a la cocina. Lleva el periódico en la mano, le señalo la taza del café que ha dejado hace media hora frente a mí.

—Gracias. —bajo la mirada a la bandeja aun algo extrañada por lo del guardaespaldas.

—Tengo que hablarte de algo importante. —John se sienta frente a mí.

—Tu dirás... —bajo la pantalla de mi portátil para prestarle toda la atención.

—Es acerca del señor Bennett.

Levanto ambas cejas en lo alto, sorprendida.

—Dime todo... —me tenso.

—He investigado todo, hay algo que me preocupa.

—Habla, me tienes en ascuas.

—El hermano mayor de Hudson y de la señorita Mía, fue socio de Santiago.

Me levanto bruscamente de mi lugar.

—Tenemos que... —él me detiene, hace señas de que vuelva a sentarme, su tranquilidad me hace sentir intrigada,

—Nada de mudarnos, he hablado con él directamente, me ha dado toda la información que tenía ya en mis manos, quería cerciorarme directamente de que todo fuese real.

—¿Entonces? —pregunto exaltada.

—¿Conoces a alguien esta fotografía? —abre el periódico y aparece un sobre, sus dedos se mueven rápido y saca un conjunto de fotografías.

Las tomo y me congelo.

—¿Qué? —me tenso aún más. Mis manos empiezan a temblar junto con las fotografías.

Son las fotos de la fiesta de disfraces en Italia. Mi corazón late desbocado cuando en uno, encuentro a dos hombres vestidos de un militar y el otro...de coronel, ambos sonríen a la cámara.

Levanto la mirada hacia John, él suaviza su rostro, mis ojos se llenan de lágrimas, mi piel está erizada a más no poder, él asiente lentamente como si estuviese contestando una pregunta dentro de mi cabeza antes de formarla.

—John... —mi voz se quiebra, él asiente lentamente de nuevo, bajo la mirada a la fotografía, mi dedo pulgar acaricia el rostro de ese hombre. —Él es...

John atrapa mi mano libre que está sobre la mesa, levanto la mirada hacia él mientras las lágrimas se desbordan por mis rojizas mejillas.

—...El padre de Gianella...

Capítulo 20

Ana

Lloro, lloro sin dejar de mirar la fotografía que tengo en mis dedos, apenas puedo controlarme.

—No saben de la existencia de Gianella. —levanto la mirada y me limpio mis mejillas.

—¿Ellos...ellos saben que soy la mujer de Italia? —digo balbuceando.

—Sí. Por eso es la razón que ha comprado la finca, parece ser que Caleb, el hermano mayor de Hudson, tiene miedo de que Hudson haga algo y se exponga delante de Santiago. Nos ha investigado al igual que nosotros a ellos...

Me cubro mi rostro, el resto del llanto queda solo en sollozos cortos.

—Así que sabe que soy yo... —John asiente.

—Estoy sorprendido igual que tú, cuando me contó lo de la pulsera que extraviaste cuando estuvieron juntos, Caleb se negó a darle la información a Hudson de que eras la esposa de Santiago. Hace tres días, le llamaron desde Italia para informarle que Santiago Coppola estaba vivo, hizo la investigación a profundidad, entonces...

—Descubrió que yo era la esposa de Santiago.

—Y que cambiaste de nombre.

—El mundo es tan pequeño... —levanto la mirada hacia John. —¿Qué voy a hacer, John?

—Es tu decisión, nada más tuya. Si decides hablar con él, decirle de Gianella, tendrás mi apoyo, pero si igual decides no hacerlo, seguirá mi apoyo.

Me cubro el rostro y suelto un grito de frustración. Al bajar las manos, John atrapa una, después la acaricia.

—Todo está pasando tan rápido, Santiago, la mudanza, luego llega él...

—El destino, Ana.

Le miro detenidamente, cierro los ojos y asiento.

—No sé qué haré.

—Piensa las cosas, Caleb comentó qué cuando estuvieses lista, podrían hablar.

—Tengo que pensar primero todo.

John asiente y suelta mi mano, se acerca a mí que aun sigo sentada en el desayunador, deja un beso en mi cabeza.

—Lo sé, Ana. Iré a revisar como está todo...

Sus labios recorrían ansiosamente mi piel pálida, mi aroma de nuevo quedaba impregnada en su piel. Mis delicados dedos que acariciaban su pecho desnudo, era uno de mis movimientos que le hechizaba. Mis labios entreabiertos en total éxtasis, gimiendo, entregándose a él, una y otra vez hasta llegar el amanecer. Grité en pleno clímax, una y otra vez, hasta dejarme casi en un estado inconsciente. No hablamos mucho, era una de mis reglas, y el maldito antifaz se interponía entre los dos. No me dejaba terminar de recordar cómo sería rostro. Mis manos tomaban su cabello cuando se deslizaba hasta mi vientre bajo. Me arqueé necesitada, y eso le llenaba. Era a mí a quien deseaba esa noche, esa madrugada, y rogaría por el amanecer.

—Dame otra noche —dijo seguro de sí mismo. Pero yo solo cerré mis ojos. Abrí mis labios para tomar aire.

—Por favor... —sus labios se posaron en mi sexo y comenzó a chupar, y a jugar con mi clitoris hinchado, yo gemía descontroladamente. Y casi podía apostar que él podría tener su propio clímax con solo escucharme. Era demasiado excitante.

Se separó, y levantó la vista en busca de alguna respuesta.

—Solo una noche más, mañana regreso al extranjero... —tiré de su cabello en protesta. Y siguió su tortura.

Mi cuerpo convulsionaba. Entró en mi lentamente y le di la bienvenida con un gemido.

Mis manos se levantaron a la altura de mi rostro tocando el antifaz que resaltaba el color de mis ojos y lo levanté lentamente con una sonrisa pícaro...por fin vería dejaría que viera mi rostro...

Desperté bañada en sudor. El ver esas fotos, el saber que Hudson Bennett es el padre de Gianella y que es mi hombre misterioso, me tenía al borde.

Me paso una mano por mi rostro húmedo, salgo de la cama y me dirijo a darme una ducha rápida, al salir, miro el reloj de la mesa de noche.

4:20 am.

Toco el timbre del portón de la finca. Apenas ha salido él sol, me he cambiado y sin saber todavía si estoy haciendo bien en venir, algo me impulsa a hacerlo.

El sonido de las puertas de hierro me informa que han autorizado el pase, se abren y comienzo a preguntarme si sabe que vendría.

Veo al tipo de seguridad haciendo señas donde puedo aparcar, detengo el auto, pero no bajo. Los nervios me carcomen por dentro, estoy a punto de encender de nuevo el auto y huir de ahí. Pero por el retrovisor me da la imagen de un hombre de pie en las escaleras, mi corazón se agita con ferocidad. Mi mano inconscientemente sube a mi pecho como si eso fuese a calmarlo.

Metes las manos en sus bolsillos del pantalón oscuro, baja el resto de los escalones y comienza a dirigirse hasta a mí. Mis manos tiemblan e intentan encender el auto, pero no puedo, mi mirada sigue puesta en el hombre alto y fornido, mi respiración se agita, cierro los ojos para controlarme, doy un respingo cuando toca mi vidrio polarizado.

—Mierda. —murmuro asustada.

—¿No vas a bajar?

—Su voz... —con solo esas palabras está más que confirmado que es él.

Vuelve a dar un segundo toque con sus nudillos contra mi ventana oscura.

Bajo el vidrio, pero no miro por la ventana. De reojo veo como se inclina, descansando sus brazos sobre la puerta, pone su barbilla sobre ellos.

Lentamente giro mi rostro, es como si el tiempo se hubiese detenido...

—Hola...Ana.

La garganta se me seca en segundos, no puedo articular ninguna palabra.

Nos contemplamos en total silencio, por un momento me pierdo en sus ojos grises, mi respiración se agita más. Cierro los ojos y luego niego.

—H-Hola... —me giro hacia él. —...Hudson.

Abre la puerta y me extiende su mano, mis piernas tiemblan, todo provoca en mí, ya no soy Ana Lombardi, la perfeccionista, adicta al trabajo, la empresaria que creó un imperio de moda, delante de él...

Solo soy una mujer vulnerable.

Y no sé cómo no serlo.

Capítulo 21

Hudson

Ana duda al ver mi mano, puedo ver como su respiración se agita más e intenta controlarlo delante de mí, sus ojos me miran de una manera extraña, ¿Cómo no pude darme cuenta de que ella es mi mujer misteriosa? Desde el primer día hubo ese tipo de electricidad, una familiar que ignoré.

—¿Vas a bajar? He preparado algo para... —ella levanta su mano en el aire en señal de que me detenga.

—Creo que ha sido un... —ahora es mi turno de detener las siguientes palabras que saldrán de su boca.

—No es un error, Ana. —ella toma aire bruscamente y no sabe que más decir. —Así qué, ven, —le extiende la mano de nuevo para que la tome y ayudarla a bajar del auto, sus mejillas pálidas se sonrojan a mi insistencia.

—Será breve. —dice finalmente aceptando mi mano, con cuidado le ayudo a bajar y puedo sentir como su mano tiembla, ¿Es un efecto de mi presencia? ¿Está igual de nerviosa como lo estoy yo? ¿Acaso también ella me ha buscado? Bueno, son demasiadas preguntas.

—Claro. Ven, —se suelta de mi mano y hace un gesto de incomodidad. —he preparado un té, lo están sirviendo en el jardín. —ella arruga su frente, quizás confundida por lo que he hecho, sí, sé qué vendría. Algo en mí me daba esa pequeña y diminuta esperanza de que me buscara ella después, bueno, también fue sugerido por mi hermano, Caleb. Creía que mi presencia podría asustarla o empeorar las cosas con su aun esposo.

Le muestro el camino a la parte trasera de la finca, hay un área donde el pasto está cortado perfectamente, unos cuantos arboles alrededor hacen ver el lugar...agradable y lleno de paz. Hay en medio una casa de madera sin puertas y sin paredes, solo una estructura de barrotes grandes y gruesos de madera que sostienen un tejado alto y lleno de enredaderas con flores de colores. Es algo vintage a simple vista, dentro está la mesa de madera, un mantel color crema y la tetera, la mujer que trabajaba para sus anteriores dueños de la finca, - literalmente hace un día-, se ha quedado a nuestro servicio. Veo como acomoda las tazas y una pequeña bandeja de panecillos.

Se da cuenta de nuestra presencia y agiliza lo que está haciendo.

—Oh, ya quedó listo, señor Bennett. —me informa la mujer, inclina su cabeza.

—Gracias... —por un momento su nombre se me va de la mente. —
¿Rosalie? —ella asiente efusivamente. —Ella es la...

—Soy el ama de llaves. —hace una inclinación hacia nosotros.

—Gracias, Rosalie. —digo más seguro su nombre, luego se retira con una sonrisa discreta, retiro la silla de madera y Ana toma lugar. Le acerco la taza y le vierto el té de la tetera de cerámica.

Repito lo mismo para mí, tomo lugar a un lado de ella. El silencio reina por unos minutos, ella solo tiene la mirada baja sobre su taza de té humeante, quizás preguntándose a sí misma que está haciendo aquí o quien de los dos va a hablar.

Me aclaro mi garganta, ella levanta la mirada y sus ojos azules me miran detenidamente, de una manera ahora...curiosa. Es como si repasara cada línea de mi piel, noto que mi mano está en mi barbilla y luego se desliza por la mejilla, siento como la barba ha crecido en tres días.

—No suelo llevar barba. —digo acompañado de una sonrisa mientras la miro, ella hace un movimiento con sus hombros de arriba y abajo en un movimiento.

“No importa” es lo que deduzco en silencio lo que ha querido decir.

—Yo... —doy un sorbo rápido a mi té. Levanto la mirada y puedo ver como se retira la gorra y luego se suelta su melena negra. Sus dedos delgados, pálidos y con una perfecta manicure, lo acaricia. Su frente se arruga, como si estuviese pensando algo más. —No suelo llevar el cabello negro.

—Antes era rubia. —susurro despacio, como si el aire empezara a agotarse, ella sonrío a medias.

—Tuve que pintarlo. —ese comentario me hace arquear la ceja, intrigado.

—¿“Tuviste”? —ella asiente lentamente.

—Es una historia bastante larga, Hudson. —dice en un tono serio de mandona y que no acepta replica. Pero recuerdo que no soy su empleado que acata órdenes.

—Tenemos tiempo.

—Hudson, no.

—¿Sueles ser así? Sé que no nos conocimos mucho esa noche, pero recuerdo detalle a detalle cada línea de tu piel, lo he repasado durante seis años dentro de mi cabeza —señalo con mi dedo índice la sien, bajo el dedo,

luego intento calmarme y terminar. —...me gustaría ahora que sabemos quiénes somos el uno para el otro, poder hablar de lo que ha sucedido y quizás poder...conocernos, y algún día poder confiar y... —mis palabras salen sin filtro y se detienen. Ella se sorprende, luego su quijada se tensa.

Da un sorbo primero a su té y luego lo deja elegantemente frente a ella, levanta su mirada hacia mí, lista para atacar directo a mi yugular.

—Cuando pasas por lo que yo he pasado, miras de otra forma la vida, no confías ni en tu propia sombra.

—Sé qué... —ella me interrumpe.

—No sabes nada. —lo dice apretando sus dientes. —No sabes lo que mi vida fue antes de conocerte. No sabes lo que tuve que hacer para cambiar todo lo que tenía por lo que ahora tengo.

—Solo quiero conocerte más, Ana, no estoy aquí para juzgarte o pavonearme de quien soy hoy o quién eres tú, solo soy un hombre que ha buscado a su mujer misteriosa durante seis años.

Sus ojos se cristalizan, niega y luego alcanza la servilleta de tela y se limpia delicadamente sus labios carnosos.

—Tantas mujeres en el mundo, ¿No pudiste tener a otra? ¿O hubo alguien después de mí que te haya llevado a ese extremo de no estar con otra mujer? —sus palabras en cierta forma me hieren, por primera vez en mi vida una mujer es dura conmigo.

—¿Extremo? —pregunto con una punzante en mi pecho. Bajo la mirada a mi té, me ha borrado cada palabra que he guardado para este día en que la volviera a ver de nuevo.

El nudo crece en mi garganta y estoy a punto de levantarme, tomarla entre mis brazos y dejarla sin aliento en un beso profundo, anhelante. Un beso para recordarle que no quiero a otra mujer.

Levanto la mirada hacia ella quien espera expectante a una respuesta.

—Eres tú quién me ha estropeado para ya no estar con otras mujeres. —ella levanta ambas cejas cargadas de sorpresa.

—¿Qué? ¿Yo? —ella por un momento cree lo que he dicho, trago saliva. Ella me observa como si estuviese debatiéndose en si creerme o no, se endereza poco a poco y luego levanta su barbilla. —¿Cuántas mujeres se han tragado *eso*?

Mis labios intentan no tirar para sonreír, lo que ha dicho ha sonado como una pregunta de doble sentido.

—¿Cuántas? —me remuevo con una sonrisa, me cruzo de brazos y cruzo

una pierna sobre la otra. Ella entiende lo que pasa, se sonroja aún más, luego discretamente se remueve en su lugar.

—Me refiero a “*Eres tú quién me ha estropeado para ya no estar con otras mujeres*” a eso me refiero Hudson. —sonríó aún más e intento fingir que no se a qué se refiere.

—Lo sé, a eso me refería yo, Ana. ¿Acaso pensabas que...? —ella niega.

—Bueno, terminemos con esto. Tengo una agenda muy ocupada.

—Creo que esto es importante, Ana. —ella se queda callada.

—Bueno... —ella suelta un suspiro, una mano baja a su estómago dejándola ahí mismo y luego me mira. —Soy aquella mujer en la fiesta de disfraces, realmente no sé cómo llegué a esa habitación, creo que buscaba estar sola... —espero a que siga hablando. —...te vi, me viste...no sé qué me pasó que perdí la cordura, pasó lo que pasó, luego me fui antes de que mi esposo se diera cuenta de lo sucedido y evitar que hubiera un muerto en casa. —toma aire y luego lo suelta lentamente — John...solo lo sabe. Luego... — detiene sus palabras, puedo ver como el color de sus mejillas se desvanece.

—¿“Luego”? —ella niega.

—Luego vine a New York. —dice tajante, luego desvía su mirada hacia otro lado.

Me recargo en el respaldo de la silla, arqueo una ceja. ¿Por qué siento que oculta algo?

—Ocultas algo. —le digo muy seguro.

Ella palidece aún más, hasta creo que se va a desvanecer en el suelo.

—Es un tema que no te incumbe. Bueno, creo que es todo, quiero dejar claro que no me interesa algo más.

—Ana. —insisto, me inclino hacia enfrente. —Hay algo, puedes decirlo o igual lo voy a investigar. —intento no sonar intimidante.

Ella hace lo mismo que yo, se inclina hacia adelante, estamos frente a frente, unos cuantos centímetros de nuestros rostros, entrecierra sus hermosos ojos azules.

—No te incumbe, Hudson. Esto termina aquí mismo, sabemos ahora quién es quien...y es todo. Así qué te pediré de la manera más atenta y con cordialidad: “No te metas en mi camino” Gracias por el té. —se levanta elegantemente sin dejar mi mirada.

—¿Te vas? —mi voz suena sorprendida.

—Buen día, señor Bennett. —se gira dándome la espalda, está cruzando el jardín mientras se pone de nuevo su gorra y arregla su cabello.

—¡Ana! —me levanto de mi lugar, me cruzo de brazos y entonces ella se detiene sin girarse esperando a que hable. —No voy a dejarte ir de nuevo.

Se gira lentamente hacia mí.

—No tienes a tu suerte, Hudson, entre más lejos estés de nosotras... mejor. —se gira y sigue su camino decidida a no regresar.

Entonces mi piel se eriza.

—¿“Nosotras”?

Capítulo 22

Ana

Entro al auto a toda prisa, mis manos tiemblan, estoy a punto de llamar a John para que venga por mí, estoy en un modo que no puedo controlarme, la llave entra finalmente y antes de arrancar levanto la mirada al retrovisor y Hudson está bloqueando mi paso.

El corazón late desbocado, me agito aún más. ¿Qué no le quedó claro lo de hace unos momentos? Entre más lejos esté de nosotras mejor.

“Nosotras”

¡Mierda! ¡Mierda! Hudson da un manotazo en la cajuela para que no arranque el auto. Intento pensar en algo para cubrir el error que ha salido de mi boca, “Nosotras” quiere decir que...

La puerta del lado del copiloto se abre y Hudson entra a toda prisa.

—¿Qué es lo que haces? —apenas puedo decir esas palabras a su acción brusca.

Su mirada gris es indescriptible.

—Has dicho, “Nosotras”. —se ha dado cuenta de mi error.

Trago saliva e intento controlarme.

—No. Escuchaste mal. —golpea el tablero, me hace brincar en mi lugar, mis manos aprietan con fuerza el volante.

—No escuché mal, Ana. Has dicho claramente, “Nosotras” ¿A quién te refieres? ¿Por qué has dicho “Nosotras”? ¿Acaso hay alguien más en esto involucrado y lo estas omitiendo?

Piensa rápido, Ana.

Hudson retira la llave e intento arrebatársela, pero es rápido.

—¡Dame las llaves! —él niega.

—Baja. —ordena, pero me opongo, el miedo poco a poco comienza a invadirme, no puedo decirle de la existencia de mi hija...

Bueno, de nuestra hija, entre menos sepa de mi vida, será mejor, Santiago es capaz de matarlo.

La puerta se cierra, me ha pillado, intenta abrir mi puerta, pero no llego a poner el seguro, me alcanza a tomar del brazo y me baja.

Tiro del agarre.

—¿Qué es lo que quieres? Te he dicho que escuchaste mal.

Me aferro a no decir nada.

Entre menos sepa, mejor.

—No te vas a ir hasta que digas lo que estás omitiendo, Ana.

Me cruzo de brazos y lo enfrento.

—No tienes derecho a tratarme de esta manera, ¿No sabes quién soy? — le espeto furiosa, de un manotazo avienta la puerta del auto, se acerca a mí, yo retrocedo, pero mi espalda está contra el auto.

Trago saliva rápido.

—¿De qué maneras quieres hablar, Ana? —su dedo índice acaricia mi mentón.

De un manotazo lo retiro. El pánico llega a mí con recuerdos de los abusos de Santiago.

Una fuerza emerge de mí, ambas manos contra su pecho lo empujan, tomándolo por sorpresa, él solo retrocede sorprendido.

—¡No te atrevas a tocarme! ¡Nadie volverá a abusar de mí! ¡NADIE! — esas palabras las grito con fuerza, descontrolándome aún más. Las lágrimas salen sin que me dé cuenta, mis mejillas arden de la ira. Mi dedo índice está en el aire señalando a Hudson, él...literalmente está pálido.

—¿Abusar? ¿Santiago abusó...de ti? —mi barbilla tiembla y no puedo evitarlo. Las lágrimas siguen cayendo, nublando mi vista, siento la mano de él tirando de mi cuerpo, lo primero que hago es luchar para que no me toque, el grito que sale de mi interior no lo reconozco, me remuevo en sus brazos como un pez fuera del agua. —¡TRANQUILA, NO VOY A LASTIMARTE! ¡ANA, TRANQUILA! ¡ESCUCHAME!

Su suplica es real, pero cuando estoy a punto de detenerme, llega la imagen de Santiago usando su fuerza para abusar de mí, los golpes, las humillaciones y esa última vez que me defendí, me invade por completo, llenándome de terror, manoteo hacia todos lados, hasta que descubro que estamos en el suelo, nuestras respiraciones son muy inestables, hasta podría jurar que parecemos asmáticos, sus manos están en mis muñecas, su cuerpo está por encima de mí, bloqueado mi cuerpo.

El llanto aumenta con ferocidad, su rostro está perplejo, mostrando a un hombre muy desconcertado, la vena que pasa por su cuello está hinchada, en su frente resalta otra.

—¡Suéltame! —chillo con fuerza.

—Hasta que termines de llorar, de sacar todo lo que tienes guardado,

¡Llora! A partir de hoy no me separaré de ti, de todo lo que te rodea y si sigues diciendo que me aleje...más me voy a aferrar. —su voz se quiebra. Cierra los ojos y puedo ver como sus lágrimas caen en mi ropa, eso poco a poco hace detenerme, al abrir sus ojos, están centellando ira. —Llora...

Su agarre en mis muñecas las suelta, se retira de encima de mi al ver que mi llanto queda en hipos y pequeños suspiros entre cortados, después de unos minutos, me ayuda a sentarme, nos hace recargarnos en el auto, veo la tierra en mi ropa, entonces siento el balde de agua fría a mi arranque.

—Tienes...tienes que alejarte de mí. —digo mientras intento reponerme. He quedado hecha un asco, mi cabello tiene tierra. Tengo la intención de levantarme y largarme, pero el detiene mis intenciones.

—De haber sabido quien eras en ese tiempo, de haber sabido que sufrías de abusos, créeme... —se gira hacia mí y baja su mirada. —...te hubiese protegido.

El nudo crece con fuerza de nuevo en medio de mi pecho, impidiendo hablar, solo me queda negar.

—Hudson... —susurro a punto de romperme de nuevo con solo escuchar sus palabras, puedo ver sinceridad en ellas. —Es mi pasado, ahora lo que me preocupa es proteger mi presente y el futuro.

Atrapa mi mano.

—¿Qué es lo que ocultas, Ana? —susurra sin dejar de mirar mi mano. — Creo que juntos podemos hacer que Santiago no te haga más daño.

Detengo las palabras que están a punto de salir de mi boca. Por un momento estoy a punto de decir que tenemos una hija en común, que, a unos cuantos kilómetros de aquí, está esperándome.

—Santiago abusaba de mi con frecuencia durante dos años, antes de que pudiera escapar de él.

Miro hacia otro lugar, mientras solo digo esas horribles palabras.

—Hijo de puta. —siento la ira en sus palabras.

—Hasta que me defendí, pero todo se salió de control, entre en una oscura parte de mi vida que aún me persigue en sueños, él no se va a detener hasta encontrarme y terminar lo que dejó pendiente.

Hudson aprieta con fuerza mi mano.

—Puedo ayudar, Ana.

Levanto la mirada hacia él hombre que está a mi lado, intentando controlar su ira.

—Nadie puede ayudarme, Hudson, persona que esté en mi vida, persona

que tratará de borrarla.

Me suelto de su mano y me levanto, él hace lo mismo sorprendido a mi acción.

—¡Puedo protegerte! ¡Tengo contactos y un lugar para resguardarte! —le arrebato mis llaves del auto, él intenta dar solución a algo que nadie puede hacerlo, solamente yo.

Abro la puerta del auto, él intenta evitar que entre.

—¡Entiende, no puedes hacerlo! —le grito dejándolo callado. —Él quiere lo que más atesoro con mi propia vida.

Las palabras simplemente salen de mi boca.

—¿Lo qué más atesoras con tu propia vida? —me muerdo la lengua, entonces veo un brillo en sus ojos que me aterrorizan.

Hudson Bennett acaba de descubrir lo que más guardo con fiereza.

—¿Tienes una...hija? —abro mis ojos al escucharlo decir eso. Arruga su frente, se pierde por unos segundos en sus pensamientos. Intento escapar, pero estoy congelada en mi lugar, no puedo huir, ¡Estoy harta de huir! Entonces su mirada se encuentra con la mía.

Sus ojos se abren aún más, dándome a entender que sí, efectivamente tengo una hija.

—Tengo que irme. —solo puedo decir eso.

Detiene mi huida, se acerca más a mí y me toma por mi rostro. Cierro los ojos para no mirarlo.

—Abre tus ojos y mírame. —niego, él sacude mi rostro para que los abra y simplemente me rindo. Abro mis ojos, le miro detenidamente.

—Tengo que...protegerla de él. —susurro, luego las lágrimas comienzan a caer de nuevo. Listo, lo he dicho, he confirmado su duda, sí, tengo una hija, pero no sabrás que es tuya, es mejor así.

—Santiago está buscando a su hija. —susurra, cierro los ojos y no puedo seguir viendo al padre de mi hija pensando otra cosa que realmente es erróneo. —¿Por eso está intentando llegar a ella?

Afirmo con un cerrar de ojos, alcanzo sus muñecas e intento soltarme.

—Tengo que irme. —Hudson no me detiene, simplemente deja que me marche, puedo ver que está perdido en sus pensamientos. Subo al auto, lo enciendo y sin mirar atrás, me marchó.

Con el dorso de mi mano me limpio las lágrimas que siguen cayendo a brotones, intento no tener un accidente, limpiándolas.

“Tengo que irme de aquí, antes de que Hudson dé con la verdad.”

Capítulo 23

Hudson

Desde aquí miro como Ana se marcha, el auto derrapa contra la tierra dejando una larga estela de polvo, mi corazón sigue latiendo frenéticamente, hay algo más, hay algo que se me está ocultado y tengo que descubrirlo. Le hago señas a los de seguridad vestidos de civil, asienten sin decir más, después de unos momentos, mi auto es aparcado frente a mí, uno de mi escolta se acerca y me entrega las llaves de mi deportivo.

—No necesito que me sigan, dile a mi hermano que regreso en un momento. —el hombre de traje asiente dudando mi petición.

Rodeo el auto, entro y arranco en dirección a la hacienda de Ana, la estela de polvo sigue en el aire cuando paso por el mismo camino. Se disparan muchos pensamientos intento concentrarme en lo que haré a continuación. Veo a lo lejos como las puertas eléctricas se abren poco a poco, sale el personal de seguridad y están alertas cuando visualizan mi deportivo. El auto de Ana desaparece en el interior, los guardaespaldas se acercan con sus armas, listos para actuar. Detengo el auto y salgo de él, visualizo al jefe de seguridad, él hace señas para que bajen sus armas, camino hasta él.

—¿Qué es lo que estás haciendo, Bennett? —lo dice en un tono molesto, estoy a punto de responder pero sigue hablando. —Ha entrado alterada, ¿Qué le has hecho? —se acerca más a paso intimidante.

—No le he hecho nada. Solo quiero hablar de unas cosas con ella, solo eso.

—No vas a acercarte a ella. —espeta con los dientes apretados. Su mandíbula se tensa más cuando ve la intención de no retroceder a su advertencia.

—Voy a hablar con Ana, si es necesario pasaré por encima de quien sea. —Su mirada centella ira contenida.

Se acerca un hombre por la espalda de él, murmura algo que no alcanzo a escuchar.

Se retira y el jefe de seguridad me mira entrecerrando sus ojos.

—Ana quiere que te retires. —anuncia con media sonrisa, pero así como llega se desvanece.

—Necesito hablar con ella.

—No vas a hablar con ella, ¿Qué parte de que no quiere hablar contigo no entiendes, Bennett? —estoy a punto de esquivarlo pero escucho el ronroneo de un auto a mi espalda, cuando me vuelvo, es Caleb quien baja preocupado junto con la escolta.

—¡Hudson! —se acerca a paso veloz hasta nosotros. —Disculpa John, mi hermano es algo impulsivo. —Caleb tira de mí pero intento impedirlo.

—¡No te mestas en esto! ¡Es mi asunto! —Caleb le dice algo a John, el jefe de seguridad de Ana.

—Claro que me voy a meter, no vas a venir a cagarla por tu culpa. —se vuelve hacia la escolta, les hace señas y veo que uno entra a mi auto, estoy a punto de protestar pero Caleb me amenaza con la mirada.

—Disculpa. —le dice, me hace señas de que nos vamos a ir, John, el de seguridad no deja de mirarme amenazante.

—Esto no se queda así —murmuro, pero sé qué me ha escuchado. Caleb avanza, luego entramos al auto, puedo ver la vena que resalta, está furioso.

—No puedo creerlo, creí que eras más inteligente Hudson. —me molesta su comentario.

—No debiste de... —me interrumpe bruscamente.

—¡Estás poniendo en riesgo a Ana, maldita sea! ¿No lo ves? Según ibas a hablar con ella en el jardín, luego me informan que han discutido y que hasta la tierra llegaron, ¿Es en serio? ¿La has golpeado o algo? —abro los ojos como platos.

—¿Qué? ¿Cómo crees que...? —Caleb se cubre su rostro, se masajea su sien.

—Santiago está buscando a Ana, ¡lo sabes, maldita sea!

—Y a su hija. —esas palabras salen de mi boca, Caleb me mira sorprendido. —Deberías de decirle a tu investigador que te regrese el dinero, no ha informado que Ana tiene una niña. No sé de cuantos años, pero tiene una. Es por eso por lo que está alterada, el solo pensar que el padre de su hija las encuentre y tenga todas las intenciones de hacerles daño, me hierva la sangre, y eso que no conozco a su hija. —Caleb está pensativo, aun masticando la información.

—¿Una niña? —pregunta Caleb.

Llegamos a la finca.

—Si, una niña. —bajo del auto, veo a mi hermana salir de la casa, viene con el teléfono en la mano.

Nos dirigimos hasta ella.

—¿Dónde están metidos? Nuestra madre está llame y llame preguntando por ustedes. —me tenso.

—Necesito estar solo, discúlpame con ella. —la esquivo y dejo a mis dos hermanos en la entrada de la puerta, subo las escaleras y entro al despacho, reviso la carpeta con la investigación de Ana.

Hay algo que simplemente no estamos viendo, algo que se está ocultando y no sé qué es.

—Ya está investigado todo, Hudson. Claro, a excepción de su hija... — Caleb entra en el despacho, me molesto inmediatamente.

—Quiero estar solo. —Caleb ignora mi petición. Se acerca al mueble de las bebidas y sirve dos vasos de licor. Se acerca al escritorio y pone el vaso, toma lugar en la silla frente al escritorio y bebe lentamente.

—¿Qué es lo que han discutido tú y Ana? Dicen que ella enloqueció. ¿Es por la hija?

—¡Ella no enloqueció! —bueno, suelto un gruñido. —Bueno, algo, se alteró con un comentario de mi parte que ha sido malinterpretado, así que no sé cómo pasó que... —recuerdo sus palabras de nuevo dentro de mi cabeza que ha sido abusada por el maldito de su esposo.

—¿Qué es lo que no me estás diciendo, Hudson? —mi hermano se centra en cada gesto que hago, lanzo los papeles que tengo en mi mano, alcanzo el vaso con el licor y de un solo trago lo termino. Caleb arquea una ceja, intrigado.

—El tipo abusaba de ella.

El rostro de Caleb se descompone.

—¡Maldito bastardo! —asiento a sus palabras.

—Ella... —no se si sería prudente decirlo, pero me arriesgo. —Ella me ha confesado lo de su hija, dijo algo de defenderse de él, algo en mi se alertó, pensé qué debió de hacer algo para cortar de tajo sus abusos. ¿Estará metida en algo legal?

Caleb sigue en silencio, su frente arrugada, supongo que está intentando deducir algo.

—Esto es una mierda, Hudson, —él se levanta de su lugar y comienza a caminar por el despacho. —Quizás ella sí hizo algo, por eso ha huido de él. Soy muy quisquilloso, ¿No te dijo la edad de su hija? —arrugo el entrecejo.

—¿Qué tiene que ver eso? Lo que importa es poder ayudarle, no voy a dejarla, no, ahora la he encontrado y la voy a proteger junto con su hija. —

Caleb sigue pensativo.

—Te ayudaré, pero deja de intentar de hacer las cosas por tu mano, no quiero que cruces una línea que no debes, John ha comentado algo de mantenernos alejados, no es nuestra guerra, Hudson.

Me levanto y pongo mis palmas abiertas sobre el escritorio y le lanzo una mirada fría.

—Su guerra...será mía también. —Caleb se acerca, se cruza de brazos y arquea una ceja.

—No conoces a la mujer, no es tu hija, ¿Aun así piensas meterte en algo que no te incumbe? —arquea una ceja.

—Caleb...no me conoces. Ella se ha metido debajo de mi piel desde hace seis años, tú sabes lo que he hecho para buscarla, el dinero que he gastado investigando, he sido perseverante, he sido paciente...y se me ha recompensado. Ahora, ella está a unos cuantos metros de distancia, asustada y angustiada, intentando proteger lo que más ama con su vida, aunque no es mi hija, no es mi esposa...ella es la mujer que se ha robado mi corazón.

—¿Estás seguro de seguir? —asiento sin dudar, veo una chispa en sus ojos.

—No importa si piensas que estoy loco. —murmuro entre dientes mientras me reincorporo.

—No estás loco, Hudson, estás más que eso, pero si vas a entrar en esa guerra, no vas a ir solo.

—Estoy dentro. —escuchamos la voz de mi hermana. Nos giramos hacia ella quien está de brazos cruzados, con su barbilla respingada en lo alto. —Si la mujer de tu vida está en problemas, lo que tienes que hacer es ayudarla.

—No vas a meterte en esto. —responde Caleb.

Nuestra hermana camina hasta llegar a nosotros.

—No necesito tu permiso, creo que estoy demasiado mayor para tomar mis decisiones, si ustedes van a ayudar, haré lo mismo.

Se acerca hasta a mí, me rodea por la cintura y pone su cabeza en mi pecho. Le correspondo el abrazo, dejo un beso en su coronilla.

—Soy cinta negra. —dice Mía.

Soltamos Caleb y yo unas carcajadas. Después de eso recibo un golpe.

—¿Y qué tiene? —pregunta Caleb.

—Nomás quería que tuvieran en cuenta que sé defenderme sola.

—Perfecto, nuestro pequeño ninja, nos protegerá.

Capítulo 24

Ana

Entro a la casa, mi cuerpo tiembla, cuando voy a subir las escaleras, mi móvil suena, contesto y cuando escucho a mi asistente del otro lado de la línea me detengo.

—El señor Burj ha llamado, ha informado que no volverá a surtir más los lotes de telas y ha retirado la oferta de la mesa del quinto lote de mercancía.

—¿Cómo? —mi voz es de histeria. —intento pensar fríamente. —¿Cómo que no podrá surtirnos más? ¿Qué ha pasado?

—Señora Lombardi, el señor Burj, quiere que haga usted misma una propuesta, no aceptará a nadie en su nombre. —Mierda, doble mierda. Tener que viajar a Abu Dabi y hacer el trato personalmente me ata de manos, no puedo arriesgarme a que Gianella sea detectada por ningún curioso...sabía que tarde o temprano, Burj me pondría contra la pared, un buen exportador, un buen jugador, pero en negocios, un hombre impecable y no estoy para perder al mejor elemento en este imperio.

—Informa que yo misma iré, cuando tenga todo listo yo misma te llamo y le envías mi respuesta.

—Si, señora Lombardi. —y termino la llamada, el corazón está todo acelerado, mi mente empieza a pensar a toda prisa en busca de una solución. Subo las escaleras a toda prisa.

—Empaca todo. Nos vamos. —ordeno a Estefany, quien está jugando con Gianella en la gran estancia.

Gianella se levanta y me sigue cuando entro a mi habitación.

—¿Mami? ¿Por qué nos vamos? —la ignoro, entro al gran armario y empiezo a descolgar toda la ropa lanzándola sobre la cama gigante.

—¿Todo, señora Lombardi? —pregunta Estefany, afirmo, sale de la habitación y Gianella se sube a la cama y observa detenidamente lo que hago, entrar y salir del gran armario, por último saco la maleta, cuando cae en mis pies, entra a la habitación John. Su mirada es de confusión.

—¿Qué...qué es lo que estás haciendo, Ana?

—Tenemos que irnos, has lo que tengas que hacer, Burj me tiene contra la pared, quiere que vaya yo misma para hacer el trato de las telas. —esquivo a

John para entrar a la habitación de Gianella.

—¿Puedes enviar a alguien más? Tenemos días en la finca, tienes que estar resguardada con Gianella hasta encontrar a Santiago.

—Si no voy yo misma, se cae el imperio. —y el dinero para protegernos.

—¿Te importa tanto más que sus propias vidas? —pongo los ojos en blanco.

—¿Eso crees? Sin imperio...no hay dinero para protegernos, sabes como es este mundo, como dice el dicho, con dinero el perro baila. John no dice nada más. Cruzo el pasillo hasta la habitación de Gianella.

—Todo esto y sus dos *amiguitos* —señalo la ropa de Gianella, que está a un lado de la maleta y sus dos muñecos. Estefany me ayuda a empacar. Le suena el móvil y lo ignora. Arrugo mi entrecejo al ver que no contesta cuando insiste dos veces más.

—Puedes contestar, yo termino —sonríe a medias y sale al pasillo. Entra John algo extrañado.

—Tenemos treinta minutos para movernos —se gira a la puerta y se queda extrañado.

—¿Qué pasa? —detengo lo que estoy haciendo y pongo mis manos en jarras.

—Nada. Sólo que vi algo pálida a Estefany contestar el móvil —nos quedamos observándonos por segundos.

—¿Crees que...? —y una mano se va a mi boca para callar el jadeo de sorpresa. ¿Estefany y Santiago?

John hace señas que me calle con su dedo índice en sus labios. El corazón me late a toda prisa. ¡No puede ser!

Se abre la puerta y entra Estefany algo extraña, nos sonríe a medias y sigue empacando. Tengo que sacarme esta duda, me hace señas John negando. Me cruzo de brazos y tomo lugar en el sillón. Mi mente empieza a maquinarse algo para sacarla a flote. Pero si son acertadas nuestras dudas, ¿Cómo no me he dado cuenta?

—¿La toalla extra también? —sostiene la toalla de dibujos animados de Gianella. Afirmo apenas con una sonrisa en mis labios. John toma su móvil y sale de la habitación, supongo que antes de irnos hará un chequeo del archivo de Estefany. No podemos seguir arriesgándonos.

—También esos zapatos... —señalo las puertas abiertas del armario. Ella sonríe y se inclina a tomarlos — ¿Estefany...?

—Sí, señora Lombardi —se detiene a medio camino de la cama y el

armario, con los zapatos en mano. Me recargo en el respaldo del sillón individual y cruzo mi pierna, mis manos se quedan en mi regazo. Estefany es joven, pelirroja, piel bronceada, ojos verdes y una bonita sonrisa angelical. Según su reporte privado, tenía días viviendo con las mejores recomendaciones de otros edificios como ama de llaves y comodín (apoyo en otras áreas) después de mi compra del piso.

—¿Cuánto te pagó? —sus ojos se abren como platos. Puedo ver como ejerce presión el agarre de los zapatos de Gianella como si fuese a sostenerla en caso de desmayarse, su palidez es obvio — ¡¿Cuánto te pagó?! —repito la pregunta con dureza.

—Señora Lombardi, no entiendo de qué habla... —su labio inferior tiembla. Me levanto y corto la distancia que nos separa. Puedo ver en su mirada miedo.

—Seré clara, ¿Cuánto te ha pagado Santiago Coppola por fingir ser una pieza más en su tablero el cual puede mover cuando le plazca, Estefany? —tocan la puerta y no contesto en la espera de la respuesta de Estefany, quien parece estar en un debate interno.

—Señora Lombardi... —niega con lágrimas en sus ojos y segundos después comienzan a desfilas por sus mejillas. Cierro mis ojos a la gran decepción. ¡Dentro de mi casa un aliado de Santiago! ¡Cuidando de mi hija! La sangre me empieza a hervir. Cuando los abro ella sigue donde mismo, llorando en silencio y alcanzo a ver un gran moretón oculto bajo su chaqueta, levanto mi mano para confirmarlo, ella no se mueve, la miro y ella asintió cerrando los ojos. ¡Maldito! Al abrir la chaqueta era un gigante moretón y es reciente. Podría saber que de días, recapitulo días anteriores, antes de venir a la finca ella tuvo unas horas en la tarde. Maldigo dentro de mí.

—Habla —solo puedo decir eso, las imágenes de los golpes, las patadas y los insultos de parte de Santiago... —Y quiero saber toda la verdad —ella afirma en un mar de llanto, se sienta en la orilla de la cama. Entra a la habitación John algo pálido.

—Ana, confirmado —y mira a Estefany. Afirmando y le hago señas de que se quede.

—Habla, no tenemos tiempo —exijo.

—El mismo día que usted compró el piso, me contrató. Él dijo que solo estaría cuidando de usted, pero él no sabía de... —me acerco a ella alterada, la sostengo de sus brazos para que siguiera hablando.

—¿De qué? ¡Dime! ¡Habla! —ella se asusta en la forma que la agarro y

la fuerza con la que aprieto sus brazos. John me detiene.

—¡Pude deducir que estaba ocultando a la niña! ¡Así que le oculté lo de la niña! No quería decirle que usted tenía una hija, yo le había tomado cariño y a usted...hasta que me vio en el parque esa tarde cuando le enseñé a Gia a hacer el pastel, luego pasó lo del desfile... y.... —se cubre el rostro y rompe en llanto. El corazón se me encoje al escuchar el dolor con el que se desborda.

—¿Por eso te golpeó? —pregunta John en un susurro, mientras se sienta a su lado. Ella retira las manos de su rostro.

—¡El me golpeó! ¡Por no decirle de la niña! ¡Yo... intenté mentirle pero no pude! Cuando usted me dijo del viaje hoy, respiré. Tenía que decirle la verdad a usted ya lejos, a salvo... —me limpio las lágrimas con el dorso de mi mano.

—Tranquila... —levanta la mirada hacia a mí, luego a John —sin duda se va con nosotros, si se entera Santiago de que sabemos quién es en verdad Estefany, sin duda la sacará del juego —dice John. Afirmo intentando recomponerme. Si la sacaba del juego, quería decir que podría eliminarla.

—Sí, baja hacer tu maleta de prisa. Tenemos que irnos —digo levantándome del sillón. Estefany se acerca a mí y con la mirada me agradece. Correspondo. Sale de la habitación y John me mira.

—No entiendo por qué no pudimos verlo venir —dice duramente —podría ser de otra forma, pudo haber manejado la situación de otra forma, podríamos... —lo interrumpo.

—Deja de pensar que pudo arrebatarme a Gianella en mis narices, que de por sí, estoy alterada. Tenemos que pensar en cómo llegar a él antes de que él lo haga con nosotros. Tengo que proteger a Gianella —digo intentando calmar mi corazón.

Capítulo 25

Ana

—Podría decir que Gianella corre peligro si la llevas al viaje, más si sabe Santiago que va contigo y está siguiéndonos lo pasos. —el corazón se me acelera. Santiago iría por ella.

—¿Tú crees que dejaría a mi hija aquí, sola sin mí, sin mi protección? —digo casi alterada.

—Ana... —levanto la mano para que no continúe.

—No podría dejar a mi hija sola —digo con la garganta seca.

Suena mi móvil. Lo tomo y es número desconocido, arrugo mi entrecejo, luego pensar que podría ser Santiago, el pánico llega a mí, John me mira y nota mi palidez.

—Podría ser... —susurro mientras mi móvil sigue vibrando en mi mano, John se acerca y dice algo por su micrófono.

—Contesta. Están listos para intentar dar con su ubicación.

Deslizo mi dedo para contestar.

—Lombardi. —se escuchan voces del otro lado de la línea.

—Ana, no cuelgues. —el alma regresa a mi cuerpo cuando escucho la voz de Hudson, luego descubro que he suspirado, sí, pero debe de ser por qué no ha sido Santiago, ¿Hudson?

—¿Hudson? ¿Cómo has conseguido mi nuevo número? —estoy a punto de decirle unas cuantas cosas, lo que ha pasado unos minutos atrás antes de llegar a la finca, se había esfumado por un momento, ahora regresa todo a mí, mi confesión, su cercanía, su mirada de confusión antes de alejarme de él.

John me mira detenidamente.

—Yo también tengo mis medios, no eres la única. Quisiera poder hablar contigo. Civilizadamente.

No contesto, estoy abrumada con todo lo que está pasando, Burj, Santiago y ahora con Hudson Bennett, el padre biológico de Gianella.

John arruga su entrecejo, luego se pone pensativo.

—¿De qué quieres hablar? Creo que ya hemos hablado lo que se tenía que hablar, Hudson... entre más lejos estés de mí, estarás a salvo.

—Quiero ayudar... —se queja como si se hubiese golpeado. —...

perdón, queremos ayudar. Mi hermano Caleb y mi hermana Mía.

—¿Qué? ¿Es que a todos les has contado? —suelto un gruñido de furia. —¡Lo que quiero es que menos gente esté involucrada en mi vida y tú, sumas a tu familia! ¡Vaya! —John me arrebató el móvil y comienzan a hablar algo que no alcanzo a escuchar. Cuelga y me mira detenidamente.

—Podría ser un buen candidato —dice John con una seriedad que me eriza la piel. Abro mis ojos como platos.

—Estás loco, John. ¡Lo que menos quiero es involucrar a la familia del padre de mi hija! Quiero a esa gente lejos, no digas disparates.

—Espera, si piensas detenidamente, Santiago no sabe de Caleb y Hudson Bennett.

—...y de Mía Bennett, John. —le muestro tres dedos en el aire frente a él. —¡Tres personas que no conocemos! No quiero ser la culpable si esto en algún momento falla. No quiero... —estoy a punto de salir de la habitación de Gianella cuando habla John.

—Podemos esconder a Gianella con ellos...así haces el viaje sola, nadie sospecharía, además ellos también cuentan con una gran seguridad, puede que casi más grande que la que tenemos nosotros. —me vuelvo hacia él.

Por un momento podría decir que sería buena idea, pero algo en mi se vuelve en mi interior un gran nudo, ¿Podría ser un presentimiento? ¿Podría ser un mal augurio?

—No podría dejar a Gianella, sola. Mi...mi... —intento explicarle a John como me siento. —Simplemente no puedo dejar a mi hija.

—Si Hudson se entera que es el padre de Gianella, ¿Crees que cambiaría algo? —abro mis ojos de más, me acerco a él.

—No. Ella es mía, solo mía y de nadie más. Si tengo que partirme en dos, lo haré por mi hija.

—Ana... —insiste.

—¿Por qué te pones de su lado?

—No estoy del lado de él, Ana. Siempre estaré de tu lado.

—¿Entonces por qué insistes en que Gianella se involucre con ellos? ¿No has pensado que podría arrebatarme a mi hija si se entera que es sangre de él? Podría meternos en problemas legales para pelear custodia.

—Ana, creo que podríamos intentarlo.

Me quedo en silencio, miro por la habitación y camino de un lado a otro, pensando en sí John podría ser buena opción. Finalmente después de unos minutos intento controlarme, John puede tener razón.

Detengo mi paso, le miro detenidamente.

—Está bien, tu, ganas. Pero a la primera cosa que vea que no me convenza, cambiaremos los planes.

John pide el número por micrófono, lo pone en la pantalla y luego me extiende el móvil.

Me muerdo el labio, los nervios me invaden y se mezclan con el pánico. Veo el número en la pantalla...le doy el botón verde y comienza a sonar.

—Hola Ana... —su voz me tranquilizaba y no entendía por qué.

—Hola —digo en un susurro, escucho la puerta cerrarse a mi espalda. Estoy sola ahora en la habitación de Gianella.

—¿Estás bien? ¿La niña? —sonreí de gusto de que preguntara por mi hija.

—Bien, gracias, es solo que... —suelto un suspiro, me siento en la orilla de la cama, mientras pienso como pedir el favor.

—¿“Es solo qué”? Habla conmigo, Ana. Quiero que sepas que cuentas conmigo para lo que necesites.

Suelto un segundo suspiro discretamente lejos de la bocina.

—Tengo que hacer un viaje a Abu Dabi, John me ha propuesto que esconda a mi hija.

—Es lo mejor, si Santiago te tiene vigilada, con más razón tienes que hacerlo.

—Si, eso. John me ha dicho que... —no sé cómo pedirlo. —Tengo que esconderla mientras hago mi viaje, Umm... ajustes de última hora —digo.

—¿Dónde piensas esconderla? ¿Es un buen lugar? Tienes que asegurarte que así lo sea.

Siento un nudo en mi estómago.

—John...

—¿John? Ana, si no sabes dónde esconderla aún, puedo tomar la libertad de proponerte algo, mira, sé que no me conoces lo suficiente, solo nos hemos visto unas tres o cuatro veces, pero puedo asegurarte de que más segura no podrá estar. Nosotros podemos cuidar de tu hija.

Se hace un silencio.

—Hudson... —estoy a punto de negarme de último momento.

—Es más, puedes venir a ver el lugar, la finca vecina de la tuya es grande y tiene mucha seguridad.

Suelto un tercer suspiro.

—En diez minutos llevo a mi hija.

—Perfecto, además mi hermana ha llegado, así qué no te preocupes.

—Gracias.

—No, no des las gracias. Lo hacemos porque queremos ayudarte. Las espero... —No contesto, intento evitar que mis lágrimas se deslicen por mis mejillas. Al ver que no digo más... — ¿Estás bien? —la idea de dejarla con su padre verdadero me enmudece.

—Sí, solo era preocupación de llevar a Gianella conmigo, ya sabes... los negocios. Y me preocupa que le pase algo mientras no esté a mi lado... —en cierto confieso la verdad.

Se hace otro silencio.

—¿Cuánto tardará tu viaje? —pregunta, curioso.

—Según el itinerario, es una semana... —digo intrigada a su pregunta. — ¿Estás seguro de que puedes? —pregunto nerviosa.

—Sí, estoy seguro. —se escucha decidido.

—Está bien, hablaré con John, para que lo vea con tu jefe de seguridad —digo algo ansiosa, Gianella podría correr peligro si se iba conmigo a Abu Dabi ¿Estás segura Ana? No quería arriesgar a mi hija. Sería como el juego ¿Dónde quedó la ficha?

—¡Perfecto! —lo escucho contento —Ya mi jefe de seguridad le llama a John, te prometo cuidar a tu hija...

—Gracias —terminamos la llamada.

He releído varias veces el informe de la familia Bennett, he revisado detenidamente cada detalle, me sorprendió no encontrar ninguna mujer, una relación oficial o amantes de parte de Hudson. Estaba totalmente limpio. Adoraba a su familia, subastas, bailes para recaudar fondos, las visitas a familias de escasos recursos y ofrecer su ayuda. Es algo impresionante como ser humano. Su gran imperio y los proyectos que estaban saliendo a la luz eran de admirar. Todo por mejorar el mundo. Me hubiese gustado... no Ana. No vayas por ahí.

Llegamos a la finca de la familia Bennett, Hudson puso al tanto de todo a su familia, Mía, ella feliz de cuidar a mi pequeña.

—No te preocupes por nada —dice Mía sonriendo a Gianella — ¡Nos vamos a divertir, hermosa! —Estefany termina de acomodar la maleta a un lado de la entrada. Habíamos hecho una ruta diferente para llegar con Estefany en otro auto, en caso de que estuviera vigilada. El móvil lo dejó en su habitación, por si estuviese rastreando su ubicación, ella se quedaría junto con Mía, Caleb y Hudson a cuidar de mi pequeña, tendrían seguridad ambas.

Podría ver el alivio en su rostro. Me dio las gracias sinceramente y decidí ayudarla cuando regresara de mi viaje.

—Espero que no cause problemas con el horario de tu negocio —digo nerviosa, es la primera vez que dejo a Gianella en un lugar ajeno a nosotras.

—Claro que no, no habrá problemas... —me inclino hasta quedar a la altura de Gianella, quien me mira con sus ojos azules cristalinos. Quiere llorar...y eso me parte el alma.

—Mami, tiene que viajar pequeña, te quedarás con Mía y sus hermanos. Estefany te ayudará en lo que necesites y yo te estaré llamando... —sus brazos rodean sorpresivamente mi cuello y comienza a llorar.

—Mami... te voy a extrañar —dice entre llanto.

—Yo también amor, pero recuerda que cuando regrese, te llevaré al cine y a comer pizza... ¿Sí? —se separa de mí y limpia sus lágrimas con sus pequeñas manos.

—¿Pizza? —sonríó a la vez que su rostro se ilumina con solo mencionar pizza.

—Cine... parque...muchos juegos —aplaude emocionada.

—¡Sí! —grita emocionada, beso su frente y de nuevo la aprieto a mi cuerpo, aspiro su olor.

Mi pequeña...

—Estará en buenas manos, Ana. —dice Hudson al entrar a la sala. Luce atractivo, su cabello está húmedo, señal de que acaba de bañarse, detrás de él viene un rubio alto, se nota que es un poco mayor que sus otros dos hermanos.

—Bienvenida, señora Lombardi. —dice formalmente el hombre rubio.

—Puedes decirme, Ana. —él asiente con una sonrisa, me reincorporo, atrapo la mano de Gianella, ella se gira y puedo notar sorpresa en Hudson. —Ella es mi hija, Gianella Lombardi.

Hudson se acerca lentamente hacia ella, sus labios se estiran para sonreír.

—Hola, Gianella. —Gianella se recarga de espalda a mí. Mira curiosa, al hombre frente a ella.

—Hola. —dice mi hija. El rubio se acerca y sonríe igual.

—Bienvenida, Gianella. Soy Caleb...

—Hola... —Hudson mira a mi hija con un brillo en sus ojos, o simplemente es mi imaginación.

—Tenemos que irnos. —dice John. Me vuelvo hacia él y asiento. Luego regreso la mirada hacia Hudson, él se reincorpora y me mira detenidamente en silencio, Caleb le dice algo a mi hija y ella ríe. Mía le ofrece la mano para

llevarla al jardín, Gianella acepta, antes de cruzar el pasillo me mira y me lanza un beso en el aire, hago como que lo atrapa y agito mi mano en despedida. Ellas desaparecen y Caleb se retira, dejándome a solas con Hudson.

—No te preocupes, Ana, estará protegida. —asiento en silencio.

—Gracias. En unos días vendré por ella, prometo no volver a pedirte otro favor así.

Hudson se acerca y corta la distancia, estamos demasiado cerca el uno del otro, mis piernas empiezan a temblar.

—Que tengas un buen viaje, Ana. —levanto mi mirada hacia él.

—Gracias. —me vuelvo y salgo de la sala, John me sigue.

Mi cuerpo tiembla con esa cercanía.

“Espero poder solucionar todo y regresar por mi hija...”

Nos retiramos de la finca de los Bennett, con una sensación de tranquilidad y a la vez de nervios.

—Calma —me dijo John. Sonríó intentando estar tranquila.

—Tienes que estar pendiente de todo, no quiero nada de fallas John —él asiente guiñando un ojo divertido.

Vamos en el auto, antes de cruzar la calle principal, John le dice algo a Phillips.

—Espera, creo que fue una buena idea cambiar de auto, ahí van las personas que vigilan a Estefany —una ROVER color plata paseaba buscando una pista.

—Dios mío... —apenas susurro. John toma su móvil y dio indicaciones, señas del auto y ubicación.

—Ya se encargarán los muchachos de ellos, sigue Phillips —avanzamos entre el tráfico al aeropuerto, donde está el avión privado de mi empresa.

—Los quiero alejados de esa zona, John. Es primordial la seguridad de mi hija —él asiente con orgullo.

—Tu hija va a estar muy bien cuidada y protegida, anda sube que tenemos un horario que cumplir —al bajar del auto, el aire se estrella en mi rostro. Subimos a toda prisa, la capitana nos saluda amablemente. Llego a mi asiento, me sirven una botella de agua, John me pasa mi portafolio junto con mi laptop. Se desliza una mesa frente a mí, instalo mis cosas, escucho la voz de mi asistente. Saludo y se sienta frente a mí dejando más papeles y su tableta. Nos ponemos cómodas para empezar a organizar todo de último momento, para cuando toquemos piso en tierras de Abu Dabi, tendremos todo ordenado y

perfecto.

Horas después, mis ojos se cierran. Me disculpo y todos nos damos un descanso. Entro a mí suite privada y me dejo caer sobre la cama gigante. Sin desvestirme ni moverme, cierro los ojos totalmente decidida a dormir un poco.

Capítulo 26

Hudson

Estamos en la gran cocina, desde aquí estamos viendo a la pequeña Gianella sentada en la mesa comiendo una rebanada de pizza, Mía la mira embelesada, con esos ojos curiosos. Acaricia la melena suelta de Gianella.

—¿Quieres que te recoja el cabello? ¿No tienes calor? —la niña con una sonrisa le dice que si, Mía se levanta su manga de su camisa rosa y se retira una liga negra, le hace señas a la pequeña para que se gire un poco y agarrar su larga melena.

—¿Quieres más jugo? —le pregunta Estefany a la pequeña quien niega mientras da un gran mordisco a su rebanada de pizza.

—Recuerdo haberte visto en algún... —detengo mis palabras. El día en el restaurante, la barra, ella recogiendo el cabello de la niña, luego abro mis ojos como platos al ver desde aquí la marca en su cuello. Estefany me observa extrañada.

—Si, ahora lo recuerdo. —me muevo de mi lugar y miro a Caleb que está concentrado en la pequeña.

—Te había preguntado acerca de... —le hago señas a Estefany cuando se me ha escapado la palabra. —...lo que tiene en el cuello.

Caleb presta ahora atención en lo que estoy diciendo.

—¿Es la niña de la marca de la familia? —murmura cerca de mí. Afirmo mientras me acerco, Mía se inclina y observa la mancha.

—Oh, Dios mío. —susurra mi hermana, llego a ella, Estefany se levanta a toda prisa asustada a las palabras de mi hermana.

—¿Qué ha pasado? ¿Tiene algo? —Llego a espalda de Mía y desde ahí puedo ver la marca.

—Es la... —levanta la mirada Mía hacia mí, luego mira hacia Caleb, quien se acerca lentamente, con su ceño fruncido.

—Si. Es... —le digo a Caleb, él lanza una mirada a Estefany quien mira confundida la situación.

—¿Es que? —pregunta Estefany, Caleb se adelanta.

—Nada, vemos que es un lunar, ¿Verdad, Mía? —Mía entiende la situación.

—Oh, si, es que es un lugar curioso, casi no hemos visto lunares así de ese color. —Estefany arruga su entrecejo confundida más.

—¿Así? Yo hace unas semanas lo noté, pensé que era un golpe o algo, la señora Lombardi me dijo que es un tipo de marca...que desde bebé lo tiene. —Todos estamos congelados en nuestro lugar. Estefany parece no darse cuenta. La niña se levanta agitando de un lado a otro la coleta, cruza las puertas estilo francesas y entra a la estancia donde se encuentra una pantalla grande.

—Bueno, creo que ... —Mía no puede seguir hablando.

—Creo que debemos descansar, ya es algo tarde. —dice Caleb a toda prisa. —Ven Estefany, les mostraré la habitación. —se vuelve a verme y me hace señas de que no me mueva de aquí.

Veo como Estefany va por Gianella y la lleva a las escaleras siguiendo a mi hermano Caleb.

—¿Viste lo que yo vi? —susurra Mía sentada en el mismo lugar distrayéndome.

—Es la marca de la familia. —digo aún en shock.

—Es la marca de la familia, Hudson. —ella levanta su mirada hacia mí.

—Es lo que he dicho.

—Y yo he dicho eso... —respondo.

—¿No entiendes verdad? —arrugo más mi entrecejo.

—¿Crees que Caleb...? —Mía se levanta bruscamente de su lugar.

—¿En serio? —pregunta casi en histérica.

—¿Qué? —suelto, ella niega y se deja caer en la silla.

Caleb entra y cierra las puertas francesas que dan a la cocina y la otra puerta que da al pasillo.

Se pasa la mano por su cabeza y se cubre, al bajarlas se pone las manos en jarras sobre su cintura.

—¿Mía entiendes la situación? —Mi hermana le lanza una mirada segura, luego ambos me miran, me cruzo de brazos y arqueo la ceja.

—¿Qué? —digo a la defensiva.

—La marca de la familia. —dicen al mismo tiempo.

—Si, ya dije, la he visto, incluso primero que ustedes.

—Bueno, no es mi hija porque no he estado embarazada los últimos meses. —dice sarcástica, Mía.

—Ni yo, me he operado cuando estuve en la universidad, ya saben, andaba de mujeriego. Así qué no pueden decirme nada... —siguen mirándome

detenidamente ambos.

Entonces entiendo.

Abro los ojos como platos.

A punto de salir de su órbita.

El corazón late frenéticamente.

—Es...

No puedo hablar, mis palabras se esfuman.

Caleb camina hasta a mí, pone su mano en mi hombro.

—Hudson, la niña es tu hija, no cabe duda.

Después de un largo silencio, Mía se levanta, se acerca a mí, luego me abraza. Sigo congelado con solo la idea de que realmente podría ser mi hija. Mi mano responde y la rodea, Caleb se acerca y sonríe.

—Primero que todo necesitamos hacer la prueba de ADN para confirmar, aunque podría apostar todo a que realmente es tu hija.

Mía se separa y tuerce sus labios.

—Necesito ir a mi piso, necesito cosas. ¿Puede uno de seguridad llevarme? —asiento. —¿Puede ir conmigo Gianella? —me tenso.

—No, la niña se queda aquí, Mía. No vamos a arriesgarla. —Mía arruga su entrecejo.

—Nadie sabrá que está conmigo. —Caleb levanta una ceja.

—Está bien, tienes razón, hay que usar los autos blindados.

Después de varias horas, Mía sigue empacando. Le marco por decima vez, me ha dicho que ya pronto, pero se ha hecho de noche, maldigo entre dientes. Caleb intenta tranquilizarme pero es imposible. Mi hermano dice que es mejor que no se muevan hasta en la mañana, la seguridad está en el edificio custodiando cada movimiento. Pero aun así, no estoy tranquilo.

—Ya he mandado el peine de Gianella para hacer la prueba del ADN.

Me tenso más. Miro mi reloj y ya son más de las once de la noche.

—¿Estás bien? —dice quedándose a mi lado mientras miro hacia el jardín, perdido en algún punto y pensando miles de cosas. —¿Hudson?

Me giro hacia él.

—Voy a ir al departamento de Mía, no estoy tranquilo. —Caleb levanta una ceja, intrigado.

—Están bien, Hudson, tranquilo. —me muevo bruscamente cuando intenta poner su mano en mi hombro. El nudo en el centro de mi estómago crece con intensidad.

—No estoy tranquilo, tengo que ir con ellas. Es algo que siento aquí —le

señalo mi pecho —no me gusta nada... —alcanzo mi americana y me dirijo a la puerta, notifico a James mi jefe de seguridad que necesito estar ahí cuanto antes.

—No tenías que molestarte en venir conmigo —Caleb está sentado a mi lado, el cabrón sonríe plácidamente.

—Quiero conocer más a mi sobrina, además... ¿Cuándo les dirás a nuestros padres de tu hija? —dice directo.

—Ya que tenga en mi mano esa prueba de ADN y realmente confirme que Gianella es mi hija...veré como después. —me aprieto el puente de mi nariz por la frustración a su pregunta. Tengo miedo, miedo de saber que soy padre, nunca había pasado por mi cabeza si quiera pensar en ello. ¿Gianella sería mi hija? La marca de la familia es indiscutible, pasa a cada hijo de la generación Bennett, mis dos hermanos y yo...somos los últimos en la sucesión. Ahora, otra marca llega...cierro los ojos e intento pensar detenidamente. Había repasado una y otra vez esa noche, no recuerdo no haber utilizado protección, soy muy cuidadoso con ello. ¿En qué momento ha pasado? Entonces pensamientos llegan a mí, ¿Ella sabrá que no es de Santiago? Puede que no sepa... ¿O sí?

—Está bien, yo podría ayudar, antes de que nuestra madre caiga en un infarto por la gran noticia. ¿Recuerdas la insistencia de que la hiciéramos abuela? ¡Inclusive a Mía! ¡Por Dios! —sonreímos al imaginar a nuestra hermana en el rol de madre.

Sería una locura y claro, una excelente madre.

—Será que... ¿Es muy tarde para ordenar una pizza gigante para cenar? —miro la hora ya es medianoche.

—Es New York, Caleb —el auto nos deja frente al edificio de Mía veinte minutos después de pasar por una pizza.

Bajamos y puedo ver dos hombres vestidos de negro en la entrada principal, Caleb y yo nos quedamos extrañados. Jeremy se acerca a ellos y notamos que dicen algo. Nos detenemos a unos metros del elevador. Jeremy habla por su micrófono y se despide. Se acerca a nosotros.

—¿Quiénes son? —es lo primero que pregunto cuando llega a nuestro lado.

—Son seguridad de la señora Lombardi, John los ha mandado. —hace un gesto con sus labios. ¿Qué pasa?

—¿Qué pasa? —pregunto incómodo.

—No, nada, señor Bennett, no pasa nada —pero su mirada me hace pensar diferente. Suena el timbre de la llegada del elevador. Entramos y por decimas de segundos pude captar la mirada de uno de ellos sonriendo y con una mirada fría. Eso heló mi sangre. Las puertas se cierran y miro a Jeremy incómodo. Esa sonrisa no es de amabilidad u otra cosa.

—Pide a Frank y a Guillermo que nos espere con el auto en el subterráneo —Jeremy y Caleb me miran en shock.

—¿Qué...? Si vamos llegando —dice Caleb con la caja de pizza en las manos, Jeremy me mira.

—¿Lo ha visto? —me pregunta directo. Afirmo.

—Ha sonreído de una forma que no me da buena espina y no pienso arriesgar a mi familia por nadie... —afirma tomando su móvil y daba instrucciones a Frank.

—Lo más preocupante, es que él fue uno de los escoltas que debería estar protegiendo a la señora Lombardi el día del evento cuando fue atacada —el corazón se me acelera, las puertas se abren y vamos a toda prisa al departamento de Mía.

—¿Atacaron a Ana? ¿Quién? —Caleb está muy sorprendido.

—El día del evento de Mía, llegó alguien no sabíamos quién, pero al final dijeron que fue Santiago. La golpeó y estuvo a punto de matarla en el mismo baño, John avisó a Jeremy ya que ella llevaba un micrófono, y no podía llegar a tiempo, Jeremy escuchó que estaba protegiendo a Gianella —tocamos el timbre de Mía pero no abren. El cambio de guardia no ha subido aún, es más alertante y Jeremy lo sabe.

—¡Mierda! ¡Santiago en realidad le quiere hacer daño a toda costa! Tienes que protegerlas Hudson —casi la caja se le cae de las manos cuando Estefany toda soñolienta abre la puerta.

—Necesito que alistes a Gianella, Caleb levanta a Mía, Jeremy revisemos las cámaras quiero cerciorarme de que siguen en sus lugares — todos hacen lo que he ordenado, las cámaras del piso de Mía abarcan todo. Puntos ciegos, puntos donde no debía de haber cámaras, las había. Mía es como yo en eso de seguridad.

—Siguen en sus lugares —suena el móvil de Jeremy y contesta rápido.

—¿Qué? ¿Estás seguro? —me giro a ver a Jeremy quien está pálido y aprieta su mandíbula — ¡Espéranos en el callejón que da a las escaleras de incendio! ¡INCOGNITO FRANK! —cuelga bruscamente.

—¡Tenemos que irnos! ¡Ahora! —salimos a toda prisa, Mía estaba

bajando las escaleras a toda prisa de la mano de Gianella quien está aún intentando despertarse.

—¿Qué pasa? —Mía pregunta alertada. Caleb termina de bajar las cosas de Gianella.

—Tenemos problemas, tenemos que bajar por las escaleras de incendio, ¡Vamos, vamos! —Caleb toma a Gianella en brazos y ésta lo abraza a su cuello.

—¡Vamos Estefany! —toda temerosa sigue a Mía, a Caleb y a Gianella. Jeremy desenfunda su pistola y alerta apunta a la puerta principal.

—¡Baja Hudson! —ordena Jeremy, bajamos todos con cuidado por las escaleras, el aire frío nos golpea contra cuerpo. Jeremy cierra todo para evitar que sospechen que bajamos por aquí, casi diez minutos después ya nos queda un piso para llegar a tierra y subir al auto que está encendido donde nos espera Frank., escuchamos disparos a lo lejos, y las mujeres pegan un chillido, Gianella comienza a llorar y a pedir por Ana. El corazón se me encoge. No quería que la niña tuviera estas imágenes en su niñez, Mía intenta calmarla. Subimos al auto y arranca Frank. Pude respirar, por un momento... estábamos a salvo.

Capítulo 27

Hudson

El móvil de Mía suena.

—¿Gerard? Sí, no... ¿Qué? ¡¿QUÉEEEEEE?! ¡Malditos! No estoy, necesito que no des información de nada, te llamo más tarde —cuelga.

—¿Qué pasó? —preguntamos al mismo tiempo los dos, Mía nos mira con un rostro cargado de furia

—¡Entraron al departamento y al parecer destruyeron mi escultura! Gerard llamó a la policía y se escaparon en segundos. El subterráneo había más de cuatro autos blindados —el corazón se me acelera.

—Venían por mí y por Gianella —dice en un susurro Estefany. Nos giramos a ella.

—¿De qué hablas mujer? —dijo Caleb preocupado.

—¡Él nos ha encontrado! ¡Ahora no parará hasta dar con nosotros! —chilla y rompe en llanto.

—¿Cómo han dado con este lugar?! —grito desesperado, el solo pensar que han dado con este lugar me hace hervir la sangre.

—Santiago, Santiago el esposo de la señora Lombardi es poderoso y...

—Tenemos que investigar cómo han dado con el piso de Mía. —balbucea Caleb. —Pensar que según estaba muerto...

—No... no... el no murió... regresó... y por la señora Lombardi, él sabe de la existencia de Gia, él la quiere, quiere hacerla sufrir.... Y juró...que... —el llanto no la deja darnos la información. —Mía agarra a Gia, al ver a Estefany en ese estado.

—¡Calma! Respira —dice Mía quien tenía abrazada a Gianella y le había puesto los audífonos con música.

—Dime, respira... y juró ¿Qué? —pregunto desesperado, mientras el auto se pierde en el tráfico de la madrugada.

—Dijo... dijo que se vengaría de ella, dándole donde más le duele... —dijo cuándo Caleb, Mía y yo dijimos al mismo tiempo.

—Gianella —la sangre me hierve más.

—¡Eso no lo voy a permitir! ¡Primero muerto antes de acercarse a Ana y a mi hija! —digo con furia y dientes apretados. Estefany abre los ojos como

platos al escuchar que es mi hija.

—¿Su... su hija? —pregunta pálida, afirmo sin importarme nada más, ni la prueba de ADN.

—Es algo que Ana no sabe aún, así que está prohibido una palabra de esto. Ahora lo que hay que hacer es pensar en protegerlas más... —nos recargamos en nuestros asientos.

Tengo que pensar cómo protegerlas.

—Lo mejor sería que regresáramos a Los Ángeles, con Gianella. Y explicarle a Ana lo sucedido. Y que se vaya directo hasta allá. Ahí puedo protegerlas con más seguridad, y con todas las de Bennett —Caleb se gira a mí.

—Cuenta conmigo —y Mía me mira con esa mirada de furia contenida.

—Y conmigo... —siento ahora más fuerte el apoyo de hermanos. Contemplo a Gianella quien se ha quedado dormida en brazos de Mía con los audífonos puestos.

Tenía que velar por ellas, aunque la vida se me fuera en ello.

—Hemos llegado —desperté a mi hermana, quien abrazaba a Gianella mientras dormía. Habíamos tomado el avión directo. Ya que Ana pudiese comunicarme conmigo, le informaría.

Bajamos del auto y yo cargo a Gianella en brazos. Su rostro cae de lado en mi hombro, su pequeña mano, reposa en mi otro hombro casi en un abrazo. Ha despertado en el avión una hora después de despegar de New York y apenas al bajar en Los Ángeles estaba de nuevo dormida en brazos de Caleb.

Estefany venía con el rostro descompuesto, esta aterrada por lo que ese hombre podría hacerle. Pero le prometimos que cuidaríamos de ella.

Jeremy se encargó de organizar todas las cosas de Ana y de Gianella y mandarlas aquí. A mi casa. Ahora y por indefinido tiempo sería de ellas, hasta cazar a Santiago Coppola. No estaría tranquilo hasta verlo enterrado bajo tierra. Pero primero muerto antes de tocarlas. Y es algo que no estaría a discusión.

Llegamos al ático, las puertas del elevador se abren y nos espera Kelly con un rostro de felicidad y pasando a la de angustia. Abre los ojos de la sorpresa al verme cargando a mi hija. Su rostro eufórico me hace sonreír.

—Bienvenidos, ¿Cómo está la pequeña? —se acerca a saludarla.

—Viene dormida, ¿Pudiste acondicionar la habitación? Sé que fue de

último momento —digo sonriendo tímidamente.

—No se preocupe, está lo básico, pero en unas horas llegan los muebles que ordenó y quedará perfecto —extiende sus manos para tomar a Gianella y se la entrego con cuidado. Se la hubiese pasado a Estefany, pero en su estado, no es conveniente.

—Puedes acostarla, estaremos en el despacho —miro a mis hermanos y asienten sin antes saludar a Kelly.

—¡En un momento les llevo el café recién hecho! —exclama subiendo las escaleras emocionada al tener a mi hija en brazos, -Jeremy la puso al tanto ya que son esposo- y Jeremy le daba un beso de bienvenida. La acompaña a recostar a Gianella.

—En un momento lo alcanzo, señor Bennett —afirmo antes de perdernos en el pasillo que nos llevaría al despacho.

Entramos, me dejo caer en el sillón. Caleb y Mía se sientan en el sillón de la pequeña sala que adorna el interior de mi despacho. Se quitan sus zapatos y se recuestan.

Están agotados, inclusive yo. Pero no podía dejar de pensar en cómo armar un castillo para evitar que el enemigo llegara a ellas. Sacaría toda la puta artillería pesada.

Observé el reloj de pared, y marcaban las 7:05 am de martes. Ana seguiría volando aún. Esperaba ansioso hablar con ella del tema, estaba en si decirle todo, sin que tome un avión y llegue a Los Ángeles por Gianella y me mande a la mierda, o fingir que todo está bien para que pueda seguir con sus planes de trabajo. Sabía que es importante el viaje y ahora al tener más información de mi parte. Maldigo entre dientes. No sé la historia oficial pero a lo que ha investigado Jeremy, no hay mucho que ver. Murió y ahora está vivo y buscando a mi hija para hacer venganza contra la mujer de mi vida. Mi hija...el solo decirlo en mi cabeza esas palabras...me llena mi interior de felicidad. Aún faltan los resultados, pero algo me decía que efectivamente, Gianella es mi hija.

Tocan la puerta y entra Kelly con el desayuno. Le doy las gracias y después entra Jeremy.

—Desayuna con Kelly, terminamos aquí y nos reunimos —sonríe agradecido y Kelly me guiña un ojo divertida.

Al estar solos, mis hermanos están serios. Pensativos. E idos en sus propias burbujas.

—¿Van a desayunar o tendré que comerme todo yo solo? —reaccionan y

se acercan a desayunar.

—Tenemos que atraerlo y aplastarlo aquí mismo —detengo la tostada a medio camino a mi boca al escuchar a Mía decir esas palabras.

¿Desde cuándo se creía una asesina a sueldo?

Capítulo 28

Hudson

—¿Te estás escuchando? ¡Suenas como Al Capone! ¡No conocía ese lado de Mía *pequeña* Bennett! —sonríe orgulloso Caleb rodeándola con su brazo.

—Aunque es muy peligroso, hay que tener cuidado. Sé que se puede hacer, solo si siempre controlamos hasta el más mínimo detalle... ¿Qué opinas, Hudson? Tengo a Jeff, es un hacker muy pero muy buscado por la CIA y el FBI, puede localizarnos en unos cuantos minutos a ese tal Santiago, hasta el color de su *popis* nos entrega —sigo impresionado por la mente de mi pequeña hermana.

—Desde cuando mi... —el toque de la puerta nos alerta —Pase —digo dejando la tostada con mermelada que no he ni dado una mordida.

—Señor Bennett, mis contactos me han informado que la gente de Santiago sigue en New York, no han podido descifrar la ubicación de su hija —podemos respirar un poco más tranquilo, miro el reloj, podría ser que Ana ya haya tocado piso en Abu Dabi... son 13 horas y 45 minutos llegar, más el tiempo que hemos hecho de New York a Los Ángeles...esperaría una hora indicada para informarle.

—Gracias Jeremy, ¿Gianella sigue dormida? —afirma con una sonrisa — Gracias de nuevo, acércate un momento —termina de entrar al despacho.

—¿Si, señor Bennett? —nos mira en un gesto serio.

—¿Mía? —miro a mi hermana, quien toda emocionada se dirige a Jeremy.

—Jeremy, necesitamos formar un plan para atraer a Santiago y a su gente a Los Ángeles. Armar una emboscada y detenerlo. Tengo a alguien quien podría sacarlo de su guarida, y ¡Atacar! —Jeremy abre sus ojos como platos a las palabras de mi hermana. Siempre es la pequeña mimada de la familia, con su moda, desfiles y sus amigos. Ahora puedo sonar como una persona llena de sed de justicia como en esos personajes de películas de suspenso.

—Señorita Bennett, mi gente y gente externa estamos en eso yo... —Mía lo detiene con una mano en el aire.

—Sé que eres experto y eres un ex militar y todo, pero queremos ayudar. Un poco de ayuda extra nunca está de más, aquí tienes... —sacaba una pluma

de mi portalápiz, y un pedazo de hoja —el número de Jeff Anderson, dile que hablas de parte mía y puede ayudarte en lo que sea... —me mira —inclusive es mejor que Albert...

Nos quedamos callados, Jeremy educadamente toma el número y lo observa.

—¿Es Jeff, Jeff “gusano” Anderson el hacker más buscado por la CIA y el FBI? —Jeremy no puede evitar sonar sorprendido.

—Sí, fuimos compañeros en la facultad en algunas clases, de hecho podría decir que uña y mugre, pero le ofrecieron un trabajo y dejó la universidad, así que de vez en cuando nos llamamos —se gira a mí —el día del evento me llamó para desearme suerte, así que estamos al día —mi hermana en una pose tranquila toma un sorbo a su bebida.

—¡Madre mía! Sí que tenemos a una pequeña Al Capone con caballería y artillería pesada —murmura Caleb.

—Jeremy, si te sirve para buscarlo y sacarlo de la cloaca en la que está, llámalo. Nunca está de más un poco de ayuda extra y ya sabes, el dinero no importa, siempre y cuando ayude para atraparlo pronto —afirma sorprendido Jeremy, después se retira del despacho.

Nos quedamos en silencio observándonos, Caleb se lleva una tostada a la boca lentamente y de reojo mira a nuestra hermana.

—No quiero pensar que tu amigo te haya hecho graduarte a base de engaños informáticos en el sistema de la escuela, Mía Bennett —Caleb suena demasiado serio con una pizca de autoridad de *hermano Mayor*.

—No llego a tanto, pero en este caso, si tengo que disparar una pistola para proteger la vida de nuestra sobrina, sin pestañear con estas, hermosas y perfectas pestañas... lo haré. Inclusive si fuese tu hija... —Caleb palidece a sus palabras y termina de morder la tostada, unos momentos la sigue observando, luego se dirige a mí.

—Es una Bennett, sin duda alguna —y apenas sonrío, sus palabras a mí también me han paralizado, pero en este caso lo dejaría pasar, se trataba de su sobrina.

Terminamos de desayunar, Mía se pone a hacer llamadas a New York, yo estaba de pie en la ventana del despacho, mientras Caleb y sus dedos no

dejaban de teclear en mi portátil, respondiendo y enviando correos de su negocio. Caleb tenía un proyecto, se llama “*Unidos por un techo para la familia*” Con su dinero, dinero de la herencia e inversionistas, y uno que otro patrocinador, llegaba a los lugares con familias que no tenía un techo donde vivir, así como lo básico. A su gran esfuerzo y dedicación, ha dado techo a millones de familias en todo el mundo, sus viajes desde los rincones más oscuros de Estados Unidos, hasta el resto de los continentes. Viajaba demasiado y hacía su labor de corazón. Estaba demasiado orgulloso de mis hermanos, por eso fue mi inspiración para crear artefactos a base de luz solar para las familias que no tenían para comprar lo básico para su hogar. Tocaron la puerta, le digo que “Adelante” y para mi sorpresa, es Kelly. Trae de la mano a mi pequeña hija, quien está llorando asustada y preguntando por su mamá.

Al verme se le iluminaron sus ojos y corre hacia mí, apenas me alcanzo a inclinar para abrirle mis brazos y dejar que se cuelgue como chango en mi cuerpo, sus piernas me enroscaban en mi cintura y sus brazos mi cuello, dejando su rostro hundido en mi cuello, el corazón baila a su acción. Me llena el pecho de orgullo por mi hija.

—¿Eres mi papá? —pregunta con esos hermosos ojos azules.

—¿Cómo? —las palabras se esfuman de mi boca, ella me sigue observando detenidamente en espera a que diga algo.

—Estefany me dijo que tú eres mi papá... —cierro los ojos y maldigo entre dientes, ¿Qué parte de que no digas nada no ha entendido?

—Es mi culpa, disculpe señor Bennett. —dice Estefany en el marco de la puerta, puedo ver el sonrojo de sus mejillas.

—Está bien, no te preocupes, es solo que no quiero que sepa Ana.

—Hoy llegan los resultados, me han confirmado. —el corazón se acelera más.

Gianella mira hacia Caleb, Caleb se levanta de su lugar y sonríe.

—¿Tú también eres mi papá?

—No, no soy tu papá, yo soy tu tío Caleb, él es tu papá... —dice Caleb dejando un beso en su mejilla.

—El día de la pizza vi tu marca, mientras hablabas con Mía, nos dimos cuenta y... —miro a mis hermanos. —Ella es demasiado pequeña para entender, ¿Verdad?

Todos asienten.

Ella me mira con ese hermoso brillo en sus ojos azules, es muy parecida a

Ana...

Sin duda de grande aparte de inteligente será hermosa. Como su madre.

Capítulo 29

Ana

—Maletín, portafolio y el nuevo móvil —John me informa mientras subimos al elevador del hotel Jumeirah At Etihad Towers. La ansiedad por saber de mi hija, no me deja pensar en nada.

—Quiero llamar a Hudson, ¿Me facilitas el número? —pregunto a John, él afirma. Entramos a la suite principal, la habitación más cara. No había encontrado mi asistente una más sencilla, según la ocupación, el hotel está lleno.

John deja a mi asistente en la habitación continua, él y tres de seguridad vienen con nosotros. Incluyendo a Phillips. Pido que me dejen sola y les informo que no quiero interrupciones, a menos que fuese muy importante. Miro mi reloj y marca las 7:25 pm, comienzo a contar las horas en mi mente, serían las 11:15 am. Suelto el aire que estoy reteniendo por la preocupación, algo, algo me decía que está pasando algo.

Un tono, dos tonos y finalmente escucho la voz de Hudson. Me dejo caer un poco más tranquila en la silla que adorna la preciosa habitación.

—Bennett —contesta en un tono serio.

—Soy... yo. Es mi nuevo número —escucho como suelta el aire y suaviza su voz.

—Oh, Ana... estaba esperando tu llamada —el alivio es verdadero.

—¿Cómo están? ¿Gianella? ¿Cómo está mi pequeña? No he dejado de pensar en ella, algo no me deja concentrarme, dime que están bien... estoy a punto de tomar de regreso el avión —digo casi con la voz entrecortada.

Se escucha un suspiro y eso no me gusta. No en la forma que me hace sentir.

—¿Hudson? —pregunto nerviosa.

—Quiero que te tranquilices, no vas a tomar ningún avión. Está muy bien Gianella, acaban de regresar de desayunar, ¿Quieres hablar con ella? —sonrío.

—Sí, quiero escucharla, gracias —se escuchan pasos y murmuraciones.

—¡Mami! ¡Mami! ¿Ya vienes? —sonrío a punto de llorar de la emoción de mi pequeña. No puedo hablar del nudo en mi garganta.

—Aquí estoy mi amor, en unos días llego a casa, quiero que te portes bien, ¿Está bien? —se escucha su risa.

—¡Si mami! Mi tío Caleb me va a llevar al Zoológico —me sorprende sus palabras. ¿Tío? Se escuchan de nuevo murmuraciones y risas.

—¿Gianella? —y regresa a la línea de nuevo con risas.

—¡Si mami! ¡Al Zoológico! ¡Quiero ver elefantes! ¡Jirafas! ¡Pájaros! Mi p... —ya no se escucha mi pequeña.

—¡Ana! Disculpa Gianella salió corriendo hacia la terraza con Mía, no le hagas caso, ya sabes niños — ¿Terraza? Su finca no tenía ninguna terraza.

—¿En dónde están? —pregunto en tono seco.

—En casa, bueno en la finca... la finca. ¿Cómo va todo? —me está evadiendo.

—Voy a preguntar de nuevo, Hudson. ¿Dónde están? —se hace el silencio. ¡Me está mintiendo! ¿Por qué no me han dicho que se han movido?

—Ana... —dice en un susurro que me hace levantar de la silla.

—¡Nada de Ana! ¿Dónde están Hudson? —suelto un suspiro de rendición.

—Deja que te explique... —se corta la comunicación, y sin pensar un segundo más, salgo al pasillo a toda prisa, golpeo la puerta de John quien se asoma alerta hasta mí. Sin poder decir algo, muevo el móvil en su rostro.

—¡Quiero ubicación de Gianella! ¡Ahora! —John a toda prisa, abre su laptop y su equipo de rastreo, el relicario de Gianella tiene un chip de rastreo. Teclea John con una velocidad y puedo ver esa arruga en su frente de intriga y sorpresa, sus ojos que están clavados en la pantalla del monitor, después se gira a mí.

—Están en Los Ángeles —dice en un susurro, me quedo en shock. ¿Qué hace mi hija en Los Ángeles, cuando hace unas horas la dejé en New York? Son casi 11 horas de viaje...

Suena de nuevo el móvil y con las manos temblorosas contesto.

—¿Qué hace mi hija en Los Ángeles, Hudson? —apenas puedo hablar al sentir el terror y el nudo en mi estómago del por qué pudieron haberse llevado a mi hija. ¿Acaso sabe que es su hija?

—¿Qué no me has escuchado todo lo que he intentado explicar? —tomo aire y lo suelto al ver que John me pide paciencia. Me quita el móvil y tomo lugar en la silla que ocupaba él.

—Soy John, Ana está demasiado alterada y se ha cortado la comunicación. ¿Puedes explicarme de nuevo? sí... si... ¿Ellos? ¿A qué

horas?... sí, oh muy bien. Claro, sí. Vamos llegando, gracias. Le voy a explicar y cuando se calme que te regrese la llamada. Y Hudson... gracias —espera otros segundos escuchando algo y luego cuelga.

—Dime... —intento tomar aire para tranquilizar los miles de pensamientos que cruzan por mi mente.

—Hudson salvó a Gianella de las manos de los hombres de Santiago. Encontraron la finca y el departamento de Mía Bennett y lo destruyeron, alcanzaron a escapar por las escaleras de incendio y uno de seguridad los estaba esperando para escapar, se fueron directo al aeropuerto, tomaron el avión privado de Hudson y llegaron a Los Ángeles, de no ser por Hudson y la acción de Jeremy pudieron escapar, Ana... esto está saliéndose de las manos. Por poco... —John se gira dando su espalda hacia a mí y de un movimiento golpea con su puño la pared, haciendo sobresaltarme de mi lugar.

Aun no podía masticar lo que me acaba de decir, si solo me hubiese traído a mi pequeña... ¡Esto no estuviera saliéndose de las manos!

—John...quiero ir por mi hija, ¡Ahora! —decidida me levanto de la silla.

—Espera, deja pensar en algo —niego repetidamente, mientras avanzo a la salida.

—¡No! ¡No voy a perder a mi hija! —grito, estoy furiosa de pensar que Santiago estaba casi logrando su meta.

Volverme loca.

—¡No voy a permitir que llegue a ustedes! ¡Deja pensar en algo rápido! Necesito que estés calmada... —toca su mano adolorida por el golpe —Tengo que pensar en algo, pero primero voy a liquidar a la persona que está pasando información —me quedo sin habla.

—¿Qué? —digo recargándome en la puerta.

—Tenemos de nuestro lado no solo a uno, si no a dos aliados de Santiago —su mandíbula se tensa.

Y mira hacia la otra pared.

¿Mi asistente?

Capítulo 30

Hudson

Miro de nuevo los resultados de ADN de Gianella, estoy congelado en mi lugar. Caleb está frente a mí sentado en el sillón individual y al lado está Mía; hace dos horas había terminado de hablar con John donde le cuento todo lo sucedido. Ahora, aquí estoy confirmando que Gianella...es mi hija.

No estoy seguro como, pero sé qué pelaría por ellas. Por qué se han vuelto ahora parte de mi vida. Pero algo me carcome por dentro, ¿Ana sabe que yo soy el padre? ¿O simplemente nunca se ha enterado? ¿O sea ha enterado Santiago y por eso quiere hacerle daño? Cierro mis ojos mientras arrugo el documento en mis manos.

—Tranquilo, Hudson. —abro mis ojos y las lágrimas comienzan a caer por mis mejillas. Caleb se preocupa y se levanta a toda prisa hasta llegar a mí, luego mi hermana del otro lado, intentan tranquilizarme, pero no puedo, soy como una presa que se ha desbordado. Cubro mi rostro con ambas manos y sigo llorando.

—Tranquilo, llora. Espero que sea de felicidad esas lágrimas, hermano. —susurra Mía.

—Ella...ella es mi hija. —digo entre llanto.

—Si, efectivamente es tu hija, es nuestra sobrina. Tienes que tranquilizarte y hablar con Ana.

—Ese es el secreto de Ana, Hudson. Ella ha quedado embarazada de ti.

Lloro y por un momento ya me puedo tranquilizar, suena el móvil y es el de mi hermana, ella se aleja y comienza a hablar.

—¿Qué? ¿A qué horas? ¿Cómo sabes que estamos los tres aquí? — levanto mi mirada y lo hace igual Caleb.

—¿Quién es? —preguntamos a toda prisa.

Mía levanta su mano para que detengamos nuestras próximas preguntas. Finalmente termina la llamada y nos mira.

—Son nuestros padres. Vienen en camino... —Caleb se levanta a toda prisa.

—¿Cómo sabe que estamos aquí? Aun nadie sabe. —Mía se deja caer en el sillón, pone los ojos en blanco.

—¿Cómo crees que se han enterado? ¿Quién nos ha enseñado esto de la seguridad? ¿Investigación? ¿Rastreo? —muestro una sonrisa a medias.

—Ellos. —asiente Mía.

Sueltan un suspiro mis hermanos. Bajo la mirada a las hojas arrugadas en mis manos.

“Es mi hija”

—¿Entonces? —pregunta Caleb cuando se levanta para tomar un vaso, luego lo llena de licor. Da un sorbo, lo disfruta, luego se vuelve hacia nosotros.

—Esperar a que llegue, Ana. Hablaré con ella y aclararemos esto. Ahora que es confirmado que es mi hija, no voy a permitir que me aleje de ellas. Acerca de Santiago, hay que hacer un plan, si es posible alejarlas a ellas de todo esto.

Cuatro días después, una tarde transcurre, Mía juega con Gianella en la mesa que adorna la sala, están sentadas sobre almohadones y están poniendo uñas de plástico, mi hermana parece una niña a su lado, Gianella está divertida a sus gestos.

Dejo a un lado el libro que estaba leyendo, cruzo mi pierna por encima de la otra y sigo contemplando la escena frente a mí.

El móvil suena, al sacarlo de mi americana, es de la empresa. Me retiro para contestar en privado, después de ordenar unas cosas de la empresa, me dejo caer en mi silla del despacho. Sigo pensando miles de cosas, situaciones del pasado donde intento buscar una respuesta. Ana había confesado que Santiago había abusado de ella, el solo repasar sus palabras dentro de mi cabeza, hierva la sangre, el solo imaginar lo vulnerable de ella, en manos de ese maldito, me hace enfurecer con rabia. Seis años buscando una pista acerca de su paradero, aunque suene ridículo...Ana se había metido debajo de mi piel. El móvil suena por segunda ocasión. Sin mirar contesto.

—Bennett.

—¿Hudson? —es Ana.

—Soy yo, ¿Estas bien? —es lo primero que pregunto.

—Si, gracias. ¿Cómo está mi hija? —querrás decir, “nuestra hija” suelto un suspiro.

—Bien, muy bien. Está con Mía poniéndose uñas de colores... —se escucha una risa discreta.

—¿Y tú...cómo estás? —me sorprende su pregunta.

—Bien...gracias por preguntar. —se hace un silencio.

—Regreso el día de mañana por la noche.

El corazón baila a sus palabras.

—Me parece perfecto. Gianella te extraña mucho. —suelta un suspiro.

—Gracias por cuidar a mi hija, Hudson. Por haber salido a tiempo... —
se escucha un susurro, luego como si se estuviese conteniendo.

—No es nada. —me armo de valor. —Quiero saber que cuando llegues,
tenemos que hablar ahora sí, solo tu y yo.

—Sí. Tengo que hablar de una cosa muy importante...es algo que cargo
con ello y tú estás involucrado. —abro mis ojos de más, mi piel se eriza.

—¿Involucrado?

Capítulo 31

Ana

Mi corazón late frenéticamente, había hablado con John, acerca de decirle la verdad. John había perdido a su esposa y a su hija de diez años hace tiempo atrás, habían sido asesinados por sicarios, antes de haberse unido a las fuerzas aéreas de china. John...sabía a la perfección lo que es perder a un ser amado, después de la llamada con Hudson, había quedado en un momento de seriedad.

“Tienes vivo al padre de Gianella, sabes lo sucedido en el pasado, el hombre nos está ayudando sin saber que a quien está protegiendo es a su hija. He pensado detenidamente todo esto, desde que he descubierto que Hudson Bennett quien es en verdad, que es el hombre del cual te has enamorado años atrás, ahora, está presente. Cuando tengas la oportunidad que muchos no tienen, habla con la verdad.”

Y ahora, estoy hablando con Hudson en que debemos hablar.

—Sí, involucrado. Pero es un tema que tocaré cuando llegue a Los Ángeles.

—¿A qué horas llegas? —Hudson pregunta a toda prisa.

—A las ocho de la noche tocamos suelo en Los Ángeles. Iré por mi hija y nos hospedaremos en un hotel.

—No, no. Esta es tu casa también, Ana, Gianella tiene su propio espacio, hay más habitaciones en el ático. De eso no tienes por qué preocuparte, también hay un ala del departamento donde está el personal de seguridad y hay suficiente espacio para ellos.

—¿S-Seguro? —pregunto algo sorprendida a su propuesta.

—¡Claro que estoy seguro! —esa emoción me hace sonreír.

—Está bien, le diré a John. —escucho un suspiro del otro lado de la línea.

—Si hubiese sabido quien eras en aquel tiempo y el infierno que estabas pasando...hubiera hecho algo, Ana.

El nudo en mi pecho se expande con gran velocidad. Cierro los ojos y niego repetidamente.

—El hubiera no existe, Hudson.

—Lo sé, pero quiero que sepas que si existiera, esto no estuvieran pasando.

—Gracias. Buenas noches. —y cuelgo la llamada, lanzo mi móvil en el centro de la cama, me abrazo a mí misma y las lágrimas caen. Caen como cascadas, desajusto mi cinturón y lo lanzo a la alfombra, luego las zapatillas, descalza camino hasta el sillón que adorna a un lado de la gran ventana. Me siento y alzo las piernas hasta pegarlas a mi pecho, mi barbilla las dejo en mi rodillas y comienzo a repasar esa noche...una noche en la que el tornado del deseo y el placer, hicieron de las tuyas con aquel hombre misterioso. Un hombre que ahora...cuida de nuestra hija. El destino es sabio...

El mundo es demasiado pequeño cuando menos lo piensas.

Después de varias horas de viaje, casi doce horas, hemos llegado, es de noche, el ruido del motor cesa poco a poco, alcanzo mi bolso y mi asistente está centrada en recoger una maleta pequeña y mi maletín.

—Está todo listo. —dice John antes de que me levante de mi lugar, lanza una mirada a mi asistente, quien sigue concentrada en que no se haya olvidado algo.

—Gracias. —me levanto y avanzo con mi bolsa detrás de John y otro de seguridad detrás de mí, escoltan a mi asistente otras dos personas.

Al salir en el comienzo de la escalera, John me hace una seña, cuando levanto la mirada hacia donde me dice, mi corazón se agita, es Hudson con Gianella en brazos, ella los agita para que vea que es ella, mi labio tiembla, cinco días sin ella, me ha sido una eternidad. Intento bajar los escalones lo más rápido que se me da para llegar hasta ella, la pista está sola, tenemos la seguridad alrededor al pendiente de cualquier cosa. Por un momento olvido todo cuando toco el suelo, le entrego a John mi bolsa y corro hacia Gianella quien viene hacia a mí y Hudson detrás de ella.

El corazón se vuelca de la emoción a esta escena. A unos cuantos metros de mi hija, me siento sobre mis talones y abro mis brazos con una gran sonrisa, Gianella acelera el paso y se abalanza sobre mí con fuerza. Casi caigo pero me alcanzo a equilibrar, Gianella comienza a decir muchas cosas a toda prisa, ríe, me llena de besos y me vuelve a besar una y otra vez, lágrimas caen en este hermoso encuentro, madre e hija juntas.

—¡Te he extrañado como no te imaginas! ¡Mi niña hermosa! —la abrazo con fuerza a mi cuerpo.

Cierro los ojos y disfruto su aroma. Cuando los abro Hudson se limpia la

orilla de su ojo discretamente. ¿Eso es una lágrima?, me repongo y cuando su mirada se detiene en mí, le sonrío.

—Bienvenida, Ana. —se ve atractivo, está en un traje de tres piezas, su rostro muestra algo diferente en la forma que me ve, intento evitar esos pensamientos.

—Gracias. —me separo de Gianella y comienzo a inspeccionarla, —Vaya, estás muy grande desde que te dejé... —ella ríe a mi comentario.

—Mucho —dice entre risas, le acaricio su mejilla y la contemplo por unos segundos más.

—Espero te hayas portado bien —ella sonrío más y comienza a contarme del Zoológico.

—Vamos, es tarde. —dice John a mi espalda, Gianella lo mira y se separa de mi abrazo y corre con John quien la alza en el aire y le regala un beso. Me reincorporo, miro hacia la espalda de John y veo que a lo lejos sigue mi asistente escoltada.

—¿Está todo confirmado? —pregunto a John, él me hace una seña discreta en afirmación.

—¿Qué está confirmado? —pregunta Hudson preocupado, me giro hacia él.

—Nada importante. ¿Nos vamos? —Hudson duda pero finalmente asiente.

—Espero podamos hablar, Ana. —dice Hudson cuando se acerca a mí oído discretamente.

Por un momento nuestra mirada se queda en cada uno, como si quisiéramos encontrar algo en aquellos ojos. Asiento lentamente, mi mirada inevitablemente baja a su boca, trago saliva y alejo esos pensamientos que me acosan cuando estoy cerca de él.

Cuarenta minutos más tarde, hemos llegado al edificio donde se encuentra el departamento de Hudson, hemos entrado por el subterráneo. En el transcurso del camino ha reinado el silencio. John y Jeremy se pasan toda la información acerca de lo sucedido hace días. Gianella está en mis brazos dormida, la contemplo durante minutos, hasta que tengo que bajar y cargarla hacia el elevador.

—Yo la llevo. —dice Hudson, me niego pero él insiste. Dudo por unos momentos, pero al ver su expresión en su rostro, se la entrego. Le sigo detrás mientras observo la mejilla de Gianella sobre el hombro de Hudson, está

plácidamente dormida.

Subimos al elevador, Hudson con Gianella, yo, John y el jefe de seguridad de Hudson, Jeremy.

Las puertas se abren en el último piso, eso me hace sonreír mentalmente, igual en New York, dueño de otro ático. El lugar es demasiado frío, colores negro y gris reinan en el lugar, los grandes ventanales muestran los edificios vecinos. Me acerco para admirar la vista nocturna, lanzo una mirada rápida luego me vuelvo hacia Hudson que sigue cargando a mi hija.

“Nuestra hija”

Eso me recuerda que tenemos que hablar del tema. Me abrazo a mí misma, John me hace señas de que seguirá a Jeremy, asiento en silencio.

—¡Llegaron! —expresa emocionada la hermana de Hudson, Mía.

Se acerca a mí para saludar, acepto el saludo amablemente.

—¿Cómo estuvo tu viaje? —pregunta ella.

—Bien, gracias. —no digo más, ella sonríe y se da cuenta que está tenso el ambiente.

—¿Qué tal si yo misma llevo a Gianella a su habitación a descansar y así ustedes pueden ponerse al día? —Hudson me mira detenidamente en espera a que conteste.

—Me parece bien, gracias Mía. —ella alcanza a agarrar a Gianella y alcanzo a ver un punto rojo moviéndose en la pierna de Gianella, luego en su espalda, entonces entiendo.

Todo sucede en cámara lenta, abro los ojos del pánico, mi cuerpo tiene la intención de abalanzarse sobre Gianella, pero Mía alcanza a abrazarla y se escucha gritos, vidrios hacerse añicos, caigo en el suelo, el grito de Mía es fuerte, se escucha otro disparo, cierro los ojos y grito del miedo.

—¡¡¡ABAJO!!! ¡¡¡NO TE LEVANTES!!! —grita John, yo abro los ojos y veo a Mía tirada en el suelo, debajo de ella está mi hija llorando, Mía la protege con su cuerpo, miro hacia Hudson y él no se mueve, John está detrás de un pilar y tiene desenfundada la pistola, llega Jeremy, otros dos más, se dicen algo que no entiendo, mis oídos están tapados y hay un ruido que me molesta.

—No te levantes. —ordena John, pero solo veo sus labios moverse, me arrastro hasta Hudson al ver que no reacciona, su camisa está manchada de sangre y grito, mi grito es de terror. Jeremy alcanza a levantar a Mía y a Gianella quien llora, las mete al pasillo.

—¡Hudson! ¡Hudson, despierta! —pero no reacciona, John recibe

indicaciones, se acerca a toda prisa hasta a mí, me levanta intentando alejarme de Hudson que está sin reaccionar, pataleo intentando que me suelte, el terror de solo pensar en perderlo despierta algo en mí.

—¡Ya viene la ambulancia! —grita Jeremy, me acerco a Gianella cuando me suelta John, la niña llora y me pide brazos. Mía se acerca corriendo hasta su hermano, Caleb está a su lado ordenando a sus escoltas que busquen al francotirador.

Me abrazo a Gianella mientras entro a una habitación cercana para evitar que observe la escena, intento controlarla, la puerta se abre y es John.

—Ya lo van a bajar... —su mirada se clava en mi hombro, sus ojos se abren de más, eso me alerta. —¿Estás herida? —pregunta acercándose a gran velocidad hasta a mí. Sin soltar a Gianella me doy cuenta de que la bala me ha rozado el hombro, no siento dolor, no siento nada, hasta que John presiona su dedo y yo pego un grito.

—Tienen que revisarte —dice a toda prisa.

—Hudson... —las lágrimas se desbordan por mis mejillas de nuevo y el pánico llega con más fuerza. —Hudson tiene que vivir... —me siento como una niña pequeña, John me ofrece cargar a Gianella que ha dejado de llorar.

Entra Estefany a la habitación y John me retira a Gianella cuando ve que estoy a punto de derrumbarme. Estefany le sonríe y tranquiliza a Gia quien ya se distrae por un momento de todo lo sucedido.

—Señora Lombardi... —miro a Estefany furiosa.

—¿Tú le dijiste que estamos aquí? ¡Dime! —John detiene mi paso. Estefany intenta controlar las lágrimas

—No señora, no he hablado con el señor desde que salimos hace días de New York.

—¿Quién pudo decirle? —miro a John quien permanece con el rostro tenso. —¿Tú sabes? —pregunto tomándolo por la americana negra. Tiro de él. —¿Tú sabes quién fue?! —grito, furiosa, mis labios tiemblan. Estefany ha salido de la habitación con mi hija.

—Tienes que tranquilizarte. —suelto el agarre, me limpio las lágrimas de una manera furiosa.

—¿Cómo me pides que me tranquilice? ¡Dime! ¡Por poco un francotirador alcanza a mi hija! ¡Ahora Hudson está herido!

La puerta se abre y es Caleb.

—Se han llevado a mi hermano al hospital privado, necesito que te quedes aquí con tu hija. —dice seguro de su orden.

—¿Cómo está Hudson? —me limpio las lágrimas, él se acerca.

—Va a estar bien, Ana, pero lo que él me diría si estuviese aquí, es que te quedes resguardada, en una hora no moveremos de lugar, Jeremy tiene una casa en la playa, nos iremos hacia allá. Tu asistente sigue en el cuarto de hotel.

Me vuelvo hacia John, me acerco a él, baja su mirada y susurra para nosotros dos.

—Sé qué estás harta de esconderte, pero tu asistente nos traerá a Santiago... —asiento lentamente, estoy decidida a cortar de tajo todo y ser libres.

Capítulo 32 Final

Ana

Gianella corre por la playa, está Estefany haciendo castillos de arena mientras vigila a la niña. Estoy sentada en el banco de madera que está en el porche de la casa, el ruido de las olas me relaja por momentos, pero luego regresa la tensión, miles de cosas por mi cabeza. Cierro los ojos, hace unas horas que pudimos salir libremente de la casa, tenían que hacer revisión de cada rincón del aérea. Hudson había salido de la operación muy bien. La bala por poco perforaba un pulmón, le retiraron la bala y ahora esperaba el alta en unos días. Caleb seguía al mando de todo esto junto con John y Jeremy. Mía cuida de Hudson así como sus padres. Los padres aun no sabían de la verdadera situación, pero de lo que si estaban seguros es de que pasa algo, Caleb dice que son muy observadores y que tarde o temprano se enterarían.

—¿Estás bien? —pregunta Caleb cuando toma lugar a mi lado.

—Si, gracias. —le lanzo una mirada, luego regreso a vigilar a Gianella.

—Hudson dice que pronto vendrá. —sonríó a medias.

—Tiene que cuidarse, es muy rápido para que lo den de alta. —Caleb asiente con una gran sonrisa.

—Hudson es perseverante, Ana. —desvíó mi mirada hacia él.

—¿Sí? —pregunto curiosa.

—Te ha esperado durante seis largos años.

Bajo la mirada, miro mis manos y juego distraídamente con mis anillos.

—¿No tuvo a una mujer? —levanto mi mirada para mirarlo, quiero saber por curiosidad.

—Ninguna. Yo era el que lo intentaba sonsacar para que se olvidara de ti. Pero la última vez que lo vi antes de su viaje a New York, dijo: “Caleb, deja de intentar meterme en la cama a una mujer o te voy a partir esa cara” esa vez tenía a dos rubias a mi lado demasiado fogosas, intenté por todo, pero él seguía fiel a tu recuerdo.

Siento que mis mejillas se sonrojan.

—Lo siento. —digo a Caleb, él arruga su entrecejo confundido.

—¿Por qué? —suelto un suspiro.

—No sé, quizás porque no se acostó con ninguna mujer y te ha dejado

plantado en muchas ocasiones en estos seis años... —Caleb ríe.

—Quisiera que todo esto se solucione y puedan encontrar ambos el camino. —Arrugo mi entrecejo.

—¿El camino? —él asiente.

—Sé... —detiene sus palabras. —Bueno, todo a su tiempo, creo que no soy el indicado para decir ese asunto.

—¿Asunto? ¿Cuál asunto? —ahora me entra curiosidad.

—Tranquila no es nada malo, puede que sea sorpresa. —Caleb se levanta y me guiña el ojo, divertido.

Miro hacia Gianella quien ahora está con Estefany haciendo castillos de arena, ríen ambas.

—Ana... —escucho a John hablarme, me vuelvo y me mira detenidamente.

—¿Está todo listo? —asiente seguro.

—Terminemos esto.

Caleb ha quedado convencido de que necesitamos más provisiones, me he puesto una peluca rubia, un vestido de playa y un sombrero veraniego, John se ha mudado de su típico traje de seguridad, se ha puesto unas bermudas con palmas y sandalias, lentes de sol y se ha puesto una barba falsa. Ha rentado un auto para poder movernos sin ser detectados.

Mi asistente, la que creía que era mi mano derecha, es la cómplice de Santiago desde hace meses, mucho antes de saber que estuviese vivo, él le había pagado una cuantiosa cantidad para pasar cada paso de mi vida. Y ahora, Michelle estaba en una habitación de hotel, sin darse cuenta, John había intervenido la línea privada de ella, donde ellos suelen hablar últimamente. Santiago está en una suite presidencial a una hora de distancia de nosotros. Él no sabe que iremos hacia él...

—Está todo repasado. —dice John después de repasar el plan. El corazón se me estruja por momentos, pensé que podría ser la adrenalina de enfrentarme a Santiago.

—La policía está al tanto de todo, ¿No? —pregunto nerviosa.

—La Interpol en especial. —John había buscado a las personas claves para informar que Santiago estaba vivo, que desde hace meses estaba vigilándome, el intento de asesinato en el desfile, luego se suma lo de hace horas, la bala que casi deja muerto a Hudson.

Llegamos al hotel, hicimos guardia junto con el equipo especial de la policía así como la Interpol.

John recibe una llamada, cuando contesta no dice nada, escucha del otro lado de la línea, al colgar, maldice en su idioma natal. Me asusta verlo furioso.

—¿Qué pasa? —pregunto a toda prisa.

—Santiago a desaparecido, parece ser que le han dado un aviso.

Maldigo ahora yo.

—Dios mío... —susurro intentando controlar la ira que sentía en mi interior.

—Tranquila, espera aquí, iré con el oficial encubierto. —asiento, John baja del auto mientras yo estoy furiosa, me cubro el rostro y masajeo mi rostro cargado de tensión e ira.

Se escucha la puerta del auto cerrarse, bajo mis manos y entonces recibo un golpe en mi cabeza.

La oscuridad cubre mi panorama poco a poco hasta caer inconsciente.

—Despierta...querida esposa. —sus palabras hacen eco dentro de mí cabeza. Despierto exaltada. No puedo hablar, veo unas piernas, entonces me doy cuenta de que estoy colgada boca abajo. Comienzo por moverme como un pez al salir del agua, grito, pero nadie me escucha.

—Termina con esto de una vez, aburre. —una voz femenina me alerta, intento dejar de moverme para prestar atención, entonces veo a la mujer.

Michelle.

—Déjame disfrutarlo, amor. He pasado casi seis años planeando esto.

Michelle se levanta del sillón y camina hasta quedar al lado de Santiago. Este se inclina y ladea su rostro. La sangre se ha subido a mi cabeza y estoy muy mareada.

—Primero que nada, quiero decirle algo a mi esposa. —siento un golpe en mi estómago tan fuerte que siento perder la conciencia por unos momentos, el dolor es insoportable. —Esto es por tener a esa bastarda que tienes por hija. —otro golpe ahora es en mi cabeza, me muevo como piñata, grito al sentir más dolor.

—Ya, déjala. Has lo que vas a hacer y larguémonos, la Interpol está buscándonos.

—Maldito... —digo entre dientes, siento como mi cabeza va a explotar del dolor, siento que algo gotea y deduzco que es sangre. —Mil veces maldito... —digo con la poca fuerza que me queda.

—¿Qué has dicho? —pregunta, Michelle intenta evitar que se acerque hasta a mí. Pero la ignora. Se acerca, se sienta sobre sus talones y alcanza mi barbilla, suelto un quejido por el dolor que ejerce, tira de mi para que lo mire. —Si solo me hubieses complacido de un principio, esto no estaría pasando. Los celos no me hubiesen consumido en aquel tiempo. Te hubiese matado con mis propias manos esa tarde en el despacho, ¿Recuerdas? —ladea su rostro, puedo ver un hueco y está cicatrizada. —Lo bueno que tengo gente leal. El tipo que intentó hacer el trabajo sucio de John me dejó vivir, bueno yo a él no, no quería testigos. Era algo conveniente para mí después de que la Interpol me estuviera investigando mi dinero...acepto, fue conveniente, pero lo que no voy a aceptar... —tira de mi cabello con la otra mano, grito de dolor, las lágrimas caen sobre el suelo pavimentado. —...es que te hayas acostado con otro, en mi fiesta, luego hayas quedado embarazada... —tira de nuevo, grito con más fuerza. El dolor es insoportable. Su mano golpea mi rostro. —¡Nunca debiste de haber quedado embarazada! ¡Ahora la bastarda se quedará sin “mami”! —se reincorpora, da un golpe más fuerte que pierdo la conciencia por otros segundos más, intento ser fuerte, pero estoy llena de miedo, miles de pensamientos pasan por mi cabeza, mi hija tiene que vivir, el miedo me embarga cuando pienso en que puede hacerle algo a mi hija. Abro los ojos y sale un fuerte quejido desde mi interior, creo que me ha fracturado una costilla o más.

—Es más, esto estará más entretenido. —tira de la cuerda y en unos segundos caigo sobre el frío suelo, estoy atada de manos y de piernas, apenas alcanzo a escuchar mi voz.

—Dé... —intento no suplicar. —Déj...

Se acerca y me levanta de mi cabello negro, grito con dolor, vuelve a tirar de mí para recargarme en un pilar de cemento, me levanta del cabello y me hace sentarme sobre una vieja silla, intento mirar a mi alrededor y es una bodega. Está solo Michelle y él. A lo lejos veo a dos hombres de traje negro observándome. Estoy en medio de la bodega vacía.

—¡Ya termina! —grita Michelle desesperada. Sé que no le gusta ver a su jefa golpeada y sangrando en una silla vieja.

—¡CALLATE! —ella se levanta y camina hasta Santiago, se murmuran algo, él tira de su nuca y la besa. Cierro los ojos por unos momentos y evitar

ver la asquerosa escena.

Siento el tirón de mi cabeza para levantarla, lo hago pegando un fuerte grito.

—Cuando termine contigo, seguiré tu bastarda, luego Hudson y su familia...

El pánico aumenta.

Santiago saca una pistola y me apunta con ella en la frente, cierro los ojos, intento ser fuerte aunque sea inservible en este momento. Pienso en mi hija, en los momentos que compartimos, luego aparece Hudson en el elevador, sus hermanos, la casa de la playa.

—Si vas a tirar del gatillo, tira. —desafia, Michelle, abro los ojos al no escuchar a Santiago. Para mi sorpresa Michelle tiene dos pistolas una apunta para la cabeza de Santiago en la parte de atrás y otra hacia el personal de seguridad.

—Me disparan y jalo el gatillo. —amenaza Michelle, entonces deduzco que ha cambiado de opinión acerca de seguir en el bando de Santiago. Santiago aprieta el cañón de la pistola contra mi frente.

—Amor, espero sea una broma, porque si no jalas ese gatillo, te voy a matar yo mismo. —Michelle tiembla, puedo verlo.

—Veamos quien jala el gatillo primero. Ya no vas a hacer más daño de lo que nos has hecho... —Santiago se va a mover cuando escucho un fuerte disparo, luego otros dos, me lanzo al suelo y comienzo a gritar asustada. Cuando los tiros cesan, abro los ojos, Santiago está frente a mí, su mirada perdida en algún lugar en mi dirección. Estoy histérica...Michelle está a un lado de él, la mirada perdida en el techo de la bodega sangrando por su labio, cuando miro más allá los de seguridad están en el suelo, las puertas se abren y escucho gritos, órdenes y yo no puedo evitar gritar del miedo.

—¿Ana? —es la voz de Hudson. Abro los ojos y ahí está, pálido, demacrado y asustado. Llega gente a auxiliarme, es un tornado de gente a mi alrededor, estoy buscando a John pero no lo veo... —¿Ana? —Hudson me revisa.

—¿John? —pregunto con la voz ronca de tanto gritar. El dolor por el momento es soportable, busco entre la gente a mi jefe de seguridad pero no lo veo, —¿Gianella? —pregunto a Hudson quien me revisa la ropa para ver si tengo heridas. —¿Hudson? —insisto, él levanta la mirada y es cristalina.

—John... —las lágrimas caen por mis manchadas mejillas. Niego repetidamente. —Nuestra hija está a salvo... —sus palabras me congelan en

mi lugar.

—¿Sabes de...? —no puedo seguir hablando. Él asiente mientras limpia mis lágrimas.

—John dio su vida por proteger a nuestra hija. —se me escapa un fuerte sollozo, Hudson me abraza con cuidado. Escuchar que ha muerto me duele hasta el alma, John era mi mano derecha, era como un hermano mayor. Él ha dado su vida por mi hija...por Gianella.

Y eso no tenía precio...

EPÍLOGO

Cinco años después

Camino entre el césped, mirando uno que otro nombre, flores y árboles alrededor. El cielo estaba brillando en lo más alto, la brisa nos abrazaba.

Me detengo frente a él. Su nombre en chino, así como su nombre en español estaba marcado en esa lápida de mármol.

Cinco años después de su muerte, aún seguía viniendo en su aniversario luctuoso, veníamos mejor dicho.

Al año de la muerte de John, Hudson y yo habíamos decidido casarnos, mis padres finalmente viajaron para conocer a su nieta, para conocer a mi esposo y a su familia. Había cambiado mi apellido a Bennett y Gianella estaba incluida, Hudson y yo nos habíamos compenetrado tan bien, que rara vez teníamos discusiones. Gianella empezó a crecer con Hudson y ella simplemente es feliz.

Hudson se acerca de la mano de nuestra hija, quien ya tiene diez años, sabe quién fue John, tenía vagos recuerdos de él, sabía que él la protegió con su vida y ahora después de estos años, estaba descansando a lado de su esposa y su hija difunta. Miro a Gia quien deja un arreglo de rosas blancas frente a la lápida. Lo saluda como si el estuviese sentado frente a nosotros. Le dice que ha sobresalido en sus notas, que sigue rogando a sus padres para que le den un perro, le presume que aún conserva su relicario que le había obsequiado años atrás y después se detuvo.

—¿Estás bien, Gia? —pregunta Hudson cuando me rodea por encima de mis hombros. Gia asiente sin mirarnos, pero sabemos que está en su momento con John. Me limpio las lágrimas y sonrío.

—Sin duda debe de extrañarnos. —le digo a Gia quien se gira y con sus hermosos ojos azules llenos de lágrimas, asiente.

—Sin duda, mamá.

Después de ese día, pasaron los meses, había descubierto que a mis treinta y uno estaba embarazada de Hudson, habíamos comprado una casa en la playa para vacacionar cuando quisiéramos ir en familia a desestresarnos de la ciudad, mis padres se habían mudado de Italia para estar más cerca de nosotros, bueno muy cerca, eran los nuevos dueños de la casa que se

encuentra a unos metros de la nuestra. Los padres de Hudson estaban encantados con su nieta y con Hudson Jr., que no tardaba en nacer en unas semanas más.

¿La empresa? Seguía viajando a New York para los eventos importantes, Gia seguía emocionada aprendiendo desde cero el negocio de la moda, mi madre fue una de las personas que ayudaron a diseñar la nueva línea de vestidos de novia que tanto anhelaba crear desde joven. Había sido un total éxito y Gianella a sus casi once años, mostró su apego al dibujo y a la creación, así que tenemos en la familia la próxima...

—Gianella Bennett Lombardi...

Contacto directo y siempre conectada:
Maracaballero32@gmail.com

● MIS REDES SOCIALES ●

☛ LITNET:

<https://litnet.com/es/mara-caballero-u897259>

☛ INSTAGRAM: <https://www.instagram.com/maracaballeroo>
(Aquí encontrarás adelantos de las próximas historias)

☛ TWITTER:

<https://twitter.com/MaraCaballeroA>

☛ FACEBOOK: <https://www.facebook.com/gmaracaballeroautora>

Página de Facebook: <https://www.facebook.com/MaraCaballeroo>

AUTORA

Mara Caballero es el nombre que ha escogido para escribir sus historias. Nacida en Hermosillo, Sonora, México en el año de 1984, (cuenta con 34 años), empezó a escribir a comienzos del 2015. A finales del mismo año, entró a la plataforma fanfiction.net para escribir fanfic's como pasatiempo, poco a poco se empezó a dar a conocer y pronto conoció la comunidad de Wattpad, bajo el mismo nombre de usuario inmediatamente comenzó a adquirir seguidores con una de sus primeras historias: "Mis propias sombras", le siguió "Buscando la felicidad", "Proyecto sumisa" entre otras más, casi más de treinta historias entre ellas la más destacada y ya en la plataforma de LITNET: "Proyecto París" "Mr. Brown 1 y 2" "Emma Jones: Soy cabrona, ¿Y qué?". Le apasiona las categorías: Romance, misterio, erotismo y terror. Sus autores favoritos Stephen King, Megan Maxwell, Laurelin Paige, Jodi Ellen Malpas y Silvia Day. A mediados del 2017, decide lanzarse a la auto publicación en Amazon, con su primera bilogía: "Atrapasueños: Una noche. Un tatuaje. Una obsesión" siguiendo próximamente la segunda parte: "Atrapasueños: Un viaje. Una promesa. Una decisión" con fecha de lanzamiento el día 24 de julio de 2019.

Da gracias a las plataformas ya que puede dar rienda suelta a su imaginación sin límites y a esa fascinación de crear personajes exquisitos, adorables y maléficos dónde el lector puede meterse completamente dentro de la escena y sentir las emociones de estos.

¡En mis redes puedes encontrar las fechas, adelantos y demás!"

Di no al plagio.

AGRADECIMIENTOS

Quiero agradecer a mis amigas en la distancia por apoyar esta historia que empezó como un fanfic en Wattpad como “Sumergida en sombras” la había considerado una de mis historias favoritas, nunca pensé que pudiera estar en Amazon, puede y digo puede por que suele ser así, que quizás no te agrade, pero si has llegado hasta los agradecimientos, quiere decir que has terminado de leer mi historia, espero de corazón que te haya gustado o haya sido entretenida, no te pido que dejes tu estrella o comentario, solo si te nace hacerlo.

Quiero agradecer también a todos mis lectores que están al pendiente de mis redes sociales y en espera de adelantos de mis próximas historias. Finalmente quiero agradecer a mis amigas, súper amigas: Mary, Jess, Melly y Edwine que siempre están al pendiente de mis proyectos y le tiran porras.

Gracias a ti lector por leerme.